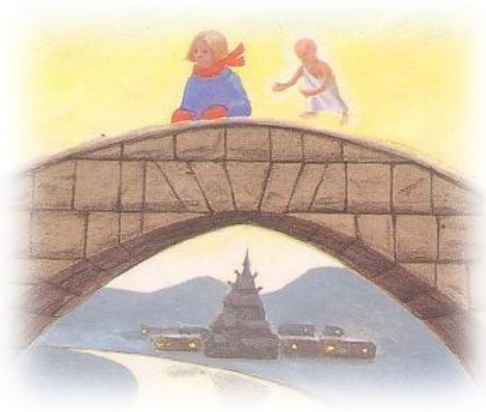


EL ENIGMA Y EL ESPEJO



Jostein Gaarder

Traducción:

Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Ilustraciones:

Pablo Álvarez de Toledo

Ediciones Siruela

1.^a edición: noviembre de 1996

2.^a edición: diciembre de 1996

3.^a edición: febrero de 1997

Esto es una copia de seguridad de mi libro original en papel, para mi uso personal. Si ha llegado a tus manos, es en calidad de préstamo, de amigo a amigo, y deberás destruirlo una vez lo hayas leído, no pudiendo hacer, en ningún caso, difusión ni uso comercial del mismo.

Título original: *I et speil, i en gâte*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela

© Jostein Gaarder y H. Aschehoug & Co.

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© De las ilustraciones, Pablo Álvarez de Toledo

© Ediciones Siruela, S. A., 1996

Plaza de Manuel Becerra, 15 - «El Pabellón»

28028 Madrid. Tels.: 355 57 20 / 355 22 02

Telefax: 355 22 01

Printed and made in Spain

ISBN: 84-7844-33240

Depósito legal: M-1825-1997

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

La alegría es una mariposa
que vuela a ras del suelo sobre el campo.
La pena es un pájaro
con fuertes y poderosas alas negras
que te lleva en alto sobre la vida
que flota en la luz del sol y sobre la hierba.
El pájaro de la pena vuela alto,
hasta donde el ángel de la guarda
vigila los lechos de la muerte.

Edith Sodergran¹, a los 16 años

¹ Poetisa finlandesa (1892-1923) que escribía en sueco.

Le habían dejado abierta la puerta que daba al pasillo. Cecilia percibía el olor a Navidad que ascendía desde la planta de abajo, e intentaba distinguir unos aromas de otros.

Reconoció el que desprendía la col macerada en el vinagre². Otro de los olores debía de provenir del incienso de los reyes que su padre había puesto sobre la chimenea antes de ir a la iglesia. ¿Y no percibía también el fresco aroma del árbol de Navidad?

Volvió a respirar. Le pareció distinguir el olor que desprendían los regalos colocados debajo del árbol, el papel rojo y el satinado con tarjetitas y cintas de seda. Pero aún había otro olor: un aroma indefinible a algo maravilloso y mágico. Era el propio ambiente navideño.

Mientras absorbía estos aromas, sus manos jugueteaban con las ventanitas del calendario de Adviento que colgaba sobre su cama. Estaban abiertas las 24. La más grande la había abierto hoy. Volvió a mirar al ángel inclinado sobre el pesebre del Niño Jesús. Al fondo estaban María y José. Daba la impresión de que no se habían percatado de la presencia del ángel.

¿Podría ser que el ángel estuviera en el establo sin que María y José fueran capaces de verlo?

Paseó su mirada por la habitación. Cecilia ya había visto muchas veces la lámpara roja del techo, las cortinas blancas con nomeolvides azules, la estantería con todos sus libros y muñecas, los cristales, y las piedras bonitas, y pensó que todos esos objetos se habían convertido en una parte de ella. Sobre el escritorio, delante de la ventana, había una guía de Creta, una vieja Biblia infantil y la mitología de Snorri³. De la pared que daba al dormitorio de sus padres colgaba un calendario griego con unos gatitos. En el mismo gancho estaba colgado el viejo collar que le había regalado la abuela.

¡La de veces que habría contado las 27 anillas de la barra de las cortinas! ¿Por qué había trece anillas en una y catorce en la otra? ¡La de veces que había intentado contar los números de *Ciencia Ilustrada* colocados en un gran montón

² En Noruega, este plato típico acompaña a otros en la cena de Nochebuena. Su olor especial se asocia a la Navidad.

³ Snorri Sturluson (1178-1241) escribió la segunda Colección de Eddas, relatos mitológicos nórdicos.

debajo del escritorio! También había renunciado ya a contar las flores de las cortinas. Siempre había alguna nomeolvides escondida entre los pliegues.

Debajo de la cama guardaba el diario chino. Cecilia lo palpó... sí, allí estaba también el rotulador.

El diario chino era un pequeño cuaderno forrado de tela, que le había regalado un médico del hospital. Cuando lo ponía a la luz, brillaban sus hilos de seda negros, verdes y rojos.

No había tenido fuerzas para escribir gran cosa en él, y tampoco había tenido muchas cosas que contar, pero había decidido escribir todos los pensamientos que le surgían mientras yacía en la cama. Se había prometido a sí misma no borrar nunca nada de lo que escribiera, cada palabra permanecería allí, en el cuaderno, hasta el día del Juicio. Resultaría curioso leer el diario cuando se hiciera mayor. Cubriendo toda la primera página había escrito: LAS ANOTACIONES PRIVADAS DE CECILIA SKOTBU.

Volvió a reclinarsse con dificultad sobre la almohada, e intentó captar algunos de los sonidos de abajo. A veces, oía que su madre cogía algún cubierto en la cocina; por lo demás, la casa estaba en silencio...

En cualquier momento volverían de la iglesia. Justo antes —o justo después— sonarían las campanas anunciando la llegada de la Navidad. En Skotbu, las campanas se oían muy débilmente, y toda la familia solía salir fuera, al patio, para oírlas mejor.

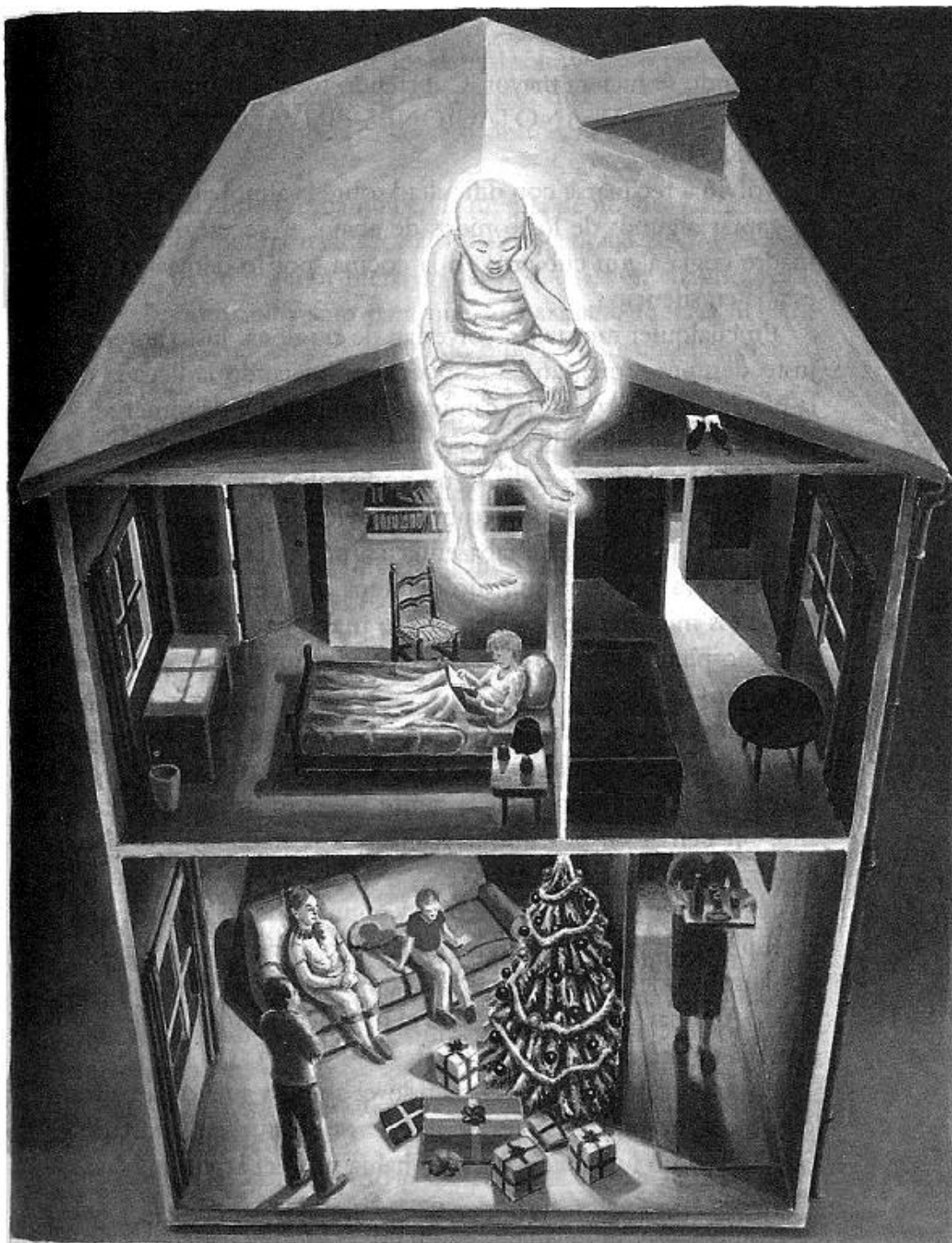
Estas Navidades, Cecilia ya no podía salir fuera a escuchar la llegada de la Navidad. En octubre y noviembre ya no se encontraba bien, pero ahora estaba enferma de verdad, tanto que la Navidad era como un puñado de arena que se le colaba entre los dedos mientras dormitaba. Por lo menos no tenía que estar en el hospital. Allí estaban puestos los adornos navideños desde principios de diciembre.

Menos mal que había vivido otras Navidades. Le parecía que lo único que no cambiaba en el mundo eran las Navidades en Skotbu. Durante unos días la gente hacía lo mismo año tras año, sin pensar en por qué lo hacía. «Es la tradición», decían. Esa era razón suficiente.

Los últimos días había intentado seguir todo lo que sucedía en el piso de abajo. Los sonidos de cuando hacían pastas y adornos llegaban desde la profundidad como pequeñas burbujas sonoras. Algunas veces pensaba que el piso de abajo era la tierra y que ella se encontraba en el cielo.

La noche anterior habían metido el abeto y luego su padre lo había adornado, después de que Lasse se hubiera acostado. Cecilia aún no lo había visto. ¡No había visto el árbol de Navidad!

Como Lasse, su hermano pequeño, era muy charlatán y decía en voz alta todo lo que los demás sólo veían o pensaban, no paraba de hacer comentarios sobre todos los preparativos y adornos. Era el reportero secreto de Cecilia en el mundo de abajo.



Algunas veces pensaba que el piso de abajo era la tierra
y que ella se encontraba en el cielo.

Ella tenía una campanilla en la mesilla de noche. La hacía sonar cuando quería ir al servicio o si necesitaba algo. Por regla general, Lasse era el primero en llegar. De vez en cuando, hacía sonar la campanilla sólo para que su hermano fuera a hablarle de las pastas que estaban haciendo o de los adornos que estaban poniendo.

Su padre le había prometido bajarla al salón cuando abrieran los regalos. Ella había pedido unos esquís nuevos porque los viejos sólo le llegaban hasta el cuello. Su madre había sugerido esperar hasta que estuviera totalmente recuperada, y Cecilia había protestado enérgicamente. ¡Quería unos esquís para Navidad y punto!

—No sabemos si vas a poder esquiar este invierno, Cecilia.

Cecilia tiró al suelo un jarrón con flores.

—Lo que está claro es que no voy a poder esquiar si no tengo esquís.

Su madre fue a buscar la escoba y el cogedor sin inmutarse. Eso casi fue lo peor. Mientras recogía las flores y los trozos de cristal, dijo:

—Pensé que quizá preferirías algo que pudieras disfrutar sentada en la cama.

Sintió una presión en la sien. «¡Disfrutar sentada en la cama!», y tiró al suelo un plato y un vaso de zumo. Tampoco entonces su madre se enfadó, simplemente se puso a recoger, barrer y recoger.

Por si acaso, Cecilia también había pedido unos patines de hielo y un trineo...

Fuera, hacía mucho frío desde principios de diciembre. A veces Cecilia había salido de la cama sin ayuda de nadie y se había acercado a la ventana con enorme dificultad. La nieve cubría, como un blando edredón, el paisaje helado. Siempre ponían las luces en el pequeño abeto de la entrada, pero este año, en honor a ella, su padre las había colocado en el gran pino del jardín. Por entre sus ramas, podía vislumbrar a lo lejos la colina Ravne.

El paisaje jamás había tenido contornos más nítidos que durante esos últimos días anteriores a Nochebuena. En una ocasión, Cecilia había visto llegar al cartero montado en su bicicleta, aunque estaban a diez grados bajo cero y había un montón de nieve en la carretera. Cecilia esbozó primero una leve sonrisa, luego golpeó el cristal de la ventana y le saludó con la mano. El cartero levantó la vista y le devolvió el saludo agitando ambos brazos. En ese momento, su bicicleta volcó en la nieve. Cuando el cartero desapareció por detrás del granero, Cecilia volvió a gatas a la cama llorando. Por un instante, tuvo la sensación de que el verdadero significado de la vida había sido un cartero subido a una bicicleta en una carretera cubierta de nieve.

También en otra ocasión se le saltaron las lágrimas mientras miraba por la ventana. Le entraron ganas de salir corriendo a aquel maravilloso invierno. Delante de la puerta del granero, dos pinzones reales revoloteaban en una juguetona danza. Cecilia se echó a reír. Le hubiera encantado ser pinzón. Luego notó que tenía los ojos húmedos. Finalmente, cogió una lágrima en la punta del

dedo y con ella dibujó un ángel en el cristal. Al darse cuenta de que había dibujado un ángel con su propia lágrima, tuvo que reírse otra vez. ¿Cuál era realmente la diferencia entre lágrimas de ángel y ángeles de lágrima?

Debió de quedarse dormida, porque se despertó de repente al oír la puerta de abajo.

¡Volvían de la iglesia! Cecilia oyó cómo se quitaban la nieve de las botas. ¿No estaban sonando también las campanas?

—¡Feliz Navidad, mamá!

—¡Feliz Navidad, hijo!

—¡Feliz Navidad también a ti, Tone!

El abuelo carraspeó:

—Bueno, bueno, aquí huele a fiesta de Navidad.

—Cógele el abrigo, Lasse.

A Cecilia le parecía estar viéndolos. La abuela sonreía y abrazaba a todos, mamá estaba quitándose el delantal rojo mientras abrazaba al abuelo, papá acariciaba el pelo a Lasse, el abuelo encendía un puro...

Últimamente Cecilia se había vuelto una experta en ver con los oídos.

El animado ambiente del piso de abajo se interrumpió repentinamente con susurros. Al instante siguiente, su padre estaba subiendo la escalera de dos en dos, por no decir de cuatro en cuatro.

—¡Feliz Navidad, Cecilia!

La estrechó con mucho cuidado contra su pecho. Luego se apresuró a abrir la ventana de par en par.

—¿Oyes?

Cecilia se incorporó ligeramente y asintió con la cabeza:

—Entonces son las cinco.

Su padre volvió a cerrar la ventana y se sentó en el borde de la cama.

—¿Voy a tener esquís nuevos o qué?

Era como si preguntara con la esperanza de recibir una respuesta negativa. Entonces tendría otra excusa para enfadarse, y eso era mejor que limitarse a estar triste.

Su padre le puso un dedo sobre los labios.

—Nada de tratamiento de favor, Cecilia. Tendrás que esperar para verlo.

—Bueno, entonces esperaré.

—¿Seguro que no quieres estar echada en el sofá mientras comemos?

Negó con la cabeza. Lo habían hablado muchas veces en los últimos días. Era mejor estar descansada para cuando abriesen los regalos. Y de todos modos, no comería nada, no haría más que devolver.

—Pero tenéis que dejar abiertas todas las puertas.

—¡Claro!

—Y tenéis que hablar muy alto... y hacer muchísimo ruido cuando estéis sentados a la mesa.

—No faltaría más.

—Y cuando hayáis leído el Evangelio de Navidad, la abuela tiene que subir a leérmelo a mí.

—Por supuesto.

Cecilia se dejó caer en la almohada.

—¿Me das mi walkman?

Su padre se acercó a la estantería y le dio el aparato y una cinta.

—El resto puedo hacerlo yo.

Su padre la besó en la frente.

—Hubiera preferido quedarme aquí contigo —susurró—. Pero también debo ocuparme de los otros, ¿sabes? Ya estaré contigo los demás días.

—Ya he dicho que tenéis que celebrar las Navidades exactamente igual que todos los años.

—Igual que todos los años, sí.

Salió sigilosamente de la habitación.

Cecilia puso en el walkman la cinta de Sissel Kyrkjebø⁴.

Pronto sus oídos habían absorbido el maravilloso ambiente navideño de la cinta. Se quitó los auriculares. Sí, sí, ya se habían sentado.

Su padre leyó el Evangelio de Navidad. Cuando acabó cantaron el villancico *Maravillosa es la Tierra*.

La abuela ya estaba subiendo las escaleras. Cecilia lo había planificado todo.

—¡Aquí estoy, Cecilia!

—¡Calla! Sólo tienes que leer...

La abuela se sentó en una silla de madera que había junto a la cama, y leyó:

—«Por aquellos días salió un decreto de César Augusto para que se empadronara todo el mundo...»

Cuando levantó la vista de la Biblia, Cecilia tenía lágrimas en los ojos.

—¿Estás llorando?

Movió afirmativamente la cabeza.

—¡Pero si no es triste...!

Cecilia volvió a decir que sí y dijo:

—«Esto os servirá de señal: Encontraréis un niño envuelto en pañales acostado en un pesebre...»

—¿Quieres decir que es bonito?

Cecilia volvió a decir que sí por tercera vez.

—Lloramos cuando algo es triste —dijo la abuela al cabo de un rato—. También derramamos alguna lágrima cuando algo es muy bonito.

—Pero no nos echamos a reír cuando algo es feo.

La abuela tuvo que reflexionar.

—Nos reímos de los payasos porque nos hacen gracia. Algunas veces seguramente también nos reímos porque son feos... ¡Mira esto!

⁴ Famosa cantante noruega.

Contrajo la cara en un gesto tan feo que a Cecilia no le quedó más remedio que reírse.

La abuela prosiguió:

—Quizá nos ponemos tristes al ver algo bonito porque sabemos que no va a durar para siempre. Luego nos echamos a reír cuando algo es feo, porque sabemos que es sólo fingido.

Cecilia la miró fijamente. ¡Su abuela era la persona más sabia del mundo!

—Ahora tienes que bajar con los demás payasos —dijo.

La abuela le alisó la almohada y le acarició la mejilla.

—Tengo muchas ganas de estar contigo abajo. Vamos a darnos prisa en comer y enseguida...

Cuando la abuela estaba bajando la escalera, Cecilia buscó a tientas el rotulador y el cuaderno chino. Primero había escrito:

Ya no estoy en una playa desconocida del mar Egeo. Pero las olas siguen golpeando la orilla, haciendo que las piedras rueden hacia delante y hacia atrás, cambiando de sitio por los siglos de los siglos.

Releyó rápidamente todo lo que había escrito hasta entonces. Luego siguió:

Lloramos cuando algo es triste. También derramamos alguna lágrima cuando algo es muy bonito. Reímos cuando algo es divertido o feo. Quizá nos ponemos tristes cuando algo es bonito porque sabemos que no va a durar para siempre. Luego nos echamos a reír cuando algo es feo porque sabemos que es sólo fingido.

Los payasos son graciosos porque son terriblemente feos. Cuando se quitan la máscara delante del espejo, se vuelven muy hermosos. Por eso los payasos se ponen tan tristes e infelices cada vez que entran en su caravana del circo y cierran la puerta con fuerza.

Volvió a dormirse y no se despertó hasta que su padre subió a buscarla.

—¡Entrega de regalos! —anunció.

Cogió a Cecilia en brazos y la levantó envuelta en el edredón rojo. No logró coger la almohada a la vez y su pelo rubio quedó colgando mientras él la levantaba. Le había vuelto a crecer bastante.

Al pie de la escalera los esperaban el abuelo y Lasse.

—Pareces un ángel —dijo el abuelo—. El edredón es como una nube de rosas.

—Los ángeles descienden por las nubes⁵ —cantaba Lasse.

Habían bajado hasta la mitad cuando su mirada se encontró con las de ellos.

⁵ Cita de la versión noruega del villancico *Noche de paz*.

—¡Tonterías! —protestó—. Los ángeles están sentados sobre las nubes. No creo que cuelguen de ellas.

El abuelo se rió entre dientes y como contestación echó al aire una espesa nube negra de su puro.

Su padre la colocó sobre el sofá rojo, en el que habían puesto muchos cojines para que pudiera ver el árbol de Navidad. Miró el pico del abeto y dijo:

—Ésa no es la estrella que pusimos el año pasado.

Su madre acudió inmediatamente, como si le diera mucha pena que todo no fuera como el año anterior:

—No, ¿sabes lo que pasó?, no la encontramos, y papá tuvo que comprar una nueva.

—Misterioso...

Cecilia miró detenidamente el salón y los demás la observaban atentos, siguiendo con sus ojos todas las cosas que ella miraba.

No había ni un rincón oscuro⁶. Cecilia contó hasta 27 velas encendidas, el mismo número de anillas que la barra de las cortinas. ¡Qué extraña coincidencia!

Debajo del abeto estaban todos los regalos. La única diferencia con la Nochebuena anterior era que este año el abuelo no haría de Papá Noel, también por decisión de Cecilia:

—No creo que pueda soportar toda esa tontería de Papá Noel —había dicho.

En la mesa había platitos y tazas de café, pastas y figuras de mazapán hechas en casa y pintadas con colores.

—¿Quieres algo?

—Un poco de limonada, quizá. Y una teja sin crema de fresa.

Todos la rodearon. Lasse se mantenía un poco alejado. Parecía asustado al ver que Cecilia había bajado para participar en el reparto de regalos. Estaba muy serio.

—Feliz Navidad, Lasse.

—Feliz Navidad.

—Y ahora los regalos —dijo el abuelo—. Sobre mí ha recaído el honorable encargo.

Se sentaron alrededor del árbol, y el abuelo empezó a leer las tarjetitas. Cecilia se dio cuenta de que ninguno de los paquetes podía contener ni un trineo ni unos esquís, pero tendría que esperar para enfadarse. A lo mejor salía algo de otra parte de la casa; no sería la primera vez que eso ocurría.

—Para Cecilia, de Marianne.

Marianne era su mejor amiga. Vivía al otro lado del Leira e iban a la misma clase.

Era un paquete minúsculo. ¿Sería un collar? A lo mejor era una nueva pieza

⁶ Cita de otro villancico noruego.

para su colección de piedras bonitas...

Quitó el papel y abrió una caja amarilla. Sobre un trocito de algodón había una mariposa roja, un broche... Cecilia la sacó de la caja, y en cuanto la tocó, cambió de color, de rojo a verde. Y luego a azul y también a dorado.

—Una mariposa mágica...

—...que cambia de color al variar la temperatura —añadió su padre.

Todos querían tocarla. Cuando la apretaban fuerte en la palma de la mano, se ponía verde y azul. Sólo en la mano de Cecilia se volvía violeta.

—Una mariposa de fiebre —dijo Lasse.

Pero todos hicieron como si no lo hubieran oído.

El siguiente paquete era para él. Contenía un par de esquís-jet que le regalaban la tía Ingrid y el tío Einar.

—Si hubieran sido para mí hubiera preferido unos esquís de verdad —dijo Cecilia—. Pero bueno...

No paraban de abrir paquetes. Conforme el número de regalos debajo del árbol iba disminuyendo, se iban llenando las sillas y mesas. Su padre iba recogiendo los papeles y metiéndolos en una bolsa de plástico negro.

Entonces el abuelo salió. Los mayores tomaron café, Lasse bebió naranjada y a Cecilia le dieron medicinas.

Cuando el abuelo volvió al salón, traía algo pesado y largo envuelto en papel azul con estrellas doradas.

Cecilia intentó levantarse del sofá:

—¡Mis esquís!

—Para la esquidesa, de sus abuelos —leyó el abuelo.

—¿La esquidesa?

—O la diosa del esquí —explicó la abuela—. Ésa eres tú, ¿sabes?

Cecilia quitó rápidamente el papel. Los esquís eran tan rojos como azul el papel.

—¡Guay! ¡Ojalá pudiera probarlos ahora mismo!

—Bueno, esperemos que pronto estés recuperada.

Desde ese momento Cecilia tuvo los esquís en el sofá, mientras se repartían los demás regalos. También el último paquete era tan grande que tuvieron que ir a recogerlo fuera, y también era para ella. Desde lejos adivinó lo que contenía.

—¡Un trineo! Estáis locos...

Su madre se inclinó sobre ella y le pellizcó la mejilla.

—¿Crees que nos hubiéramos atrevido a hacer otra cosa...?

Cecilia se encogió de hombros.

—No os atrevisteis a regalarme patines.

—Sí, asumimos ese riesgo, es verdad.

Todo estaba listo para el café. Cecilia disfrutaba mirando las fuentes de pastas, fruta, mazapán, bombones caseros y frutos secos. Todo era como debía ser. Era Navidad. Cecilia sólo comió un trozo de una pasta, y pidió una tostada con miel.

El abuelo habló de cómo eran las Navidades en otros tiempos. En ese salón se habían celebrado más de sesenta Nochebuenas. Un año, también él estuvo enfermo en la cama.

Cuando se disponían a cantar villancicos alrededor del abeto, Cecilia se estaba quedando dormida. Pidió que la subieran a su habitación.

Primero, Lasse y su madre subieron en varias tandas los regalos. Cecilia quiso que le subieran todo. Finalmente, su padre la llevó arriba en brazos, después de que todos le prometieran que al día siguiente lo celebrarían otra vez con ella.

Y Cecilia se durmió mientras subían como burbujas los sonidos de las canciones y villancicos de abajo. La abuela tocaba el piano.

Se despertó de repente. Tenía que ser de noche porque en la casa reinaba un silencio absoluto. Cecilia abrió los ojos y encendió la lámpara que había sobre la cama.

Oyó una voz que decía:

—¿Has dormido bien?

¿Quién era? No había nadie en la silla. Tampoco había nadie en ninguna otra parte de la habitación.

—¿Has dormido bien? —oyó de nuevo.

Cecilia se incorporó en la cama y echó un vistazo a la habitación. Alguien estaba sentado sobre el alféizar de la ventana. Allí sólo cabía un niño, pero no era Lasse. ¿Quién podía ser?

—No tengas miedo —dijo el desconocido; su voz era clara y alegre.

Él o ella llevaba una túnica blanca y estaba descalzo. Cecilia apenas podía vislumbrar su cara en el contraluz que producía el árbol de fuera.

Se restregó los ojos, pero la figura vestida de blanco seguía en el mismo sitio.

¿Era una chica o un chico? Cecilia no estaba muy segura, porque él o ella no tenía ni un pelo en la cabeza. Decidió que tenía que ser un chico, pero de igual forma podía haber decidido lo contrario.

—¿No puedes decirme si has dormido bien? —repitió el misterioso huésped.

—Que sí... Pero ¿quién eres tú?

—Ariel.

Cecilia se restregó los ojos de nuevo.

—¿Ariel?

—Sí, soy yo, Cecilia.

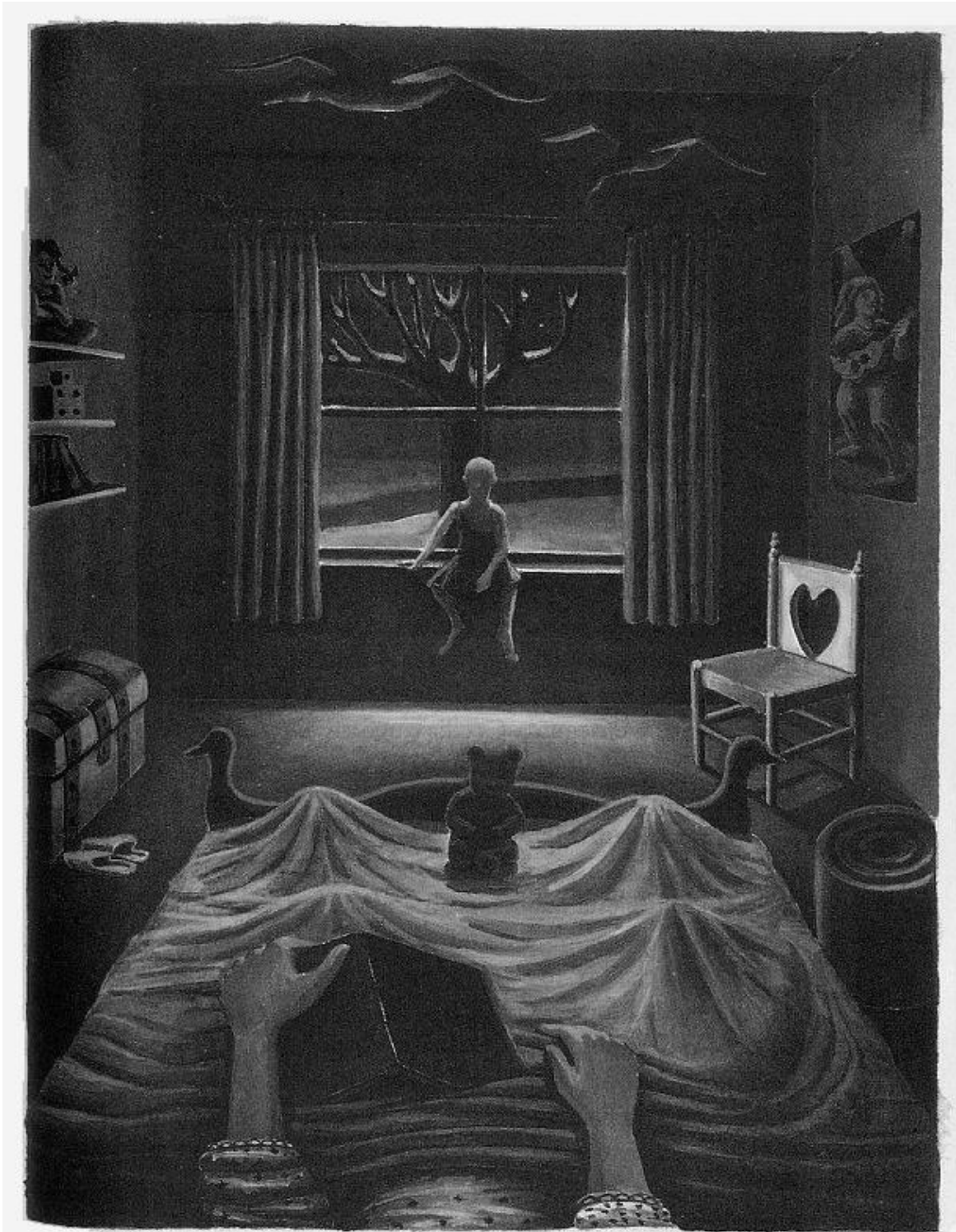
Ella negó con la cabeza.

—Sigo sin saber quién eres.

—Pues nosotros sabemos casi todo de vosotros. Es exactamente como en un espejo.

—¿Como en un espejo?

La figura se inclinó hacia delante, parecía que en cualquier momento iba a vencerse y caer sobre el escritorio.



Alguien estaba sentado sobre el alféizar de la ventana.
¿Quién podía ser?

—Vosotros sólo os veis a vosotros mismos. No sois capaces de ver lo que hay al otro lado.

Cecilia dio un respingo. Cuando era más pequeña, se colocaba a menudo delante del espejo del cuarto de baño, imaginándose que había un mundo al otro lado. Algunas veces había temido que, los que vivían allí, pudieran ver a través del espejo y espiarla mientras se arreglaba. O peor aún: se había preguntado si serían capaces de saltar a través de él y aparecer de repente en el cuarto de baño.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó.

Ariel afirmó solemnemente con la cabeza.

—¿Cómo haces para entrar?

—Nosotros podemos entrar en todas partes, Cecilia.

—Papá suele cerrar la puerta. En invierno cerramos todas las ventanas...

Ariel no daba ninguna importancia a eso:

—Esas cosas no nos afectan.

—¿Esas cosas?

—Puertas cerradas y cosas por el estilo.

Cecilia reflexionó un buen rato. Tenía la sensación de que acababa de ver un truco cinematográfico. Ahora dio marcha atrás a la película y volvió a verlo todo de nuevo:

—Dices «nosotros» y «nos» —precisó—. ¿Tantos sois?

Él asintió:

—Muchísimos, sí. Caliente, caliente...

Pero Cecilia estaba harta de jugar a las adivinanzas, así que dijo:

—En el mundo entero hay cinco mil millones de personas. He leído, por otra parte, que la Tierra tiene cinco mil millones de años. ¿Has pensado en eso?

—Claro que sí. Vais y venís.

—¿Qué has dicho?

—Cada segundo Dios saca flamantes niños de la manga de su chaqueta. ¡Abracadabra! También hay algunas personas que desaparecen cada segundo. Como en el juego de las sillas: se empieza a jugar, y enseguida Cecilia queda fuera del juego.

Notó cómo le subían los colores a las mejillas.

—Tú también vas y vienes —dijo.

Ariel negó firmemente con esa cabecita que no tenía ni un pelo:

—¿Sabías que esta habitación fue el dormitorio de tu abuelo materno?

—Claro que sí. ¿Y tú cómo lo sabes?

Ariel había empezado a mover las piernas, que le colgaban por debajo del alféizar. A Cecilia le recordaba a un muñeco.

—Entonces estamos en marcha —anunció.

—¿En marcha para qué?

—No me has contestado a si has dormido bien. Pero estamos en marcha de todos modos. Siempre se tarda un poco en ponerse en marcha de verdad.

Cecilia inspiró y volvió a echar el aire pesadamente. Dijo:

—Tú tampoco has contestado a cómo sabías que ésta era la habitación de mi abuelo.

—«¿Cómo sabías que ésta era la habitación de mi abuelo?» —repitió Ariel.

—¡Eso!

Ariel daba golpecitos con los pies:

—Nosotros estamos aquí desde el principio de los tiempos, Cecilia. Cuando tu abuelo era pequeño, pasó unas Navidades enteras en la cama a causa de una grave pulmonía, y eso fue mucho antes de que existieran buenas medicinas.

—¿También estuviste aquí entonces?

Movió afirmativamente la cabeza.

—Nunca olvidaré sus ojos tristes. Eran como dos pajaritos abandonados.

—«Como dos pajaritos abandonados» —suspiró Cecilia.

Le miró y se apresuró a añadir:

—Pero pasó. Se recuperó completamente.

—Completamente, sí.

Hizo un gesto brusco. En una décima de segundo, se puso de pie sobre el alféizar, cubriendo casi toda la ventana. Cecilia seguía sin ver su cara del todo debido al fuerte contraluz.

¿Cómo había logrado levantarse sin caerse sobre el escritorio? Era como si no pudiera caerse.

—También me acuerdo de los pastores que se encontraban en el campo —dijo.

Cecilia pensó en lo que le había leído su abuela de la Biblia.

—«Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» —citó Cecilia—. ¿Eso es lo que quieres decir?

—El ejército celestial, sí. Fuimos un gran grupo de animadores.

—No me lo creo.

Ariel ladeó la cabeza y por fin Cecilia pudo ver un poco mejor su rostro. Le recordó a la cara de una de las muñecas de Marianne.

—Lo siento por ti —dijo Ariel.

—¿Porque estoy enferma?

Ariel negó con la cabeza.

—Quiero decir que debe de resultar incómodo no creer en la persona con la que estás hablando.

—¡Bah!

—¿Es verdad que a veces sois tan desconfiados que os ponéis negros por dentro?

Cecilia hizo una mueca de desagrado.

—Sólo estoy preguntando —aseguró Ariel—. Porque aunque hemos visto ir y venir a los seres humanos, no sabemos exactamente cómo es eso de ser de carne y hueso.

Cecilia se revolvía en la cama, pero Ariel no se callaba.

—Por lo menos debe de ser desagradable desconfiar tanto, ¿no?

—Aún más desagradable es mentir descaradamente a una niña enferma.

Ariel se tapó la boca y dejó escapar un grito de susto:

—¡Los ángeles no mienten, Cecilia!

Ahora le tocó a ella asustarse:

—¿De verdad eres un ángel?

Asintió levemente, como si no fuera algo de lo que vanagloriarse. A Cecilia se le bajaron inmediatamente los humos. Al cabo de un instante, dijo:

—Eso es lo que he pensado todo el tiempo. Es verdad. Pero no me he atrevido a preguntar por si me equivocaba. Porque no estoy del todo segura de si creo en los ángeles o no.

Ariel quitó importancia al tema con un gesto:

—Oye, ese juego podemos dejarlo, ¿sabes? Imagínate que yo te dijera que no estoy del todo seguro de si creo en ti. En ese caso, sería completamente imposible probar quién de los dos tiene razón.

Como para demostrar que era un ángel hecho y derecho, bajó de un salto al escritorio y comenzó a pasearse por el tablero. Un par de veces pareció estar a punto de perder el equilibrio y caerse al suelo, pero siempre volvía a enderezarse justo antes de que fuera demasiado tarde. Y también en una ocasión pareció recuperar el equilibrio después de haberlo perdido.

—«Un ángel en mi casa» —murmuró Cecilia para sus adentros, como si fuera el nombre de un libro que hubiera leído.

—Nosotros simplemente nos llamamos hijos de Dios —replicó Ariel.

Cecilia le miró de reojo:

—Al menos tú...

—¿Qué quieres decir con eso?

Cecilia intentó incorporarse más en la cama, pero volvió a caer pesadamente sobre la almohada. Dijo:

—¡Pero si sólo eres un ángel infantil!

Ariel se rió. Era una risa casi silenciosa.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Cecilia.

—«Ángel infantil.» ¿No te parece una palabra divertida?

Cecilia no sabía decir por qué no le parecía una palabra divertida.

—Pero, si no eres un ángel adulto —dijo—, tienes que ser un ángel infantil.

Ariel volvió a reírse, esta vez haciendo más ruido.

—Los ángeles no crecen en los árboles. Para decir la verdad, no crecemos ni mucho ni poco, así que tampoco nos hacemos «adultos», claro.

—¡Creo que voy a desmayarme! —exclamó Cecilia.

—Sería una pena ahora que estamos en marcha.

—Pero yo creía que todos los ángeles eran mayores —insistió Cecilia.

Ariel se encogió de hombros.

—De eso no tienes ninguna culpa. Lo único que puedes hacer es adivinar lo que hay al otro lado.

—¿Quieres decir que no hay ángeles adultos?

Ariel dejó escapar una risa cristalina, que le recordó a Cecilia a cuando Lasse dejaba caer sus canicas por el suelo de la cocina. Por lo menos esta vez no tendría que ayudarle a recogerlas.

—¡Conque no existe ningún ángel adulto...! —concluyó Cecilia—. Por mí vale; pero, entonces, tampoco hay ningún sacerdote que diga la verdad, porque todos los sacerdotes presumen de que hay montones de ángeles adultos en el cielo.

Por un instante permanecieron en silencio; luego, el ángel Ariel, haciendo un gesto con un brazo, exclamó:

—¡El cielo está repleto de ángeles adultos! ¡Repleto!

Como Cecilia no contestó enseguida, él siguió:

—Es muy interesante hablar contigo, Cecilia.

Cecilia estaba mordiéndose el pulgar. Luego se le escapó:

—Me pregunto cómo es ser adulto.

Ariel se sentó en el escritorio con las piernas desnudas colgando por el borde:

—¿Quieres hablar de ello?

Cecilia se quedó mirando al techo.

—Mi profesor dice que la infancia no es más que una etapa en el camino de hacerse adulto. Y que por eso tenemos que hacer todos los deberes y prepararnos para la vida de adultos. Suena muy tonto, ¿no?

Ariel asintió:

—Sí, porque en realidad es exactamente lo contrario, ¿sabes?

—¿El qué?

—Ser adulto es una mera etapa en el camino hacia el nacimiento de más niños.

Cecilia reflexionó antes de contestar:

—Pero los adultos fueron creados primero; si no, no habría habido niños.

Ariel negó con la cabeza:

—Te equivocas de nuevo. Los niños fueron los primeros en ser creados; si no, no habría adultos.

A Cecilia se le ocurrió algo muy ingenioso:

—Depende de lo que fuera primero: la gallina o el huevo.

Ariel volvió a mover las piernas:

—¿Todavía seguís con esa incógnita? La primera vez que la oí fue en boca de un viejo vendedor de gallinas en la India, pero de eso hace miles de años. Estaba agachado sobre una gallina que acababa de poner un gran huevo. Luego, rascándose la cabeza, dijo: «Me pregunto qué fue primero: la gallina o el huevo».

Cecilia miró perpleja a Ariel, y el ángel explicó:

—Es evidente que el huevo fue lo primero.

—¿Por qué?

—Porque, si no, no habría ninguna gallina. ¿No creerás que la primera gallina del mundo salió aleteando del aire, no?

Cecilia se sentía ya algo aturdida. No estaba segura de haber entendido todo lo que el ángel había dicho, pero lo que había captado le parecía muy acertado. Por fin había resuelto el viejo enigma, pensó. Ojalá lograra acordarse de todo al día siguiente...

—Lo mismo ocurre con los niños —prosiguió Ariel—. Ellos son los que llegan al mundo en primer lugar. Los adultos siempre vienen cojeando detrás. Cada vez hay más cojos, conforme van envejeciendo.

A Cecilia las palabras de Ariel le parecían tan acertadas que le entraron ganas de anotarlas en el cuaderno chino, para que no se le olvidaran. Pero no se atrevió a hacerlo delante del ángel. Dijo:

—Pero Adán y Eva eran adultos.

Ariel negó con la cabeza:

—Se hicieron adultos. Ésa fue la gran metedura de pata. Cuando Dios creó a Adán y a Eva, eran niños curiosos que trepaban los árboles y paseaban a sus anchas por el jardín que acababa de crear. No tenía sentido crear un jardín así de grande si no había niños para jugar en él.

—¿Es verdad eso?

—He dicho ya que los ángeles no mienten.

—¡Cuéntame más cosas!

—Y luego, la serpiente los tentó para que comiesen del Árbol de la Ciencia, y entonces comenzaron a crecer. Cuanto más comían, más crecían. De esa manera fueron expulsados, poco a poco, del paraíso de la infancia. Los pequeños bandidos estaban tan hambrientos de conocimientos que acabaron por salirse del todo del paraíso a fuerza de comer.

Cecilia se quedó boquiabierta y Ariel la miró condescendiente:

—Pero todo esto lo habrás oído antes.

Ella contestó:

—No. Había oído que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso, pero nadie me había dicho que fuera del paraíso de la infancia.

—Bueno, algo podrías haber adivinado por tu cuenta. Pero vosotros conocéis sólo en parte. Veis por un espejo y oscuramente...

Cecilia sonrió con astucia.

—Creo que puedo imaginarme a los pequeños Adán y Eva cuando corrían entre los árboles del gran jardín.

—¿Qué fue lo que dije?

—¿Cómo?

—Adivinas bastante bien a pesar de todo. ¿Sabías que los seres humanos utilizan sólo un reducido porcentaje de la capacidad de sus cerebros?

Cecilia asintió con la cabeza, porque precisamente había leído algo de eso en *Ciencia Ilustrada*.

—Me gustaría oír algo más sobre Adán y Eva —suplicó.

Por fin logró incorporarse mejor en la cama. Ariel seguía moviendo las piernas mientras hablaba:

—Primero empezó a crecerles todo el cuerpo, y luego llegaron a la pubertad. Eso formaba parte del castigo, pero también fue un consuelo para Dios y para los seres humanos.

—¿Por qué?

—Porque así podía traer al mundo nuevos seres humanos. Y así ha sido siempre desde entonces. Dios se ha encargado de que nazcan siempre niños que puedan descubrir el mundo de nuevo. Y de la misma manera, también ha procurado que la creación no termine nunca; porque, cada vez que nace un niño, el mundo es creado de nuevo.

—¿Porque, cuando llega un niño al mundo, este mundo es, de alguna manera, completamente nuevo para el niño?

Ariel asintió:

—En realidad, puedes decir que es el mundo el que llega al niño. Nacer es lo mismo que recibir un mundo entero de regalo, con sol por el día, luna por la noche y estrellas en el cielo azul, con un mar que baña las playas, bosques tan profundos que ni conocen sus propios secretos, y extraños animales que pasan velozmente por el paisaje. Porque el mundo jamás se vuelve viejo y canoso. Sois vosotros los que os volvéis viejos y canosos. Mientras nazcan niños, este mundo seguirá siendo tan flamante como en el séptimo día, cuando el Señor descansó.

Cecilia seguía con la boca medio abierta y el ángel prosiguió:

—No fue a Adán y a Eva a los únicos que creó. Tú también has sido creada, al menos un poco. De repente, un día te tocó a ti ver la creación del Señor. Dios te sacudió de la manga de su chaqueta y te pellizcoteó en el aire para comprobar que estabas viva. Y viste que todo era bueno.

Cecilia no pudo reprimir la risa. Preguntó:

—¿De verdad que habéis estado por ahí todo el tiempo?

El ángel Ariel asintió solemnemente:

—Sí, de acá para allá. Pero seguimos con tanta curiosidad ante la creación como hace media eternidad. Por cierto, no faltaría más, porque nosotros todo lo observamos desde fuera. En la creación, sólo los niños tienen tanta curiosidad como nosotros, porque también ellos llegan, de alguna manera, de fuera.

Desde que Cecilia estaba enferma en la cama, pensaba a menudo algo parecido: los adultos siempre tenían que pensárselo mucho antes de decidirse a hacer algo divertido. Y tampoco había nada que los sorprendiera de verdad. «Las cosas simplemente son así, Cecilia», decían.

—Dios también quiere un poquito a los mayores, ¿no? —preguntó.

—Seguro que sí, aunque todos se han vuelto un poco incoherentes después del pecado original.

—¿Incoherentes?

—El mundo se ha convertido para ellos en un hábito. Eso no ocurre con los ángeles del cielo. Aunque existamos desde siempre, nunca dejamos de

sorprendernos de lo que Dios ha creado. Por cierto, él mismo está bastante sorprendido. Por eso se alegra más con los niños curiosos que con los adultos y su falta de asombro.

Cecilia no paraba de pensar; tenía la sensación de que su cabeza echaba chispas. Lo mismo le había pasado muchas veces antes. En varias ocasiones, estando enferma en la cama, su cabeza había sido como una feria de ideas brillantes, con la única diferencia de que no necesitaba sacar billete para la montaña rusa.

—La mayor parte de los adultos se ha acostumbrado tanto al mundo que le parece ya algo completamente normal la creación —precisó Ariel—. Resulta un poco cómico, porque sólo están aquí de visita.

—¡De acuerdo!

—¡Estamos hablando del mundo, Cecilia! ¡Como si el mundo no fuera una sensación! Quizá el cielo debería haber insertado con cierta regularidad un anuncio en los grandes periódicos: «¡Aviso importante a todos los ciudadanos del mundo! No se trata sólo de un rumor: ¡EL MUNDO ESTÁ AQUÍ Y AHORA!».

Cecilia se sentía algo aturdida al escuchar al ángel Ariel, y también porque no paraba de mover sus piernas desnudas. Dijo:

—¿No habría sido mejor que Dios hubiera expulsado a aquella asquerosa serpiente del paraíso, para que Adán y Eva hubieran podido jugar al escondite en el jardín para siempre?

El ángel Ariel ladeó la cabeza y dijo:

—No fue tan sencillo; porque, como estáis hechos de carne y hueso, no podéis vivir eternamente como los ángeles en el cielo. Pero Dios no tuvo valor para decidir que una parte del sistema de la creación implicara que los niños tuvieran que morir. Era preferible dejarles hacerse mayores primero.

—¿Por qué?

—Resulta mucho más fácil despedirse del mundo cuando se tienen doce nietos y se está algo mareado y somnoliento y, además, hartos de vivir.

Esta última declaración no impresionó mucho a Cecilia.

—Algunas veces también mueren los niños —objetó—. ¿No es eso muy tonto?

—«¿No es eso muy tonto?» —repitió el ángel Ariel—. «¿No es eso muy tonto?»

Como no dijo nada más, Cecilia volvió a tomar la palabra:

—¿Estás totalmente seguro de que Adán y Eva fueron niños?

—Completamente seguro, sí. ¿No se te ha ocurrido jamás que los niños son los que más se parecen a los ángeles del cielo? ¿O has visto alguna vez un ángel con canas, espalda curvada y profundas arrugas en la cara?

Hubo algo en esa respuesta que originó las protestas de Cecilia:

—A mí mi abuela no me parece fea aunque sea vieja.

—«Mi abuela no me parece fea» —repitió Ariel—. No he dicho eso. Porque

dentro de su cuerpo vive una pequeña Eva que una vez fue completamente nueva en este mundo. Lo demás es, simplemente, algo que le ha ido creciendo por fuera con el paso de los años.

Cecilia suspiró profundamente:

—Si me permites decir lo que siento, me parece que todo ese «sistema de la creación» es una tontería.

—¿Por qué?

—Yo no tengo ninguna gana de hacerme mayor. Por lo menos no quiero morir nunca. ¡Nunca!

El rostro del ángel se ensombreció:

—Tendrás que intentar no perder el contacto con la niña pequeña que hay dentro de ti. Ése es el caso de tu abuela, que incluso es capaz de ponerse una máscara de payaso con el único propósito de hacerte reír. ¿Verdad?

—¿También estuviste aquí ese día?

—¡Sí señorita!

Al instante siguiente, el ángel Ariel estaba en el suelo. Cecilia no lo había visto saltar del escritorio, sólo vio que de repente se encontraba delante de la estantería, observando los cristales y las piedras bonitas. Era un poco más bajo que Lasse.

—Una colección impresionante —dijo de espaldas.

Luego se volvió hacia ella:

—¿Has pensado que cada piedrecita es una pequeña fracción de la Tierra?

—Muchas veces. Sólo colecciono los trozos más bonitos...

—¿Pero nunca has pensado que también tú eres una pequeña parte que se ha desprendido de la Tierra?

Cecilia se estremeció:

—¿Cómo?

—Tú corres con pies ligeros por toda la creación. Eso es más de lo que sabe hacer una piedra.

Por fin Cecilia pudo ver claramente la cara de Ariel. Tenía una piel mucho más tersa y limpia que los seres humanos, y un poco más pálida. Cecilia ya se estaba acostumbrando a que Ariel fuera calvo. Ahora descubrió que tampoco tenía pestañas ni cejas.

Fue hacia ella y se sentó en la silla que había junto a la cama.

Sus pasos eran tan ligeros que parecía que sus pies no tocaban el suelo, sino que se deslizaban por la habitación. Sus ojos brillaban como dos gemas azules verdosas y, cuando sonreía, sus dientes centelleaban como piezas de mármol blanco.

Cecilia miraba una y otra vez la cabeza calva de Ariel mientras conversaban; al final dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre tu pelo?

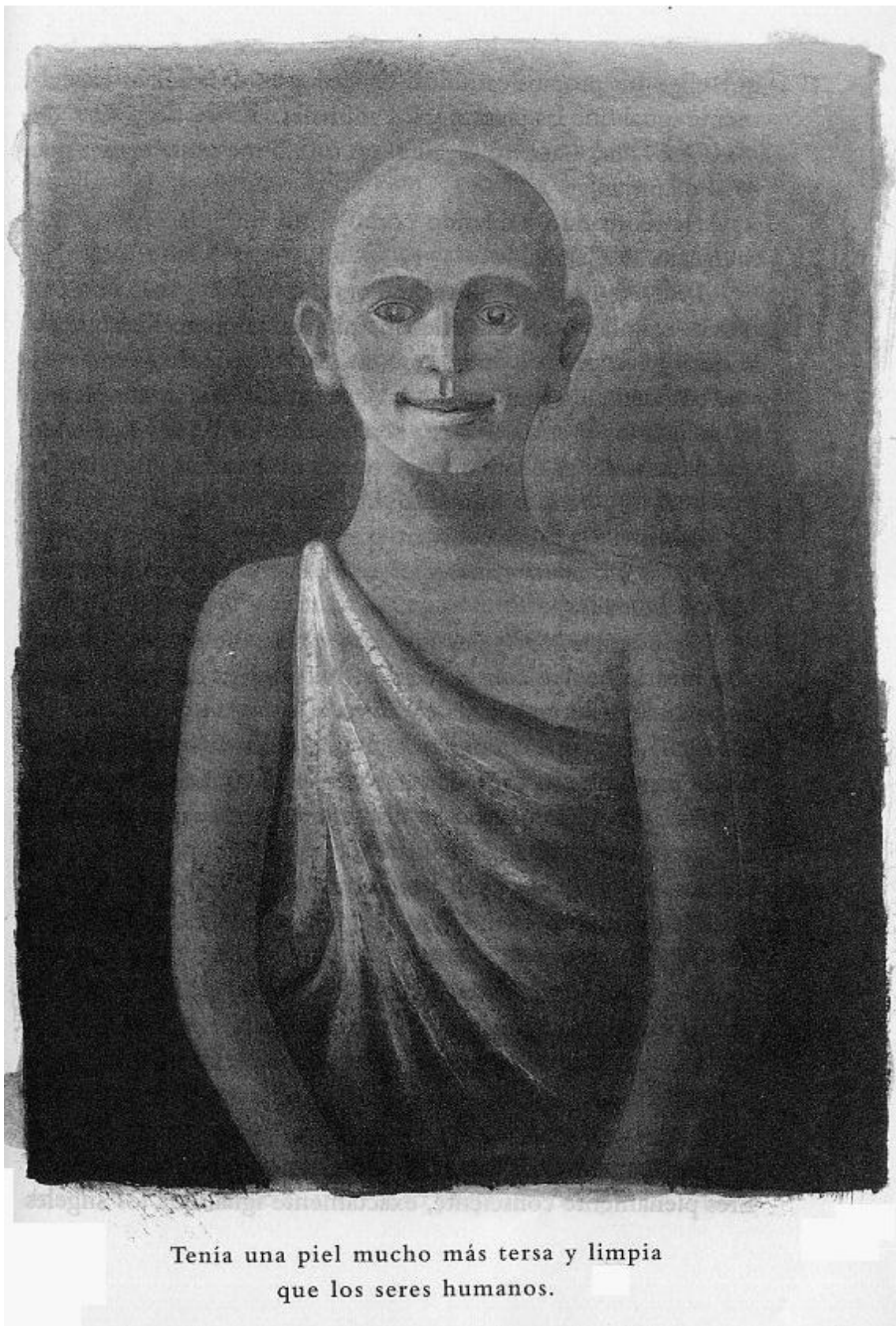
Ariel se rió:

—Claro, pregunta todo lo que quieras. Y luego podemos hablar de tu barba...

Ella se tapó la cara con el edredón:

—Yo creía que los ángeles tenían el pelo largo y rubio.

—Eso es porque ves todo en un espejo. Es casi inevitable que sólo te veas a ti misma.



Tenía una piel mucho más tersa y limpia
que los seres humanos.

A Cecilia no le satisfizo del todo esa respuesta:

—¿Pero no puedes explicarme por qué no tenéis pelo en la cabeza?

Ariel contestó:

—La piel y el pelo que crecen en el cuerpo cambian constantemente. Son cosas relacionadas con la carne y la sangre, y deben protegernos contra cosas malas, como el frío y el calor. La piel y el pelo son parientes de la piel de los animales y no tienen nada que ver con los ángeles. Igualmente podrías haberme preguntado si nos cepillamos los dientes, o si nos cortamos las uñas un sábado sí y otro no.

—Supongo que no hacéis ni lo uno ni lo otro.

Ariel negó con la cabeza.

—Esas cosas no son las que hacen que, después de todo, tú y yo nos parezcamos.

—Entonces, ¿cuáles son?

Él la miró:

—Tanto los ángeles como los seres humanos tenemos un alma creada por Dios. Pero vosotros tenéis además un cuerpo que elige sus propios caminos. Crecéis y os desarrolláis exactamente igual que las plantas y los animales.

—Qué faena —suspiró Cecilia—. A mí no me gusta pensar que soy un animal.

Ariel continuó hablando como si no hubiera oído el comentario de Cecilia.

—Todas las plantas y animales comienzan sus vidas como pequeñas semillas o células. Al principio son tan parecidas que no se distinguen unas de otras. Pero, luego, las pequeñas semillas se van convirtiendo lentamente en cualquier cosa, desde plantas de arándanos y ciruelos hasta seres humanos y jirafas. Tienen que pasar muchos días hasta que pueda distinguirse entre un feto de cerdo y un feto humano. ¿Lo sabías?

Ella movió la cabeza afirmativamente:

—En las últimas semanas, casi no he hecho otra cosa que leer *Ciencia Ilustrada*.

—Y sin embargo, no hay ningún ser humano idéntico a otro, y lo mismo ocurre con los cerdos. Ni siquiera hay dos briznas de paja idénticas en toda la creación.

Cecilia se acordó de repente de una bolsa de bolitas japonesas de papel que su padre le había regalado hacía muchos años. Eran tan pequeñas que no las distinguía. Pero cuando las metía en agua se hinchaban, convirtiéndose en figuras de todos los colores. Ninguna era igual a otra.

—He dicho que no me gusta pensar que soy un animal —repitió Cecilia.

Ariel puso suavemente una mano sobre el edredón. Cecilia apenas sintió una ligerísima presión en una pierna.

—Eres un animal con el alma de un ángel, Cecilia. Con eso tienes de todo. ¿No te suena bien?

—No sé...

—Precisamente esa combinación es lo que resulta tan genial. Eres plenamente consciente, exactamente igual que los ángeles del cielo: «¡Buenas noches, joven! Soy Cecilia Skotbu. ¿Me concede este baile?».

El ángel Ariel extendió un brazo e hizo una profunda reverencia. Parecía recién salido de una academia de bailes de salón. Prosiguió:

—Pero ese cuerpo que habitas está hecho de carne y hueso, exactamente igual que el de las vacas y los camellos. Por eso crece el vello en tu cuerpo, sobre todo en la cabeza, claro, pero también crece en otras partes, aunque muy despacio al principio, y mucho más deprisa, Cecilia, y más intensamente, conforme pasa el tiempo. La naturaleza crece como una capa cada vez más gruesa alrededor de ese niño que una vez llegó al mundo. En el momento de salir de la mano del creador, vuestro cuerpo es tan puro y terso como el de los ángeles del cielo. Pero sólo por fuera, porque el pecado original ya se ha puesto en funcionamiento. Dentro del cuerpo se mueven ya esa carne y esa sangre que hacen que no viváis eternamente.

Cecilia se mordió el labio. No le gustaba hablar de las cosas que tenían que ver con el cuerpo. Tampoco le gustaba pensar en que ya había empezado a hacerse adulta.

—Lasse no tuvo un solo pelo en la cabeza hasta que cumplió dos años — dijo.

—No hace falta que me lo digas.

—Entonces a lo mejor también sabes que en el hospital me dieron unas medicinas tan fuertes que se me cayó todo el pelo.

Ariel asintió con la cabeza:

—Así nos parecemos aún más.

—En realidad, iban a repetirme el tratamiento, pero luego cambiamos de idea...

—También lo sé.

—La abuela fue la que convenció a todos, y también a los médicos. Es increíble cuando se lo propone. Así que hicimos la maleta y nos vinimos a casa. Pero Kristine viene varias veces a la semana. Es enfermera...

—Lo sé todo.

Cecilia miró al techo. Se quedó quieta un rato pensando en lo que había sucedido durante los últimos meses. Luego se volvió de nuevo hacia Ariel:

—¿Estás seguro de que eres un ángel de verdad?

—Ya te he dicho que los ángeles no mienten.

—Pero si mientes, entonces no eres un ángel; y entonces puede que mientas a pesar de todo.

Ariel suspiró con pesar.

—¡Qué complicada resulta esa desconfianza vuestra!

Cecilia notó que un escalofrío le recorría el cuerpo. ¿Podría deberse a su desconfianza?

—¿Puedo hacerte una pregunta bastante tonta? — dijo.

—Nunca es tonto preguntar.

Tomó impulso:

—¿Eres chico o chica?

Ariel dejó escapar una risa cristalina. A Cecilia le recordó al sonido que se produjo una vez en que tocó botellas con agua dentro. La risa del ángel le pareció tan divertida que repitió la pregunta:

—¿Eres chico o chica?

Ariel debió de adivinar su intención, porque volvió a soltar una risa antes de contestar, y esta vez fue una risa más bien forzada.

—Ésa es una pregunta muy terrenal.

Cecilia se sintió ofendida. ¿No acababa él de decir que nunca era tonto preguntar?

—Esas extrañas diferencias no existen en el cielo —aseguró Ariel—. Pero, si quieres, puedes considerarme «chico», así seremos uno de cada.

—¿Y por qué hay aquí «extrañas diferencias»?

—Ya hemos hablado de eso. Tiene que haber dos sexos diferentes para que puedan llegar al mundo nuevos niños. Eso ya lo sabes, Cecilia. Para decir la verdad, a un ángel no le resulta muy divertido hablar de estas cosas.

—¡Perdona!

—Está bien, no te preocupes. Dios no habría creado ninguna diferencia entre chicos y chicas si no hubiera sido porque algún día se convertirían en hombre y mujer y harían nuevos niños. Cuando lo hizo, puede que no se le ocurriera otra manera de hacerlo. ¿Tienes tú alguna sugerencia mejor?

—No lo sé.

Ariel se iba entusiasmando:

—Si os hubierais formado por gemación, seguramente también habrías preguntado por qué. Porque, a fin de cuentas, todo podría haber sido siempre de otra manera. Por ejemplo, podrías haber vivido dentro de la tierra en lugar de gatear por su superficie. Probablemente, no habría resultado imposible construir ciudades y pueblos dentro de un globo terrestre, si se hubieran dado las condiciones para ello. Y si éstas no se hubieran dado, podría haberse logrado que se dieran. Evidentemente, exige algo de ingenio crear un mundo, pero por lo menos se parte de hojas totalmente en blanco.

—Resulta alucinante pensar en ello —opinó Cecilia—. Y cuanto más lo pienso, más me lo parece.

—¿El qué?

—El que haya dos clases de personas en la tierra.

Ariel sonrió maliciosamente:

—Ésa es una de las cosas sobre las que también discutimos constantemente en el cielo. Pero, claro, no es exactamente lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque nosotros discutimos sobre algo diferente a lo que somos. Tiene que ser aún más misterioso pensar que es raro ser lo que uno es. No creo que

haya ninguna piedra que piense que es raro ser piedra. Y tampoco creo que haya ninguna tortuga que opine que es extraño ser tortuga. Pero, como veo, hay algunas personas que piensan que es raro ser persona. Y yo estoy totalmente de acuerdo con esas personas. Nunca me he sentido identificado ni con las piedras ni con las tortugas.

— ¿A ti no te resulta extraño ser ángel?

Ariel tardó un poco en contestar:

— Eso es completamente distinto, porque yo he sido ángel durante toda la eternidad, y tú sólo serás Cecilia Skotbu durante un breve espacio de tiempo.

— ¡Exactamente! Y sigo pensando que resulta muy misterioso ser yo.

— Claro, toda la creación es un misterio —afirmó Ariel—. No obstante, lo más extraño de todo es que en uno de los extremos del gran enigma haya criaturas que se consideran a ellas mismas enigmas.

— ¿Por qué es eso tan extraño?

— Es más o menos como si un pozo fuera capaz de sumergirse en los misterios de su propia profundidad.

— Yo lo he hecho muchas veces —aseguró Cecilia.

— ¿El qué?

— Estar delante de un espejo mirándome a los ojos. Y pienso que soy un pozo tan profundo que nunca puede llegar a ver su propio fondo.

— Seguramente es así porque cambias constantemente. Cuando uno cambia todo el tiempo, no es raro que se extrañe un poco. Si una larva pudiera pensar, se llevaría sin duda una gran sorpresa el día en que de repente descubriera que se ha convertido en mariposa. Eso sucede de un día para otro. Pero para los ángeles del cielo resulta igual de sorprendente ver que una niña se convierte de repente en una mujer adulta. Para nosotros la pequeña diferencia de tiempo que puede haber no significa gran cosa.

— ¿Por qué no?

— Los ángeles tenemos mucho tiempo, Cecilia, y hay mucha diferencia entre una niña pequeña y una mujer adulta.

— ¿Es verdad que habláis de estas cosas en el cielo?

Ariel asintió, un poco avergonzado. Echó un vistazo a la habitación y dijo:

— Pero intentamos no hacerlo cuando Dios está cerca. Él es muy sensible a cualquier clase de crítica.

— Nunca me lo hubiera imaginado.

— ¡Hay tantas cosas que no os imagináis! No podéis esperar tener la misma visión de conjunto que los ángeles del cielo.

— Quiero decir que creía que Dios estaba por encima de cualquier crítica.

— Tú nunca te has encontrado con él cara a cara. Pero, si hubieras creado un mundo entero sin ayuda de nadie, también habrías sido sensible a las críticas. Estamos hablando de cosas muy grandes. Aunque Dios miró todo lo que había creado y opinó que todo estaba muy bien, no significa que no haya algo que pudiera haber sido diferente. Cuando acabó de crear todo, estaba tan agotado

que tuvo que descansar durante todo el séptimo día. Simplemente, se cayó redondo. Creo que va a pasar mucho tiempo hasta que vuelva a intentarlo.

Cecilia tenía bastante con sus propios pensamientos. Dijo:

—Imagínate que sólo hubiera un sexo. O tres, si quieres, eso tal vez habría sido lo mejor.

—¿No te parece que el hombre y la mujer ya arman suficiente barullo?

—También puede ser que se arme mucho lío precisamente porque no hay más que dos sexos, especialmente cuando hay muchos hijos en la familia. Al parecer, no tienes mucha idea de la vida en la tierra.

Ariel se encogió de hombros:

—Me gustaría aprender más.

—Si hicieran falta tres sexos para que nacieran niños —insistió Cecilia—, no habrían nacido tantos, y eso hubiera sido bueno para la superpoblación...

—Espera un poco —objetó el ángel—. Vas demasiado deprisa para mí.

Cecilia suspiró resignada.

—Yo creía que los ángeles siempre seguían la clase.

—No cuando habláis de partos y cosas por el estilo. Esos temas están muy alejados de los ángeles del cielo.

—Sólo quiero decir que será más difícil que tres personas se quieran tanto que decidan tener hijos juntos, que sólo dos personas se enamoren con locura y tal vez hagan niños antes de tener la suficiente madurez para ello.

—Pura matemática, entonces. Porque los dos sexos que quisieran hacer niños no podrían hacerlo sin ayuda del tercer sexo. ¿Es eso lo que quieres decir?

Ella asintió:

—Si dos de los tres sexos tuvieran ganas de hacer niños, a lo mejor el tercero diría: «No, chicos, ahora debemos ser sensatos. Debemos esperar un año o dos. No estoy de acuerdo en hacer niños ahora. Nos darían demasiado trabajo».

Cecilia tuvo que reírse de su propia ocurrencia, y contagió a Ariel su risa.

—Precisamente pensamientos así de divertidos también los tenemos en el cielo.

Pero Cecilia quiso añadir algo más:

—Además, habría más gente para cuidar de los niños; por ejemplo, cuando se pusieran enfermos. Y dos de las personas podrían dedicarse más el uno al otro, mientras el tercer papá o la tercera mamá se ocupa de los niños. Y también habría más gente para quererlos. En resumidas cuentas, habría muchas más personas que se quisieran entre ellas.

Ariel había adoptado una expresión inescrutable. Parecía que hubiera llevado esa misma máscara eternamente. Dijo:

—¿Realmente sólo se quieren las personas dentro de las familias?

—Tal vez no, pero el mundo sería más cariñoso si hubiera tres o cuatro padres. Lo que pasa es que...

—...también habría más dolor.

—¿Dolor?

Cecilia volvió a morderse el labio:

—Cuando alguien muriera, habría más gente que sufriría...

Ariel movió la cabeza negativamente:

—Otra vez creo que eres demasiado rápida en tus conclusiones.

—¿Por qué?

—Porque, si fuera así, también habría el doble de consuelo en el mundo.

—Entonces se compensaría, ¿es lo que quieres decir?

Ariel asintió y dijo:

—Pero si cada familia sólo tuviera dos hijos, al final ya no habría más personas en el mundo.

—¿Por qué no?

—Si cada tres adultos sólo tuvieran dos hijos, gradualmente habría cada vez menos personas. Al final, todo se detendría.

Cecilia se rió:

—Un buen día sólo quedaría un Adán y una Eva, exactamente como cuando todo empezó. Si se les perdonara el pecado original, podrían vivir en el paraíso toda la eternidad. ¿No te parece una buena idea?

—No está mal, no. Pero ahora estamos discutiendo el mismísimo principio de la creación.

—¿Y no sirve para nada o qué? Hablas casi como mamá. «No sirve» quejarme de mi enfermedad, dice. Bueno, no hablemos más de enfermedades y cosas por el estilo.

—Yo no he hablado de enfermedades. Pero te prometo mencionar lo de los tres sexos la próxima vez que tenga una charla con Dios. Al menos tiene sentido del humor.

—¿De verdad?

Ariel sonrió con indulgencia.

—¿No has visto nunca un elefante? No puedes imaginarte la cantidad de chistes sobre elefantes que tenemos en el cielo. También tenemos chistes sobre jirafas.

Cecilia no estaba segura de si le gustaba que los ángeles del cielo se contaran chistes sobre la creación. Sonaba un poco frívolo.

—Espero que no hagáis chistes sobre mí.

—No, no he oído ni un solo chiste sobre Cecilia. Pero aunque no comprendas todo, creo que sí entiendes que ya es demasiado tarde para corregir el principio mismo de la creación.

—Tal vez.

—¿Quieres saber un secreto?

—¡Me encantaría!

—Algunas veces, cuando hablamos de cómo es todo, y de cómo podría haber sido, Dios levanta resignado los brazos y se dice: «Soy consciente de que algunas cosas podrían haber sido de otra manera, pero lo hecho, hecho está, y

yo no soy todopoderoso».

Cecilia lo miró con la boca abierta.

—De eso que acabas de decir no vas a convencer a un solo cura.

—Entonces se equivocan o los curas o Dios.

Cecilia se tapó la boca y bostezó. Al mismo tiempo, vio que Ariel cambiaba de expresión.

—Pronto vendrá tu madre —dijo—. Tengo que darme prisa...

—No oigo nada.

—Pues va a venir ahora mismo.

Cecilia oyó sonar un despertador en la otra habitación.

—¿Vas a desaparecer?

Ariel dijo que no con la cabeza.

—Voy a sentarme en la ventana.

—¿Podrá verte mamá?

—No creo.

Al instante, la madre de Cecilia entró en la habitación:

—¿Cecilia?

—Hmm...

—¿Tienes la luz encendida?

—Ya lo ves.

—Sólo quería ver cómo estabas.

—¿Es por la mañana?

—Son las tres de la madrugada.

—Pues he oído el despertador.

—Lo había puesto a las tres.

—¿Para qué?

—Porque te quiero. No puedo dejar pasar una noche entera sin verte, y menos la Nochebuena.

—Vuelve a la cama, mamá.

—¿Puedes dormirte?

—Algunas veces duermo..., otras estoy despierta. No soy capaz de distinguir una cosa de la otra.

—¿Quieres algo?

—Tengo agua...

—¿Y no quieres ir al cuarto de baño?

Dijo que no con la cabeza.

—Sonaba muy bien cuando cantabais. Me quedé dormida, aunque la abuela estaba tocando el piano.

—¿Quieres que ventile un poco la habitación?

—Vale, un poco quizá.

Su madre se acercó a la ventana. A Cecilia le pareció ver a Ariel, pero iba desapareciendo conforme su madre se acercaba.

—¿Ves las rosetas de hielo que hay en el cristal? ¿No es curioso ver cómo

saben dibujarse ellas mismas?

Abrió la ventana.

—¡Hay tantas cosas curiosas, mamá! Es como si, ahora que estoy enferma, entendiera todo mejor. Es como si todo se hubiera vuelto más claro.

—Eso ocurre a menudo. Simplemente con una fuerte gripe oímos a los pájaros de otro modo.

—¿Te dije que el cartero me saludó?

—Sí, me lo contaste... Bueno, voy a cerrar ya.

Volvió hacia la cama y abrazó a Cecilia:

—Duerme bien. Pongo el despertador a las siete.

—No hace falta. Estamos en Navidad.

—Precisamente por eso. Cecilia...

—¿Sí?

—¿Quieres que llevemos tu cama a nuestra habitación? Quizá fuera un poco más agradable para ti..., y un poco más sencillo para papá y para mí.

—¿Por qué no, mejor, venís aquí vosotros?

—Claro que sí. Toca la campanilla cuando quieras..., incluso si es de noche.

—Vale. Pero, mamá...

—¿Sí?

—Si yo fuera Dios, crearía el mundo de forma que todos los niños tuvieran tres padres.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, entonces, no os agotaríais tanto. Y luego, papá y tú podríais estar solos alguna vez, mientras la tercera mamá o el tercer papá se quedara con Lasse y conmigo.

—No digas esas cosas.

—¿Por qué no? Ya sé que no se puede cambiar el principio de la creación, lo que pasa es que a veces Dios me parece bastante tonto. Ni siquiera es todopoderoso.

—Creo que estás un poco enfadada por dentro porque estás enferma.

—¿Un poco?

—O mucho, si quieres. Duérmete ya. No sirve de nada estar enfadada, Cecilia.

—«No sirve de nada estar enfadada, Cecilia.» Eso ya lo has dicho cien veces.

—Pero espero y rezo para que te pongas buena. Todos lo hacemos.

—¡Claro que voy a ponerme buena! Es realmente lo más tonto que has dicho en mucho tiempo.

—Mañana viene Kristine a ponerte la inyección.

—¡Ya ves!

—¿Qué?

—No creerás que querría venir hasta aquí el día de Navidad si no pensara que la medicina sirve para algo. Estás tontita, mamá. Tu cabeza está

completamente atrofiada porque has vivido muchísimos años.

—¡Claro que piensa que la medicina sirve para algo! Yo también lo creo...
¿Estás segura de que no quieres venir a nuestra habitación?

—¡Pronto seré mayor! ¡Entenderás que quiera tener mi propia habitación,
¿no?!

—Sí, claro.

—Tampoco es muy divertido estar allí escuchándoos roncar.

—Lo entiendo.

—No te lo tomes como algo personal... Por cierto, gracias por los regalos.

—¿Quieres que apague la luz?

—No, ya la apagaré yo cuando acabe de pensar.

Cuando su madre salió de la habitación, Cecilia sacó el rotulador y el cuaderno de debajo de la cama, y escribió:

Cada segundo la naturaleza saca flamantes niños de la manga de su chaqueta. ¡Abracadabra!

¡También hay muchas personas que desaparecen cada segundo! Como en el juego de las sillas: se empieza a jugar, y enseguida Cecilia queda fuera del juego.

No somos nosotros los que llegamos al mundo, es el mundo el que llega a nosotros. Nacer es lo mismo que recibir un mundo entero de regalo.

A veces, Dios levanta resignado los brazos y se dice: «Soy consciente de que algunas cosas podrían haber sido de otra manera, pero lo hecho, hecho está, y yo no soy todopoderoso».

Cecilia volvió a meter el cuaderno y el rotulador debajo de la cama, y se quedó dormida.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando volvió a abrir los ojos. La luz que emanaba del gran árbol de fuera inundó la habitación. Las rosetas de hielo en la ventana parecían de oro.

—Ariel —susurró.

—Sí, estoy aquí.

—No puedo verte.

—Aquí...

Por fin lo descubrió. Ariel se había colocado cómodamente sobre el estante superior, en el que no había ningún libro.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta ahí arriba?

—Eso no representa ningún problema para un ángel. ¿Has dormido bien?

Al instante siguiente, el ángel ya estaba de pie en el suelo. Cecilia no le había visto saltar ni había oído ningún ruido. Simplemente estaba allí, de repente, manoseando los esquís nuevos.

—Bonitos esquís —dijo—. ¡Y bonito trineo!

Se volvió hacia ella, y Cecilia contempló, una vez más, lo hermoso que era.

Sus ojos, azules y enigmáticos, eran aún más claros de lo que ella recordaba. Se asemejaban a una piedra preciosa que había visto en el libro sobre piedras. ¿A una llamada «zafiro de estrella», quizá?

—¿Cómo supiste que mamá estaba a punto de entrar? —preguntó.

—«Que mamá estaba a punto de entrar» —repitió Ariel—. «¿Cómo supiste que mamá estaba a punto de entrar?»

—¡Me estás haciendo la burla!

—Sólo saboreo las palabras.

—¿Saboreas las palabras?

Ariel afirmó con la cabeza:

—De hecho, es casi lo único que puede saborear un ángel.

—¿Te han sabido bien?

—Un poco raro.

—¿Por qué?

—¿Tampoco te parece raro haber estado chapoteando dentro de su tripa?

Cecilia suspiró con indulgencia. Pensó que todo lo relacionado con partos y cosas por el estilo era algo muy lejano para un ángel del cielo, y repitió:

—¿Cómo supiste que iba a entrar?

—Había puesto el despertador a las tres.

—Pero no podrás ver a través de las paredes, ¿no?

Ariel dio un paso hacia la cama:

—Deja ya de decir tonterías. Lo que tú llamas «paredes» no son paredes para nosotros.

Cecilia se tapó la boca con la mano.

—Entonces tienes vista de rayos X. ¿Puedes ver a través de mi cuerpo?

—Si quiero, sí. Pero no sé qué se siente cuando toda la comida que coméis se amasa en vuestras tripas y se convierte en carne y hueso.

Cecilia se estremeció:

—Será mejor que hablemos de otra cosa.

—Como tú quieras.

—¿Puedes acercarte un poco más?

Al instante, Ariel estaba sentado en la silla que había junto a la cama de Cecilia. Fue como si se hubiera cambiado de lugar sin tocar el suelo, más o menos como se mueve una diapositiva por la habitación, según se gire el proyector.

—No te he visto moverte, y de pronto estás aquí sentado.

—Nosotros no necesitamos «movernos» como vosotros. Sólo tienes que decirme hacia dónde quieres que me dirija, y allí estaré enseguida.

—Explícame eso mejor. Y luego tienes que decirme cómo podéis atravesar las puertas cerradas, porque eso es algo que jamás he entendido.

Ariel vaciló:

—Lo haré con una condición.

Cecilia se sobresaltó:

—¡No sabía que los ángeles pusieran condiciones para realizar buenas obras!

—No sólo me estás pidiendo que realice una buena obra, también me pides que te revele los secretos del cielo.

—Entonces, ¿cuál es la condición?

—Que me hables de los secretos de la Tierra.

—Bah, ya los conoces.

Ariel se inclinó hacia delante y dijo:

—No sé qué se siente al tener un cuerpo de carne y hueso, no sé cómo es crecer, tampoco sé lo que es comer, pasar frío o tener dulces sueños.

—No creo que yo sea el primer ser humano con el que hablas. ¿No has dicho que existís desde siempre?

—También te dije que los ángeles jamás dejan de maravillarse ante la obra de la creación. Y no creas que nos dejamos ver tan a menudo. La última vez que hice de ángel de la guarda fue en Alemania, hace más de cien años.

—¿A quién cuidaste?

—Se llamaba Albert, y estaba muy enfermo.

—¿Cómo le fue?

—Me temo que no muy bien. Por eso estuve allí.

Cecilia arrugó la nariz:

—Supongo que no sólo nos visitáis cuando las cosas van mal. ¡Qué tonterías estás diciendo!

—No es una tontería consolar a alguien que está triste.

—¿Y él no te contó cómo es ser de carne y hueso?

Ariel negó con la cabeza:

—Era demasiado pequeño para eso.

—Qué pena...

—¿Por qué?

—Porque eso quiere decir que tendré que hacer yo sola todo el trabajo.

—¿Pero aceptas el acuerdo?

Cecilia intentó incorporarse un poco más en la cama.

—Lo intentaré —dijo—. Pero tienes que empezar tú.

—¡Trato hecho!

Ariel se acomodó. Por debajo de la túnica blanca asomaban unas piernas desnudas, que colocó sobre la cama de Cecilia. Su piel era tan tersa como la de un recién nacido. Cecilia no podía ver ni un poro en ella.

Antes de conocer a Ariel, Cecilia jamás había pensado en que el vello del cuerpo tuviera algo que ver con las plantas y los animales. Ahora entendía lo raro que resultaría un ángel con pelos en las piernas. Podían crecer muchas cosas en árboles viejos, y también en las personas y en los animales. Incluso en las piedras podían crecer musgos y líquenes. Pero nada podía crecer en un ángel.

Se fijó en sus uñas. Era evidente que Ariel nunca necesitaba cortarlas.

También ellas le recordaban a una de sus piedras bonitas. ¿Al cristal de roca, quizá?

— ¿Los ángeles se cansan? —preguntó.

— ¿Por qué dices eso?

— Porque has puesto las piernas sobre la cama.

Ariel sonrió astutamente.

— He visto que los seres humanos se sientan juntos cuando se disponen a mantener una charla confidencial.

— Conque burlándote otra vez, ¿eh? ¿Por qué no puedes ser como eres? «No te cortes», suele decir mamá.

— Entonces tal vez pueda pedirte que te incorpores. Resulta un poco aburrido hablar con alguien que está tumbado en la cama.

— Estoy bastante enferma, ¿sabes?

— Incorpórate sin miedo, Cecilia.

Cecilia procuró hacer lo que el ángel le pedía, y pronto estaban sentados el uno frente al otro: Cecilia en la cama y Ariel en la silla. Cecilia se sentía mucho mejor. Hacía mucho tiempo que no podía estar totalmente incorporada en la cama. Pensó en lo que iba a contarle al ángel sobre los secretos de la Tierra.

Ariel empezó a hablar:

— Muchas personas piensan que un ángel es una especie de quimera que vuela entre la tierra y el cielo, sin tener un cuerpo de verdad...

— Precisamente así era como yo me imaginaba a los ángeles.

— Pues es todo lo contrario. Vosotros sois los que nos resultáis ligeros y volátiles. Cuando golpeas una piedra, tu pie se topa con ella. Si yo hiciera lo mismo, mi pie atravesaría la piedra sin más. Para mí no es más sólida que un jirón de niebla.

— Entonces, ahora entiendo cómo podéis deslizaros por puertas y paredes sin haceros daño. Pero no entiendo por qué las paredes no se destrozan.

— Cuando andas por la niebla, tampoco ésta se destroza. Y cuando piensas, tus pensamientos no pueden dañar el mundo que los rodea.

— De acuerdo. Pero si puedes atravesar una pared, será porque no tienes un cuerpo de verdad.

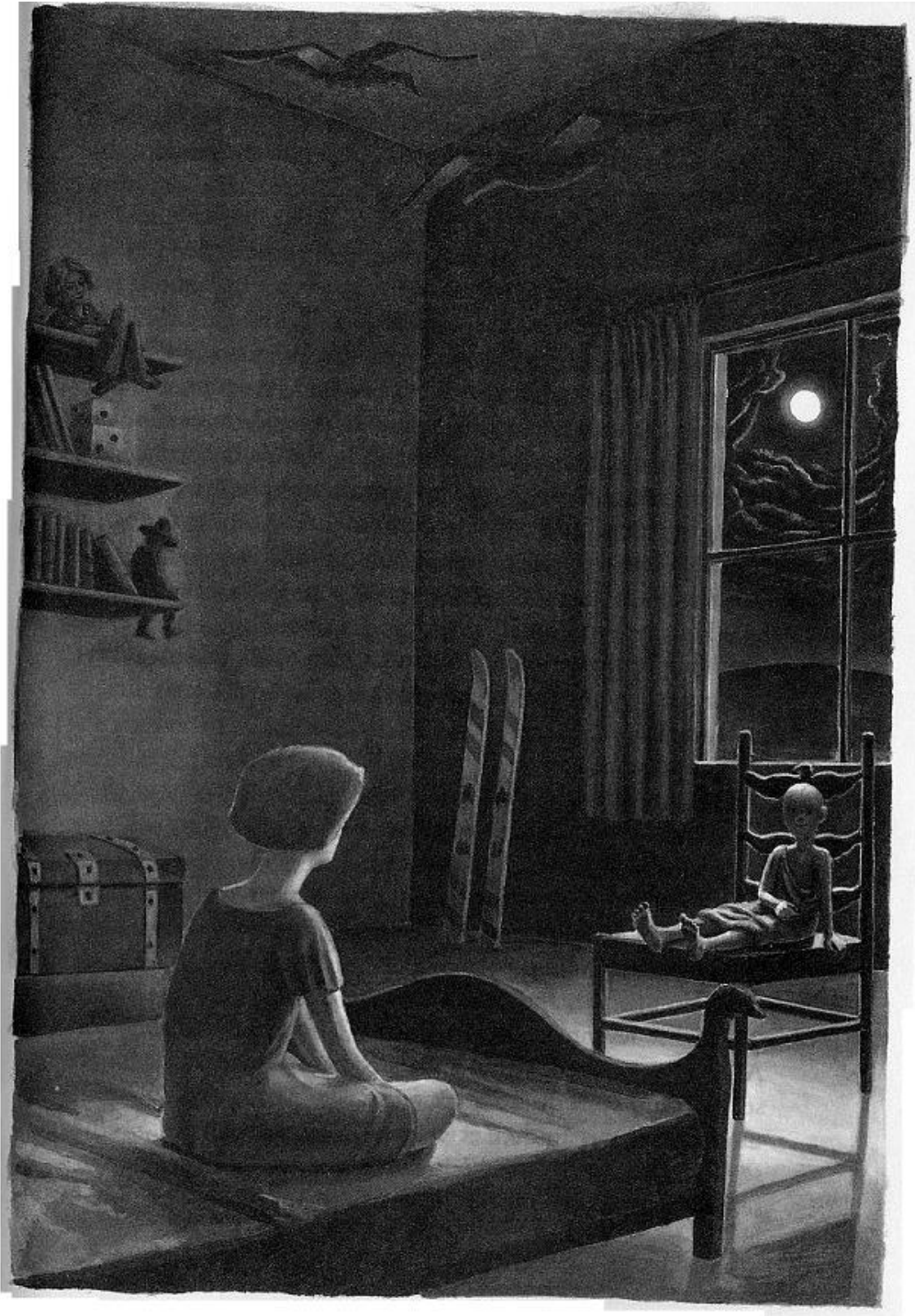
— Toca mi pie, Cecilia.

Cecilia apretó con dos dedos el dedo gordo del pie de Ariel. Era como tocar acero. Ariel prosiguió:

— Tenemos un cuerpo mucho más firme que cualquier otra cosa de la obra de la creación. Un ángel no podrá romperse nunca. Eso es porque no tenemos un cuerpo de carne y hueso del que el alma pueda separarse.

— Puedes alegrarte por eso...

— No ocurre así en la naturaleza, en la que todo se rompe con mucha facilidad. Incluso una montaña va mermando poco a poco, debido a las fuerzas de la naturaleza que la van desgastando para acabar convirtiéndose en tierra y arena.



Cecilia se sentía mucho mejor.

—Gracias por la información, pero ya lo sabía.

—Vosotros sí que sois quimeras para nosotros, Cecilia, y no al revés. Vosotros vais y venís. Sois vosotros los que no duráis. Aparecéis de repente, y resulta igual de maravilloso cada vez que se pone un niño recién nacido sobre la tripa de su madre. Pero igual de repentinamente desaparecéis. Es como si Dios soplara pompas de jabón con vosotros.

Cecilia entornó los ojos:

—Perdona que te hable sin rodeos, pero esto me huele a chamusquina.

Ariel movió la cabeza:

—Puede que sea una buena forma de expresarlo. Todo lo que hay en la naturaleza es como un lento incendio. Es como si toda la obra de la creación estuviera ardiendo sin llamas entre el musgo.

—Opino que no resulta muy agradable arder sin llamas en el musgo. Y tampoco me gusta la idea de ser una «quimera».

Ariel se tapó la boca con la mano, como si de repente se hubiera dado cuenta de que había hablado más de la cuenta.

—Pero no sois quimeras para vosotros —se apresuró a añadir—. Tu padre tiene que cogerte firmemente y tensar todos los músculos cada vez que te baja al salón, ¿no?

—Bla, bla, bla.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre tienes respuestas astutas para todas mis preguntas. Pero no tengo ninguna prueba de que todo lo que estás diciendo sea verdad.

—¡Ya estamos otra vez!

—¿Cómo?

—Sigues pensando que miento.

Cecilia hizo como si no lo oyera:

—Por ejemplo, ¿eres capaz de atravesar la pared y mirar si mis padres están dormidos?

—No debemos jugar con eso...

—Sólo una vez, anda.

Ariel se levantó de la silla y cruzó lentamente la habitación. Al llegar a la pared, siguió andando como si nada. Cecilia observó cómo se deslizaba a través de ella. Al final, ya sólo tenía un pie en el cuarto de Cecilia, y al instante desapareció. Unos segundos más tarde sucedió lo contrario. Ariel volvió a entrar y se quedó parado en medio del cuarto.

—Están los dos dormidos —dijo—. Tu padre tiene un brazo sobre el hombro de tu madre. El despertador está puesto a las siete.

—¡Bien! —exclamó Cecilia dando palmadas—. Por lo menos no tendré que dormir en el cuarto de mis padres.

—No, y si hiciera falta, yo los despertaría más deprisa que un despertador.

—¿De verdad?

Ariel sonrió resignado, porque, seguramente, ella no le creía tampoco esta

vez. Dijo:

—Siempre resulta igual de divertido. Creen que se despiertan por su cuenta, y dicen: «Qué curioso que me haya despertado justo ahora. Tenía la sensación de que algo iba mal».

—¡Qué gracioso!

—También es divertido mirar a los adultos cuando duermen. Muchas veces parecen niños pequeños. Tal vez sueñan que están fuera, jugando en la nieve.

Cecilia se animó:

—¡Acabas de darme una idea estupenda! ¿Por qué no bajas a la entrada y me traes una bola de nieve? Ni siquiera tendrás que abrir la puerta.

Ariel ya se había levantado de la silla.

—Sólo tengo que sacar la mano por la ventana —dijo—. Hay mucha nieve fuera en el marco.

Y así lo hizo. Subió de un salto al escritorio, y Cecilia vio cómo sacaba un brazo a través de la ventana cerrada. Al instante, estaba de vuelta con una bola de nieve en la mano. El cristal de la ventana seguía tan entero como antes.

Cecilia abrió los ojos de par en par.

—¡Guay!

—¿Estás contenta?

—No del todo. Me gustaría tocar la nieve de verdad.

—Toma —dijo Ariel, y le tiró la bola de nieve al edredón. Ella la cogió.

—Está helada —dijo—. Es la primera vez que toco la nieve de este año.

—«La nieve de este año» —repitió Ariel—; suena casi como «la fruta de temporada» o «las delicias del mar».

Cecilia se puso la bola de nieve junto a la cara. Cuando empezó a gotear, la dejó caer en el vaso que había sobre la mesilla. Ariel volvió a sentarse junto a ella.

—Yo nunca he tocado la nieve —dijo casi un poco ofendido— y sé que jamás podré hacerlo, jamás.

—¡No digas tonterías! ¡Pero si acabas de tocarla!

—No he notado nada. Los ángeles no sentimos nada, Cecilia.

—¿No has sentido el frío de la nieve?

Ariel pareció resignarse:

—Tendrás que aprender pronto; si no, resultará bastante aburrido hablar contigo. Sentir una bola de nieve es para nosotros lo mismo que sentir un pensamiento. Tampoco puedes tocar los recuerdos de la nieve que cayó el año pasado.

Cecilia le dio la razón, y Ariel preguntó:

—¿Cómo es eso de tener una bola de nieve en la mano?

—Frío..., helado.

—Eso ya lo has dicho.

Cecilia tuvo que esforzarse al máximo:

—La piel pica. Hace cosquillas como la menta. Te entran ganas de quitar la

mano y tiritar de frío. Y sin embargo, es muy agradable.

Ariel se había inclinado sobre ella con gran curiosidad mientras hablaba.

—Nunca he probado la menta —dijo—. Y tampoco he tiritado jamás.

Finalmente, Cecilia comprendió que para Ariel no resultaba más fácil entender las cosas terrenales de lo que para ella había resultado entender las celestiales. Dijo:

—Tiene que ser horrible tocar algo sin notarlo. Yo odio la anestesia que te pone el dentista, por ejemplo.

—«Anestesia que te pone el dentista» —repitió Ariel.

—Pero seguramente es mucho peor la anestesia total, porque entonces ni siquiera podéis notar que estáis vivos.

Ariel adquirió una expresión inescrutable. Luego preguntó:

—¿Lo notáis en todo el cuerpo?

Cecilia se rió:

—En el pelo no, y tampoco en las uñas.

—Pero sí en todas las partes en las que se tiene piel, lo que quiere decir que casi en todo el cuerpo. La carne y la sangre están enfundadas en un traje mágico que hace que sintáis todo lo que os rodea. ¿Eres capaz de entender cómo se puede llegar a crear algo así?

—¿Un traje mágico, quieres decir?

—Tu piel, Cecilia, me refiero a ese fino tejido de hilos nerviosos. Cuando Dios creó el mundo, lo hizo de un modo tan astuto para que la creación fuera capaz de sentirse a sí misma. ¿Estás de acuerdo en que fue muy astuto?

—Quizá...

—¿Tenéis exactamente la misma sensibilidad por todas partes?

Cecilia reflexionó unos instantes:

—No tengo las mismas cosquillas por todas partes. En algunos sitios me encanta que me hagan cosquillas. A veces puede llegar a ser tan maravilloso que casi te duele. ¿Sabías que algo puede ser tan maravilloso que llegue casi a doler?

—«¿Sabías que algo puede ser tan maravilloso que llegue casi a doler?»

—Me estás tomando el pelo otra vez.

Ariel movió su cabeza calva:

—Sólo intento entender lo que me estás diciendo. ¿Y también algo puede doler tanto que resulte casi agradable?

—No...

—Perdóname por habértelo preguntado. ¿Sabes?, los ángeles no sabemos exactamente qué es el dolor.

—¿Sois realmente tan insensibles como la tierra y las piedras?

Ariel asintió solemnemente.

—¡Por lo menos!

—No sé lo que hubiera preferido.

—¿Ser piedra o ángel?

—Quiero decir que, si no tuviera sentimientos, tampoco tendría dolores. Tal vez lo mejor hubiera sido estar totalmente anestesiada.

—Entonces, quizá sea al dentista al que tienes manía, y no a la anestesia local.

Cecilia asintió con la cabeza.

—Pero me resulta un poco preocupante que los ángeles del cielo no sepan la diferencia entre lo que es bueno y lo que es malo.

De nuevo Cecilia estaba a punto de decir que no estaba totalmente segura de creer en los ángeles. Se le ocurrió algo:

—¿Por qué no tienes alas?

Ariel se rió:

—Lo de «las alas de los ángeles» no es más que una vieja superstición que procede de los tiempos en que los seres humanos pensaban que la Tierra era plana como una torta y que los ángeles volaban constantemente entre el cielo y la tierra. No es tan sencillo como eso.

—Entonces, ¿cómo es?

—Los pájaros necesitan alas para elevarse porque están hechos de carne y hueso. Nosotros estamos hechos de espíritu, y por eso no necesitamos alas para movernos por la creación.

Cecilia sonrió:

—Es más o menos como mis pensamientos. Tampoco necesitan alas para volar por el mundo.

Aún no había acabado de hablar, cuando Ariel despegó de la silla y comenzó a flotar por la habitación como un globo aerostático. Cecilia lo siguió con la mirada.

—¡Guay! —exclamó—. ¿No es maravilloso?

Ariel volvió a aterrizar delante de la estantería.

—No siento nada.

—Tiene que ser una sensación muy rara. Tiene que ser una sensación rara no sentir nada.

—Pero tus pensamientos tampoco pueden sentir aquello en lo que piensan de la misma manera que sientes una bola de nieve en la mano.

Levantó los esquís nuevos y se los enseñó a Cecilia.

—¿Es maravilloso esquiar?

Cecilia asintió con la cabeza:

—Pronto voy a estrenarlos...

—Supongo que es una experiencia más bien «fría», al menos cuando os caéis en la nieve. ¿No os entra un tiritante sabor a menta por todo el cuerpo?

—No si vamos bien abrigados. Entonces sentimos la nieve como un blando algodón. Algunas veces nos quitamos los esquís y hacemos ángeles con la nieve. ¡Maravilloso!

Ariel había vuelto a colocar los esquís en su sitio, y luego dijo:

—Se agradece. Además, muestra el estrecho parentesco de las criaturas con

los hijos de Dios en el cielo.

—¿Realmente lo crees así?

Ariel asintió solemnemente.

—En primer lugar, porque hacéis ángeles. De la misma manera podríais haber hecho otra cosa totalmente diferente. En segundo lugar, porque os divertís mucho. A todos los ángeles nos gusta hacer cosas divertidas.

—¿No crees que también a los mayores les gusta hacer cosas divertidas?

Ariel se encogió de hombros.

—¿Has visto alguna vez que un esquiador adulto se haya quitado los esquís y se haya tumbado en la nieve para hacer ángeles?

Cecilia asintió:

—Una vez mi abuela lo hizo.

—¡Ya ves!

—¿Qué?

—Ella, al parecer, no ha perdido el contacto con la niña que lleva dentro.

Ariel se puso a volar por el cuarto de nuevo. Cuando aterrizó delante de la cama de Cecilia, dijo:

—Me da pena decirlo, pero esto va bastante lento.

—¿El qué?

Lanzó un suspiro de resignación:

—Esto es un raro encuentro entre el cielo y la tierra. Yo te contaría un montón de cosas sobre los secretos del cielo si tú me contaras cómo es ser de carne y hueso.

Cecilia se sentía agotada y agobiada porque le parecía que Ariel estaba empezando a repetirse, así que dijo:

—Resulta un poco aburrido estar aquí tumbada.

Ariel asintió con la cabeza:

—Pues, por ahora, a mí tampoco me parece la guardia de ángel más divertida que he hecho.

—¿Quieres que bajemos al salón? Hoy sólo he estado allí cuando se entregaron los regalos...

—«¿Quieres que bajemos al salón?» —repitió Ariel—. Por mí vale. Sigue siendo Nochebuena.

—¿Crees que puedes ayudarme a bajar?

—Claro que sí.

—¿Vas a poder levantarme?

—Para nosotros no pesáis nada, Cecilia.

—Bájame entonces.

Ariel cogió en brazos a Cecilia y la levantó de la cama. Era muy diferente a cuando la cogía su padre. Él solía respirar y jadear como una tormenta. En cambio, en los brazos del ángel, Cecilia se sentía ligera como una pluma, aunque él era mucho más pequeño que ella.

Salieron sigilosamente al descansillo y bajaron al piso de abajo. Ahora no había un abuelo fumando un puro en el vestíbulo. ¿Pero habría visto al ángel Ariel si hubiera estado allí? ¿O habría pensado que Cecilia flotaba por el aire?

El salón estaba casi a oscuras. Sólo estaba encendida la lámpara que había sobre el sillón verde de orejas.

—Suelen ponerme en el sofá —dijo Cecilia.

Ariel la puso cuidadosamente sobre el sofá rojo, y Cecilia levantó la vista:

—Han apagado las luces del árbol. ¡Qué tontos!

Al instante, Ariel lo enchufó. Se colocó delante del árbol de Navidad y extendió los brazos. Las luces llenaron el salón de ambiente navideño.

—Qué rapidez —dijo Cecilia—. Me recuerdas a uno de esos espíritus de la lámpara que cumplen todos los deseos... ¿Has visto lo bonito que es mi árbol?

Ariel asintió solemnemente con la cabeza.

—Se parecen a las luces del cielo.

—¿De verdad? Siempre me he preguntado si también allí pondrán algodón alrededor de las luces.

—Las luces del cielo son todas las estrellas y planetas —explicó Ariel—. Algunos de los planetas están rodeados de diferentes gases. ¿No crees que por eso es por lo que ponéis algodón alrededor de las luces del árbol?

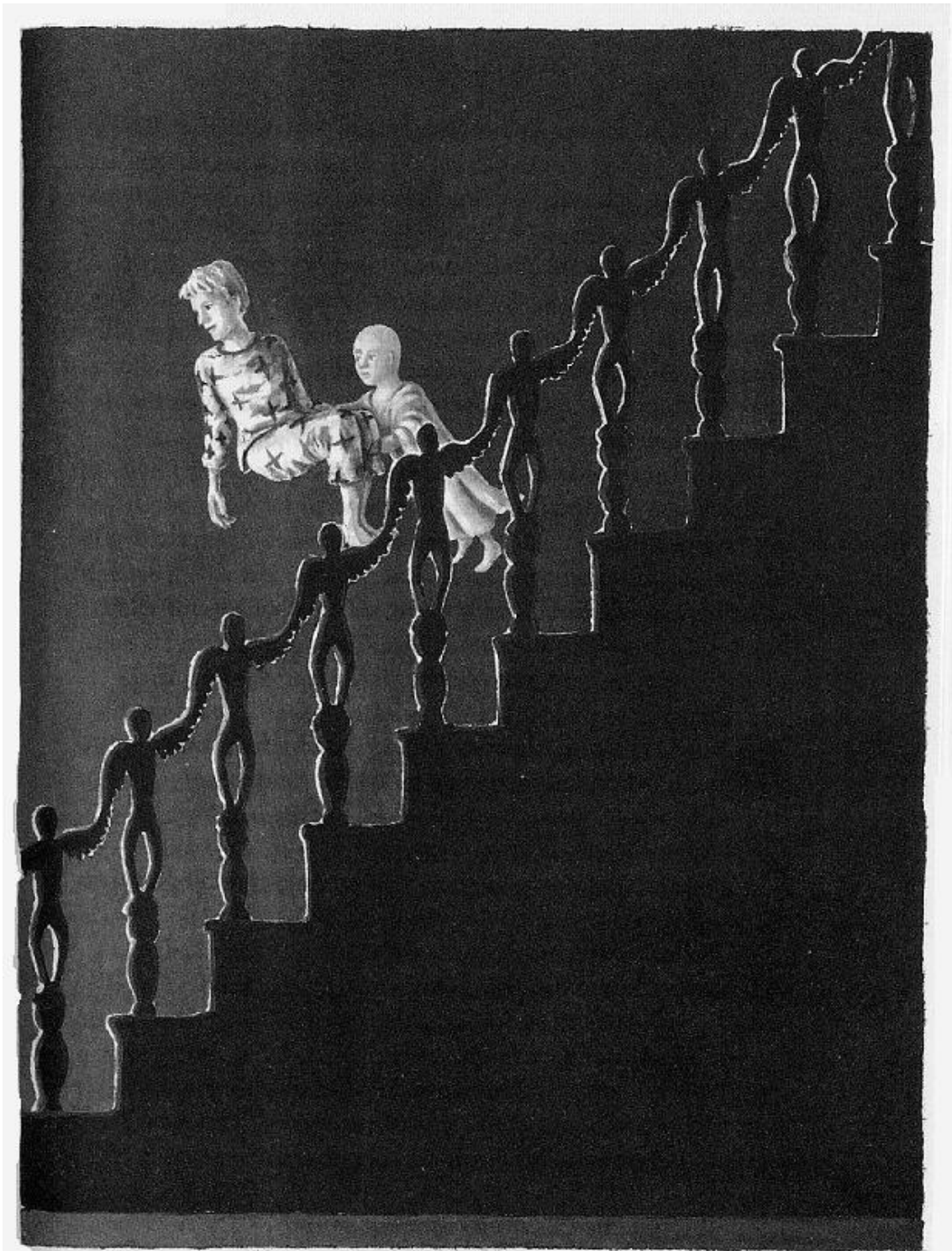
—Jamás se me había ocurrido. Pero cada Navidad discutimos si vamos a ponerlo o no. A mamá no le gusta nada, y a la abuela tampoco, pero este año no se atrevieron a contradecirme.

—Al menos ponéis una estrella en la punta.

Cecilia miró hacia arriba:

—La que teníamos antes desapareció de repente. Por cierto, ésta está un poco torcida...

Al instante, el ángel Ariel flotaba alrededor de la punta del abeto. Cecilia abrió los ojos de par en par. En el árbol habían colgado unos ángeles de papel, unos blancos y otros dorados.



Era muy diferente a cuando la cogía su padre.

¡Ahora un ángel de verdad estaba dando vueltas en el aire alrededor del árbol!

— ¿Así está mejor?

— Creo que sí... Pero no bajas al suelo aún. Es tan bonito verte volar así...

Ariel flotaba bajo el techo y permaneció balanceándose un metro por encima de la mesa del comedor.

— Me gustaría saber volar — dijo Cecilia —, Entonces a lo mejor podría escaparme de todo.

Ariel señaló una gran fuente con pastas y figuras de mazapán.

— No han guardado las pastas.

— No, sírvete lo que quieras.

Ariel volaba sobre la fuente. Dijo:

— Ojalá pudiera.

— Claro que puedes. No te imaginas todas las que han hecho.

Ariel suspiró profundamente:

— Ya te he dicho que los ángeles no comemos. No podemos comer.

— Ah... se me había olvidado.

— Los tiempos llegan, los tiempos se van y las estirpes siguen a las estirpes⁷.

De esta manera se ponen nuevas mesas con diferentes clases de comidas y bebidas. Pero los ángeles del cielo jamás comprenderán qué se siente al saborear alguna de estas delicias terrenales.

— Dame una pasta de las redondas, por favor.

Ariel bajó un instante para coger una pasta. Voló por la habitación para dársela a Cecilia, que comenzó a comerla dando minúsculos mordiscos.

Ariel se quedó flotando en el aire sobre el sofá donde ella estaba tumbada.

— Es divertidísimo veros comer.

— ¿Por qué?

— Os metéis algo en la boca y lo masticáis y luego sabe a esto o a aquello, antes de convertirse en carne y hueso.

— Así es, sí.

— ¿Cuántas clases de sabores hay?

— Ni idea. No creo que se haya hecho ningún catálogo al respecto.

— ¿Qué es lo que más te gusta de todo, entonces?

Cecilia reflexionó un buen rato.

— Las fresas, tal vez... el helado de fresa.

Ariel puso cara de asombro:

— Suena un poco raro el meterse trocitos de esa especie de menta fría en la boca. Entonces notaréis que tiritáis por dentro y que os hace cosquillas, ¿no?

— Haces que suene muy misterioso. Pero es verdad que algunas veces hace cosquillas en la tripa. ¡Maravilloso!

Ariel siguió flotando sobre el sofá. A veces daba marcha atrás un metro o

⁷ Hace referencia a la letra de un villancico que se canta en Noruega.

dos, otras veces se mecía más cerca de ella.

Señaló la mesa del comedor:

— Hay algunas fresas en esa fuente.

Cecilia se rió:

— Son las fresas de mazapán de Lasse.

— ¿Sabes muy distinto a las otras fresas?

— Muy distinto, sí. Pero las dos podrían figurar perfectamente en el catálogo de sabores maravillosos.

Cecilia miró los agudos ojos de zafiro.

— ¿Podrías intentar describirme la diferencia entre una fresa normal y una fresa de mazapán? — preguntó Ariel.

Cecilia estaba aún masticando la pasta. Miró la fuente con las fresas de mazapán, inspiró profundamente y dijo:

— Una fresa de jardín sabe dulce y agria, y también a rojo, evidentemente. Y si comes una fresa de mazapán, también sabe a rojo, porque hemos utilizado una tinta roja de confitería; pero, sobre todo, sabe a delicioso mazapán seco y dulce.

— «Delicioso mazapán seco y dulce...»

— ¿Sabías que el mazapán está hecho de almendras? Por eso digo seco y dulce, porque las almendras son secas. Lo dulce es por el azúcar.

Cecilia lamía las migas de pasta de su propia mano:

— En realidad, ahora que estoy enferma no me apetece ninguna de las dos. Pero, ya que estamos en Navidad, me parece que al menos debo pensar en ello.

Ariel movió la cabeza con resignación.

— Esa descripción no me enseña gran cosa. Los sabores y cosas por el estilo constituyen un misterio inescrutable para los ángeles del cielo.

— Supongo que para Dios no, ya que es él quien nos ha creado.

Ariel aterrizó sobre las piernas de Cecilia. No pesaba nada. Apenas la tocaba. Cecilia no notó ni siquiera un leve cosquilleo.

— No siempre se entiende del todo lo que se crea — dijo él.

— ¿Por qué no?

— Puedes, por ejemplo, dibujar o pintar algo en una hoja de papel. Aun con eso, no es seguro que vayas a entender cómo es ser lo que has dibujado.

— Eso es otra cosa, porque no es algo vivo.

Ariel movió enérgicamente la cabeza:

— Precisamente eso es lo raro.

— ¿El qué?

— Que sois seres vivos.

Cecilia miró al techo:

— Al menos tienes razón en que Dios no entiende lo tonto que es estar enferma en Nochebuena...

Ariel la interrumpió:

— Podemos hablar más sobre Dios luego. Pero, antes, ibas a hablarme de

cómo es eso de ser de carne y hueso.

—¡Pregunta! Puedes preguntar todo lo que quieras.

—Ya hemos hablado de cómo es saborear algo. Igual de extraño resulta que seáis capaces de oler cosas distintas sin tener que estar muy cerca de lo que oléis. ¿Qué son en realidad todos esos «olores» que flotan por la obra de la creación?

—¿Tú ni siquiera puedes oler el abeto?

Ariel suspiró profundamente:

—Los ángeles no tenemos sentidos, Cecilia. No es que esto sea un examen de religión, pero hay ciertas cosas que ya deberías haber aprendido.

—Bueno, perdóname.

—¿Cómo huele el árbol?

—Verde... y luego huele a ácido y a aire fresco... y un poco a húmedo. Pero también huele a dulce. Yo diría que el olor del árbol de Navidad es casi la mitad del ambiente navideño. Luego está el de la col macerada y el incienso de los reyes en segundo y tercer lugar, respectivamente. En cuarto lugar viene el puro del abuelo, pero ese olor casi es demasiado a veces.

—¿Podéis oler las luces?

—No... en realidad... no.

—¿Significa eso que no estás del todo segura?

—El árbol huele un poco diferente cuando lo hemos adornado y hemos encendido las luces. Sólo un poco, ¿sabes?, pero ese pequeño añadido tiene mucha importancia para el ambiente.

—Bueno, bueno. No creo que podamos aclarar mucho más sobre los olores de lo que conseguimos con los sabores. ¿También existe un sinfín de olores?

—Puede ser, pero no creo que los seres humanos tengan muy buen olfato. A lo mejor somos capaces de oler cien olores diferentes, pero podemos saborear mil sabores. Los perros tienen mucho mejor olfato. Creo que ellos saben distinguir entre miles de olores diferentes. No es tan raro, si piensas que la mitad de la cara del perro es una gran nariz.

—Vaya, al fin y al cabo no te explicas nada mal. ¿También puedes decirme cómo es ver?

—Pero tú ves exactamente lo mismo que yo, ¿no?

Ariel despegó del sofá, atravesó volando la habitación y se sentó en el sillón verde de orejas. Era tan pequeño comparado con el gran sillón que daba la impresión de poder perderse en él.

—Pero no lo veo de la misma manera —dijo—. Aunque, claro, tampoco estoy hecho de tierra y agua. No soy un pedazo de masa de pan.

—¿Y cómo ves entonces?

—Podrías llamarlo presencia espiritual.

—Pero a mí me ves, ¿no?

Ariel negó con la cabeza:

—Simplemente estoy aquí.

—Yo también. Y nos estamos viendo el uno al otro todo el tiempo, ¿no?

Él vaciló:

—¿Quieres decir que puedes ver mientras sueñas?

—A menudo veo muy claramente cuando sueño.

—¿Pero entonces no ves con los ojos?

—No, porque están cerrados mientras duermo.

—Entonces, puede que entiendas que hay varias maneras de ver. Algunas personas son ciegas, y tienen que usar el ojo interior. Es el mismo ojo que usas para ver cuando tienes dulces sueños.

—¿«El ojo interior»?

Ariel asintió:

—Es completamente diferente a cuando pestañeas y empleas las lentes vivas para captar la naturaleza que te rodea. Si pelas cebollas o te entra algo en el ojo, la vista se irrita. En el peor de los casos, puedes hasta perderla. Pero no hay nada que pueda dañar el ojo interior.

—¿Por qué no?

—Porque no está hecho de carne y hueso.

—¿De qué está hecho entonces?

—De mente y pensamiento.

—Suena un poco horrible.

Ariel había colocado los brazos sobre los reposabrazos. Así parecía aún más pequeño, comparado con el gran sillón en el que estaba sentado. Dijo:

—A mí me parece mucho más terrible que un par de ojos vivos compuestos de átomos y moléculas puedan ver todo lo que los rodea. Incluso podéis mirar al universo e intuir un poco de la gloria celestial. Pero lo que usáis para ver son un par de bolitas vidriosas, íntimamente emparentadas con los ojos de los peces.

—Dicho así, resulta muy misterioso.

Ariel le quitó importancia haciendo un gesto con la mano:

—No puede resultar más misterioso de lo que es. Una vez, hace muchos millones de años, algunos peces del mar tuvieron un par de aletas, a modo de piernas, con las que podían andar. Esos pequeños anfibios subieron gateando a la tierra, en busca de comida. Hoy vosotros podéis ver a miles de años luz en el universo, con los mismos ojos que antaño sólo podían ver estrellas y erizos del mar. Y es más: podéis estar tumbados sobre un sofá rojo mirando a los ojos a uno de los ángeles del Señor.

Cecilia se rió:

—Estoy de acuerdo en que resulta divertido pensarlo.

—Si Dios no hubiera creado la visión, tampoco habría compartido la creación con vosotros. Entonces el jardín de Edén seguiría oscuro como la noche.

—«Oscuro como la noche» —repitió Cecilia. Sonaba muy triste.

—Cada ojo es una pequeñísima parte del misterio divino —prosiguió

Ariel—. La visión es el lugar de encuentro entre cosa y pensamiento, es el pórtico que separa el sol de la mente. El ojo humano es el espejo en que el espacio creado en la mente de Dios se encuentra a sí mismo en el espacio creado fuera.

Cecilia le detuvo tocándole un brazo:

—Me temo que no he entendido lo que acabas de decir.

Y el ángel Ariel explicó:

—Algunos ángeles del cielo opinan que cada ojo que ve la obra de la creación de Dios es el propio ojo de Dios. Porque ¿quién ha dicho que Dios no tiene miles de millones de ojos? Tal vez esparciera miles de millones de minúsculas fotocélulas sobre la obra de la creación para que, en todo momento, pudiera ver su propia creación desde miles de millones de ángulos distintos. Como sabes, los seres humanos no son capaces de nadar muchos metros bajo el agua, por eso Dios también ha dado ojos a los peces. Y los seres humanos no saben volar, pero siempre hay una alfombra viva de ojos de pájaro bajo el cielo observando la Tierra. Pero eso no es todo...

—¡Cuéntame más cosas!

—De vez en cuando, un ser humano levanta los ojos hacia su origen celestial. Es como si entonces Dios se viera a sí mismo en un espejo.

Cecilia exclamó:

—¡Cielos!

—Exactamente, como el cielo y el mar.

—¿Qué?

—El cielo se refleja en el mar. De la misma manera, Dios puede reflejarse en un par de ojos humanos. Porque el alma es un espejo, y Dios puede reflejarse en el alma humana.

Cecilia estaba muy impresionada:

—Tú deberías haber sido cura... bueno, si lo que dices no son todo herejías.

En el rostro de Ariel se dibujó una sonrisa burlona:

—Esas cosas no nos importan mucho allí arriba. Nosotros siempre hemos sabido que la obra de la creación es un gran enigma, y cuando se trata de enigmas, hay que permitir que se especule y adivine un poco.

Cecilia se encogió de hombros:

—Cuando te pones tan solemne, me dan escalofríos. Además, puede que tenga un poco de fiebre. ¿Tenemos que seguir hablando de los sentidos?

—Pero si ya sólo faltan dos. ¿Te gustan la música y el canto?

—En estos días lo que más me gusta es escuchar los villancicos cantados por Sissel Kyrkjebø. Antes de conocerla, pensaba que ella parecía un ángel. Pero ahora comprendo que su melena de ángel proviene de los monos, como la de todos nosotros. Por cierto, algunos dicen que yo me parezco a ella.

—¿Ah, sí?

—¿A ti qué te parece?

—Puede que sí.

—¿Pero la has visto alguna vez?

—No he podido evitarlo.

—¿De qué sentido estamos hablando ahora?

Ariel se rió:

—Resulta divertidísimo charlar contigo, Cecilia. Te he preguntado si te gusta la música para que me digas cómo es oír. A los ángeles del cielo nos resulta incomprensible que la carne y los huesos tengan esa capacidad.

—¿Tan raro es?

—¿No te parece un pequeño misterio el que los pajarillos puedan trinar con tanta fuerza que su canto se oiga a muchos kilómetros de distancia? Esos pequeños seres son como flautas vivas que se tocan a sí mismas sin cesar. E igual de extraño resulta que las palabras que estoy pronunciando puedan llegar hasta ti.

—Me parece que ahora estás exagerando la diferencia entre vosotros y nosotros. Tú también puedes oír lo que yo digo.

Ariel suspiró profundamente:

—Si una vez más vuelves a compararnos, con el único fin de simplificar las cosas para ti, iré a visitar a otro paciente. Hay muchísimos enfermos que no reciben la más mínima visita angelical.

Cecilia se apresuró a decir algo más:

—Supongo que quieres decir que tú no oyes con oídos vivos como yo, sino que simplemente estamos intercambiando nuestros pensamientos...

—Algo por el estilo, sí. Perdóname por haber dicho lo del otro paciente. Tú no tienes la culpa de entender sólo algunas cosas. Lo ves todo por un espejo, y oscuramente...

—«Por un espejo, y oscuramente.»

—Ahora eres tú la que te estás burlando de mí.

—¡No, sólo estoy saboreando las palabras!

—Hubo un tiempo en que la Tierra estuvo desierta y vacía —prosiguió Ariel—. Luego fue capaz de oír sus propios sonidos. Durante millones de años hubo truenos y rayos, el mar bañó las rocas, y los volcanes vertieron sus corrientes de lava con enorme fuerza. Pero nadie oía absolutamente nada. Hoy este planeta es capaz de oír sus propios sonidos. No es el caso de Venus o Marte. Y si nos parece demasiado silencioso, no tenemos más que poner un concierto de órgano de Johann Sebastian Bach. Lo que más me gusta son esos grandes conciertos al aire libre. Entonces los sonidos más hermosos de este planeta suenan en el universo. Por no hablar de todos los conciertos radiofónicos. El planeta toca por su cuenta. Alrededor de un sol ardiente de la Vía Láctea, toca esa pequeña caja de música que es el planeta Tierra.

—Deberías haber sido poeta —sugirió Cecilia—, así no parecerías tan anticuado.

—Creo que preferiría ser investigador de la naturaleza. Porque no entiendo muy bien cómo, al hablar, las palabras invisibles salen como gateando de una

boca, y pasan por un estrecho oído, antes de fundirse finalmente con una masa gelatinosa llamada cerebro.

Justamente lo que acababa de explicar el ángel sucedió entonces. Esas extrañas palabras que había dicho se fundieron con el cerebro de Cecilia convirtiéndose en sus propios pensamientos. Se quedó pensándolo tanto tiempo que Ariel tomó la palabra de nuevo:

—E igual de extraño resulta ver vuestra capacidad de generar todas las palabras en la boca. Algunas veces ocurre muy rápidamente; es como si las palabras corriesen por su cuenta. ¿Puede ocurrir que no sepáis exactamente lo que decís hasta después de haberlo dicho?

Cecilia bajó la vista:

—No siempre meditamos todo lo que hacemos. Cuando tengo que ir corriendo al colegio, simplemente voy corriendo. No tengo tiempo para pensar en cómo muevo las piernas. Si lo hiciera, seguro que tropezaría con algo y me caería. También al hablar tropezamos a veces con las palabras.

—Constantemente tenéis que inspirar aire, y luego volver a soltarlo. ¿Eso también se hace sin pensarlo?

—Creo que sí.

—Suenan un poco peligrosas. Porque, si os olvidarais una sola vez de respirar, el corazón dejaría de latir. Y si el corazón deja de latir...

—¡Déjalo ya! —exclamó Cecilia—. Afortunadamente, no tenemos que pensar en todo.

Ariel se tapó la boca:

—¡Lo siento! Estábamos hablando de cómo primero formuláis en la boca todas esas palabras invisibles, y luego las soltáis para que floten entre la boca y el oído. ¿Es verdad que los seres humanos tienen voces distintas?

Cecilia asintió con la cabeza:

—Suenan diferentes cuando mamá dice «¿Has dormido bien?» a cuando papá o la abuela dicen exactamente lo mismo. Yo puedo estar con la cabeza debajo del edredón y saber, sin embargo, quién me está hablando. Cada persona dice de una manera distinta las mismas palabras. Por cierto, lo mismo ocurre con los instrumentos musicales. Suenan muy distintos cuando un clarinete toca un *do*, a cuando un violín entona esa misma nota. Además, he leído que dos violines nunca producen exactamente el mismo sonido. Lo mismo ocurre con nuestras voces.

—Lo que demuestra que la voz y el oído son unos instrumentos muy delicados.

—Incluso cuando la ventana está cerrada, puedo oír si hace viento fuera o al cartero venir por la carretera montado en su bici. Por cierto, tendrías que haberlo visto cuando se cayó...

—Yo estaba sentado junto a la ventana exactamente igual que tú.

—Al parecer, estás en todas partes... Cuando hay mucho silencio en la casa, a veces puedo oír nevar.

Cecilia había empezado a mover un brazo:

—¡Y también puedo ver con los oídos!

—¡Bobadas!

El rostro del ángel Ariel adoptó una tensa expresión:

—Aunque estemos hablando de cosas muy extrañas, no debes burlarte de mí.

—Pero si es la pura verdad... Cuando estoy acostada en mi cuarto, y oigo los sonidos de abajo, es como si viera lo que están haciendo y cómo es todo allí abajo.

—Entonces tienes algo de visión angelical.

Cecilia se incorporó en el sofá:

—Opino, como ya sabes, que estás exagerando la diferencia entre ángeles y seres humanos.

—Aún resulta más extraño si se tiene en cuenta que partimos de unas condiciones iniciales muy diferentes. Vosotros estáis hechos de unos milímetros de moléculas en un planeta cualquiera del Universo. Y sólo estáis en él un tiempo limitado. Pero os movéis por la obra de la creación con pasos muy ligeros. Habláis, reís y tenéis astutos pensamientos, exactamente igual que los ángeles del cielo.

—¿No te parece igual de misterioso ser ángel?

—De eso ya hemos hablado. La diferencia es que nosotros hemos estado aquí siempre. Además, sabemos que no nos vamos a lanzar jamás al vacío como una burbuja de jabón que se extingue. Nosotros simplemente existimos, Cecilia. Somos lo que siempre ha sido y siempre será. Vosotros vais y venís...

Cecilia lanzó un hondo suspiro.

—Ojalá hubiera pensado más en cómo es vivir.

—Nunca es demasiado tarde para cambiar.

—No sé por qué, pero de pronto me estoy poniendo muy triste...

Ariel intentó evitarlo.

—¡No te pongas triste! Si no, tendré que ponerme a consolarte. A veces tengo la impresión de que los seres humanos no hacéis más que lamentaros por todo.

—Claro, para ti es fácil.

—Ya sólo nos queda un sentido. Es un poco más confuso, pero no por ello menos misterioso.

Cecilia se secó una lágrima:

—No recuerdo cómo se llama el quinto sentido... ¿Tacto?

Ariel asintió con la cabeza:

—Ya hemos hablado de esa fina capa de piel y vello que recubre a la carne y a la sangre de arriba abajo. Saboreáis con la lengua lo que coméis. Pero, de alguna manera, podéis comer con todo el cuerpo. Podéis «saborear» si algo es frío o caliente, mojado o seco, liso o rugoso...

—Eso no me parece tan extraño.

—Para un ángel es quizá lo más extraño de todo. Las piedras de la playa no pueden sentir que están tocándose unas a otras cuando las olas rompen en la orilla. Tampoco una piedra nota cuando la tocas. Pero tú sí puedes sentir la piedra.

—Por cierto, ¿has visto mi colección de piedras? Algunas las he comprado, y otras me las han regalado, pero la mayor parte las he encontrado en la playa. En una «playa desconocida».

—En Creta, ¿no?

—¿También sabes eso?

—He mirado tus piedras muchas veces mientras dormías. Pero jamás entenderé qué se siente al tocarlas.

—Entonces te pierdes algo muy importante. Algunas son tan lisas que me entran ganas de reír.

Ariel despegó del sillón verde de orejas y empezó a ascender hacia el techo. Mientras flotaba, dijo:

—Ya hemos hablado de los cinco sentidos...

Cecilia le interrumpió:

—Pero hay también un sexto sentido.

—¿Ah, sí?

—Hay gente que opina que tiene un sentido que le hace saber cosas que no puede captar con ninguno de los cinco sentidos normales. Por ejemplo, hay gente que puede adivinar lo que va a suceder en el futuro. O saber dónde alguien ha perdido algo. Otros opinan que todo esto es mera superstición.

Ariel asintió enigmáticamente:

—Quizá ese sentido es el que hará que volvamos a encontrar algún día la vieja estrella de Navidad.

—¿Tú sabes dónde está?

—Ya veremos...

Cecilia se quedó pensando en la Navidad, y dijo:

—Me pregunto si lo que es el ambiente navideño en sí no tiene que ver con ese sexto sentido. Tal vez nos parezcamos un poco más a los ángeles en Navidad que durante el resto del año. Lo que es cierto es que la Navidad tiene que ver con todos los sentidos. Puedo olerla, saborearla, verla y oírla. Además, puedo tocar todos los paquetes y adivinar lo que hay dentro.

El rostro de Ariel se iluminó:

—«Lo que hay dentro», sí. También me gustaría hablar un poco de eso.

—¿Sobre lo que hay dentro de los regalos de Navidad?

—No, sobre lo que hay dentro de ti.

—Bah, suena un poco asqueroso.

—Es curioso.

—¿El qué?

—Que os dé asco hablar de lo que estáis hechos. Imagínate que una piedra no soportara la idea de ser piedra. Entonces sería una piedra muy infeliz,

porque tendría que vivir con su autodesprecio durante miles de años, antes de disolverse y convertirse en gravilla y arena. Bueno, vosotros no duráis tanto...

—De acuerdo, entonces hablaremos un poco sobre lo que tenemos por dentro. Pero sólo con una condición.

—¿Cuál es esa condición?

—Que me prometas que vas a contarme muchas cosas maravillosas sobre el cielo.

—Los ángeles no rompemos nunca una promesa.

—Espero que no, porque, si así fuera, perdería la fe en todo.

—A lo mejor puedes contestarme a algo sobre lo que siempre estamos discutiendo en el cielo, y nunca nos ponemos de acuerdo. Me da un poco de vergüenza hablar de ello, pero...

—¡Pregunta!

Ariel tomó impulso:

—¿Podéis notar cómo corre la sangre por las venas?

—Sólo cuando sangramos o cuando tenemos que hacernos análisis de sangre. Pero en esos casos la sangre sale fuera, claro...

—¿Y qué se siente?

—Algunas veces sólo notas un ligero cosquilleo, y luego empieza a escocer.

—Pero también notáis la carne y la sangre que tenéis por dentro, ¿no?

Cecilia negó con la cabeza:

—Creo que estamos hechos de manera que nos libramos de sentir lo que hay debajo de la piel. La piel hace que podamos tocarnos los unos a los otros, pero afortunadamente no tenemos que andar por ahí tocándonos a nosotros mismos.

—Pero algo sí tenéis que notar.

Cecilia reflexionó un instante y luego negó con la cabeza:

—Nada en absoluto, al menos mientras estamos sanos. Sólo cuando te duele algo...

—¿Duele?

—Cuando da pinchazos... o palpita... o escuece.

Ariel hizo un gesto de resignación:

—«Da pinchazos o palpita o escuece.»

Cecilia dijo:

—¿Nunca has intentado pellizcarte en el brazo?

—No, nunca.

—Deberías hacerlo; si no, no puedes estar totalmente seguro de estar despierto.

Ariel intentó pellizcarse en el brazo, pero Cecilia vio que no se agarraba bien. Ariel reconoció:

—No, los ángeles no podemos pellizcarnos en el brazo, no notamos nada.

Cecilia se estremeció:

—Entonces no puedes saber si eres real.

Durante un segundo, o menos aún, fue como si Ariel hubiera desaparecido. Tal vez sólo fue que ella pestañeó.

Cuando Ariel volvió, dijo:

—Tengo que llevarte a la cama rápidamente.

—¿Por qué?

—Son las siete. Quedan unos segundos para que suene el despertador. Ya está sonando...

Cuando Cecilia se despertó, sintió que el cuerpo le pesaba. Fuera era de día, un día claro y luminoso, como sólo puede serlo el día de Navidad. Sólo tenía vagos recuerdos de los excesos de la noche. Ariel la había bajado al salón. Y la había vuelto a subir cuando sonó el despertador en la habitación de sus padres.

—¡Ariel! —susurró.

Pero nadie le contestó. A lo mejor sólo venía cuando era de noche...

Hizo sonar la campanilla de la mesilla. Su madre no tardó mucho más en llegar de lo que había tardado Ariel en encender las luces del árbol. Mamá casi era un espíritu de la lámpara, ella también.

—¡Así que ya estás despierta!

Se arrodilló junto a la cama de Cecilia.

—Es casi la una. ¿Has estado dormida todo el tiempo?

Cecilia negó con la cabeza.

—He estado mirando y escuchando. También por la noche hay sonidos y ruidos en una casa, si se usan bien los oídos. A veces puedo oír cuando nieva fuera.

—¿Y qué has estado mirando?

—Entra una luz muy bonita por la ventana...

—Podrías haber usado la campanilla.

—He estado pensando en muchas cosas.

—¿Te ha dolido algo?

—No... ahora sí.

—¿Qué sientes?

—¡¿También tú?!

—¿Qué?

—No, nada. Me siento muy débil...

—Cuando vine a verte a las siete estabas dormida como un tronco.

—Los troncos no duermen, mamá.

—Sonreías dormida.

—Los troncos tampoco sonríen... Acababa de dormirme cuando entraste.

—¿Tú crees?

—Oí sonar el despertador.

Su madre le puso una mano sobre la frente.

—Ha llegado Kristine. Está abajo en el salón probando los bombones de mazapán de Lasse.

—¡Que le aproveche!

—¿Qué quieres decir con eso?

—A mí no me apetecen los bombones de mazapán. ¿Estás tonta?

—No, espero que no.

—Dile a Kristine que suba, si quieres. Ya no tengo miedo a las inyecciones.

—Primero debemos ir al baño, ¿no?

—Pero mamá...

—¿Sí?

—¿No crees que Kristine podría simplemente limitarse a ponerme la inyección sin más?

—Bueno...

—Es que siempre se habla de cómo me siento y de cómo se llaman todas las cosas y todo eso. Estoy harta de hablar siempre de lo mismo. Y además, es el día de Navidad.

—A lo mejor tiene que examinarte un poco.

—Pero quiero que estés tú aquí. Y si empieza a lamentarse, prométeme que la echarás. De todos modos, no sé qué contestar.

—Lo intentaré.

—Y, mamá, me pondré bien. Te lo prometo.

—Sí, claro que sí.

—Pero sólo yo puedo decir que pronto me pondré bien. Cuando lo decís vosotros, pienso que sólo es para fastidiarme.

—¡Eres una granuja!

Cecilia miró a su madre:

—¿Estás llorando?

Su madre se tocó los ojos.

—Qué va...

—Pues tienes lágrimas en los ojos.

—¡Bah! He estado cortando cebolla.

—¿Otra vez?

Cuando le hubieron dado las medicinas y la comida, toda la familia la visitó, uno por uno. Lasse había estado fuera probando los esquís-jet en las cuevas cerca del río. El río entero estaba helado, ni siquiera se podía oír correr el agua bajo el hielo. Algunos de los chicos de sexto y séptimo habían estado patinando sobre el hielo por donde el río se ensanchaba.

Su padre subió con un nuevo número de *Ciencia Ilustrada*. Antes ya le había dado un montón. El primer número que leyó era uno que contenía un artículo sobre minerales y piedras preciosas: «Las montañas son la cámara del tesoro de la Tierra». También había leído otros artículos, y luego había pedido más para leer. Pero de eso hacía mucho tiempo. Cecilia ya no tenía fuerzas para leer mucho.

El abuelo quiso charlar del viaje a Creta. Fueron todos, los abuelos también. Fue justo en esa época cuando se enteraron de que Cecilia estaba enferma. No recordaba exactamente si fue justo antes o justo después. Al menos, ya la había visto el primer médico...

Fueron unas «vacaciones de ensueño», así las calificó toda la familia. Durante catorce maravillosos días estuvieron bajo el sol en la playa, en exóticos restaurantes con divertidos camareros, y todo mientras los demás estaban en el colegio o trabajando. Un día, hicieron una excursión a la isla volcánica Santorini. Navegaron por el gran cráter que quedó tras la erupción del volcán, hace 3.500 años, cuando media Santorini se hundió en el mar. Para llegar a la ciudad de Thera tuvieron que montar en mula y subir por la cuesta más empinada que Cecilia había visto jamás. Luego se bañaron en una playa de lava donde la arena era negra como el carbón y además ardía, debido al fuerte sol.

Algunas tardes, toda la familia paseaba por una playa de piedras, recogiendo las más bonitas; tenían que tener cuidado con el fuerte oleaje, que hacía rodar las piedrecitas entre sus pies. Cecilia actuó de árbitro. Sólo ella pudo decidir qué piedras eran merecedoras de un lugar en el equipaje. Se trajeron varios kilos. Ahora el abuelo quiso que le confirmara que fue él quien encontró la piedra más bonita de todas.

—Fueron unos días estupendos, Cecilia...

El viaje de ensueño a Creta tuvo lugar a finales de septiembre. Desde esa época, Cecilia no estaba del todo bien. Pero fue al colegio hasta principios de noviembre. Luego estuvo ingresada unas semanas en el hospital. Después de eso, el profesor pasó varias veces por su casa para contarle lo que estaban haciendo en clase.

Finalmente, fue a sentarse con ella su abuela. Desde que Cecilia era pequeña, siempre le había contado historias. Pero nunca le contaba cuentos normales, sino que hablaba de los antiguos dioses en los que creían los vikingos. Algunas veces le leía maravillosos cuentos de la mitología de Snorri. Últimamente le había leído fragmentos de una Biblia infantil que había pertenecido a su madre cuando era pequeña. ¡Pensar que era tan vieja!

Hoy le estaba contando una historia sobre los cuervos de Odín. Se llamaban Hugin y Munin, y volaban por todo el mundo observando las cosas. Hugin significa «pensamiento» y Munin, «mente». Por las noches, los dos cuervos volvían a casa para contar a Odín lo que habían visto. De ese modo, Odín se enteraba de cómo era el mundo entero. Pero tenía mucho miedo a que un día no volvieran. Los cuervos eran, además, aves carroñeras que ayudaban a Odín a buscar a las personas muertas. Odín estaba sentado en medio de Åsgard en un trono llamado Lidskjalv. No era sólo el más sabio de todos los dioses, sino también el más melancólico, porque era el único que conocía Ragnarok, es decir, el gran fin que se estaba acercando.

La abuela contó mucho más sobre Odín y los dos cuervos. Más tarde, Cecilia se durmió. Primero se encontraba en un ligero duermevela, luego se

durmió de verdad. Cuando se despertó, oyó que abajo estaban comiendo. Acababan de sentarse, porque Cecilia oyó decir a su madre: «Que cada uno se sirva la sopa. Hoy lo haremos sencillo».

El día de Navidad, siempre tomaban sopa de coliflor antes del asado de ternera.

Cecilia sacó el cuaderno chino de debajo de la cama, y empezó a hojearlo. Hacía unas semanas, la abuela le había regalado un precioso collar de perlas, una pieza de herencia. Y había anotado en el diario:

Cuando yo muera, se romperá una cuerda de plata con perlas lisas, que rodarán por el país y volverán a casa, al fondo del mar, con sus madreperlas. ¿Quién buceará en busca de mis perlas cuando ya no esté? ¿Quién sabrá que fueron mías? ¿Quién podrá adivinar que una vez el mundo entero colgaba alrededor de mi cuello?

Estaba mordiendo el rotulador mientras recordaba lo que había hablado con el ángel Ariel la noche anterior. Intentaba acordarse de todo, y poco a poco lo fue anotando en el diario:

Los ángeles del cielo no podrán romperse nunca. Es porque no tienen un cuerpo de carne y hueso del que el alma pueda separarse. No ocurre así en la obra de la creación, en la que todo se rompe con mucha facilidad. Incluso una montaña va mermando poco a poco, para acabar convirtiéndose en tierra y arena. Todo lo que hay en la naturaleza es como un lento incendio. Es como si toda la obra de la creación estuviera ardiendo sin llamas entre el musgo.

No siempre se entiende completamente del todo lo que se crea. Por ejemplo, yo puedo dibujar o pintar algo en una hoja de papel. Aun con eso, no es seguro que vaya a entender cómo es ser lo que he dibujado. Porque lo que pinto o dibujo no es algo vivo. Precisamente eso es lo raro: ¡que soy un ser vivo!

Cuando ya no se le ocurría nada más que anotar, Cecilia dejó el cuaderno en el suelo y lo empujó debajo de la cama.

Debió de quedarse dormida otra vez porque, cuando volvió a despertar, oyó una voz que decía:

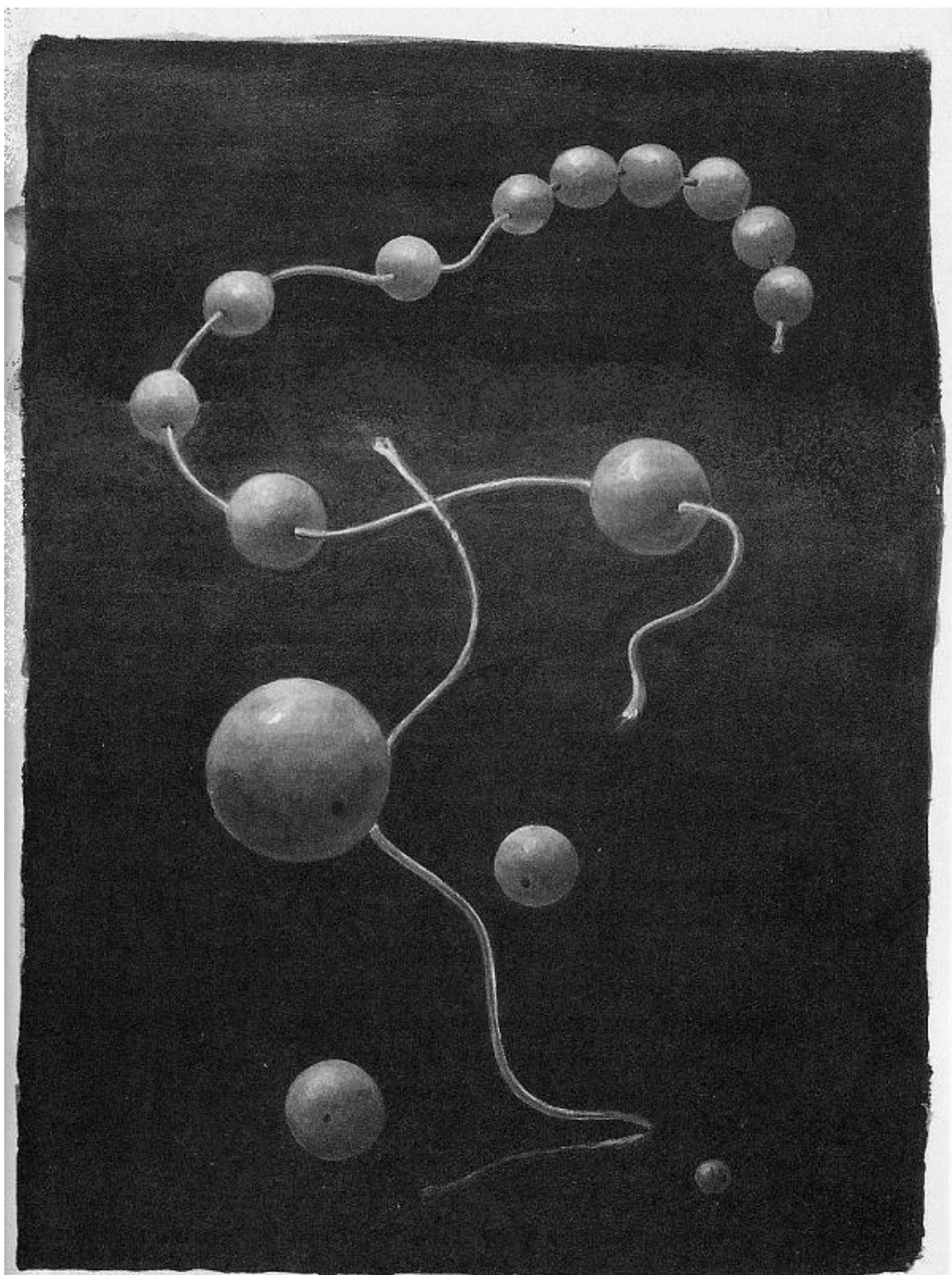
—¿Has dormido bien?

Era el ángel Ariel. Cecilia levantó la vista. Estaba arrodillado al pie de la cama.

—He estado aquí todo el tiempo —le aseguró.

—Pues no te he visto.

Ariel tardó un poco en contestar:



¿Quién podrá adivinar que una vez
el mundo entero colgaba alrededor de mi cuello?

—Quizá no te he explicado que hay dos clases de visitas de ángeles. Por regla general, cuando hacemos de ángeles de la guarda, estamos sentados junto a vosotros sin dejarnos ver. Muy pocas veces aparecemos de verdad, como ahora.

—¿Pero en los dos casos hacéis de ángeles de la guarda?

—Sí, en los dos casos.

—¿Y cómo fue tu visita al niño enfermo de Alemania?

—Con él estuve sin dejarme ver.

—No entiendo muy bien cómo puedes estar en la habitación cuando yo no te puedo ver.

—No es muy difícil de explicar.

—¡Explícamelo entonces!

—Si soñaras que estás en una playa desconocida, ¿no dirías que, de alguna manera, has estado en esa playa?

—Pues sí, de alguna manera...

—¿Pero te habría visto la gente que estaba en la playa?

—No, claro que no.

—También podrías viajar hasta allí en avión y bañarte en esa misma playa. Entonces la gente te vería, porque estarías allí de verdad.

Cecilia miró los ojos azul verdosos:

—¡Qué buena comparación...! Por cierto, apenas te dio tiempo a meterme en la cama antes de que mi madre se despertara.

—Sí, fue en el último momento.

—Si no nos hubiera dado tiempo, mamá se habría llevado un buen susto. Tal vez habría pensado que me había recuperado. «Qué bien, Cecilia. Fíjate: te has recuperado de repente.»

Ariel se rió:

—Es muy curioso observarte cuando duermes.

—Los ángeles no duermen nunca, ¿verdad?

Él negó con la cabeza:

—No entendemos lo de dormir. ¿Lo entiendes tú?

—En realidad, no...

—Pero seguro que has notado lo que ocurre dentro de tu cabeza justo en el momento de dormirte.

Cecilia se encogió de hombros:

—Simplemente me duermo.

—No entiendo cómo te atreves.

—¿Por qué no?

—Porque no sabes si vas a despertar de nuevo... Descríbeme por lo menos cómo es dormirte.

Cecilia dejó escapar un leve suspiro:

—En el momento de dormirnos no estamos despiertos. Es decir, estamos en la frontera. Por eso nadie sabe exactamente cómo es dormirte.

—Es incomprensible, porque dentro de la cabeza debe ocurrir una pequeña revolución.

—Pero cuando ha ocurrido, ya nos hemos dormido. Es decir, no es posible pensar «acabo de dormirme», porque ya es demasiado tarde para pensar. La cabeza es como una especie de máquina que de repente se apaga a sí misma.

—Pero, cuando se ha apagado y ya no tiene corriente eléctrica, ¿cómo logra volver a encenderse unas horas más tarde?

—Haces unas preguntas muy difíciles de responder. Simplemente nos dormimos y luego volvemos a despertar unas horas más tarde. Por cierto, papá tiene un despertador dentro de la cabeza. Se despierta a las siete menos cinco todos los días. Y entonces se levanta y apaga el despertador que debería haber sonado cinco minutos más tarde. Pero esto sólo ocurre los días de diario, en que él sabe que tiene que levantarse pronto. Los domingos duerme hasta mucho más tarde, y entonces no se despierta ni con el despertador.

El ángel Ariel extendió los brazos:

—Creo que estamos hablando del misterio más grande de todo el Universo.

—Eso ya lo has dicho muchas veces.

—Pero no sólo pienso en lo que tiene que ver con el dormir.

—¿En qué piensas entonces?

Cecilia intentó incorporarse en la cama, y Ariel la miró fijamente a los ojos:

—Habéis sido creados compuestos por átomos y moléculas en un pequeño planeta del Universo. Tenéis piel, pelo y cinco o seis sentidos que hacen que seáis capaces de captar y vivir el mundo que os rodea. Pero dentro de ese cráneo que está hecho de algo que recuerda a yeso o piedra calcárea, también tenéis un cerebro blando que os da la capacidad de dormir y soñar, pensar y recordar.

Cecilia echó un vistazo al collar de perlas que colgaba sobre el calendario de los gatos.

—Dije que no me gusta hablar de lo que hay dentro del cuerpo.

—Tendremos que hablar del alma, Cecilia. Tal vez se encuentre también dentro del cuerpo, pero no forma parte de él de la misma manera que el corazón o los riñones.

Ella se volvió hacia él:

—Habla del alma entonces, y no del corazón y los riñones.

—Lo más enigmático de todo es eso que llamáis «memoria». Por ejemplo, eres capaz de reconocer a alguien que has visto una vez hace muchísimo tiempo. Si estuvieras en una ciudad grande y volvieras a ver a aquel simpático camarero que siempre quería tirarte del pelo, lo reconocerías inmediatamente, aunque fuera en medio de una plaza llena de gente.

—¿También estuviste en Creta?

Ariel asintió:

—A mí no me importa si estás en el salón de tu casa o en Creta. Lo reconocerías, ¿verdad?

—Lo recuerdo muy bien.

Ariel se puso cómodo:

—¿Qué se siente dentro de la cabeza al «recordar» algo? ¿Qué pasa en ese momento con todos los átomos y moléculas del cerebro? ¿Crees que de repente y de un salto vuelven a colocarse exactamente como estaban en el momento en que sucedió lo que estás recordando?

Cecilia se quedó boquiabierta:

—Nunca había pensado en ello antes.

Ariel estaba ya un poco impaciente:

—¿Crees que las piedras de una playa recuerdan cómo era esa misma playa dos minutos antes?

—No, no. No hay nada que se olvide más rápidamente que el cómo estaban colocadas las piedras en la playa. Y además, las piedras no son capaces de recordar nada de nada.

—Pero los átomos y las moléculas del interior de tu cabeza saben «recordar» cómo era todo hace muchos años, incluso cuando después han entrado un montón de nuevos pensamientos y recuerdos. Un pensamiento o un recuerdo es algo así como un determinado dibujo de piedrecitas en la playa de la conciencia, ¿no?

Cecilia se movía inquieta:

—Tú también te acuerdas. Dijiste que podías recordar cuando el abuelo tuvo pulmonía...

—Sí, es verdad, pero yo no tengo un alma compuesta por unos cien mil átomos y moléculas.

—¿De qué está hecha tu alma?

—Nació directamente de la mente de Dios.

Cecilia reflexionó un buen rato. Luego dijo:

—Quizá también naciera así la mía. Aunque esté compuesta de átomos y moléculas, puede que haya nacido directamente de la mente de Dios.

Ariel intentó cambiar de tema:

—De cualquier forma, ahora no íbamos a hablar del cielo.

—Me prometiste hablar del cielo...

—El cielo puede esperar, Cecilia. Cuando hablamos del alma del ser humano, hablamos de algo muy, muy cercano al cielo.

Cecilia miró al techo:

—Mi abuela dice que el alma es divina.

—Tu abuela debe de ser muy sabia.

—Y sabe casi de memoria la Biblia y el libro de Snorri.

—Exactamente. Ya ves.

—¿El qué?

—Precisamente eso de saber algo «de memoria» forma parte del gran misterio del que estamos hablando. ¿Has pensado que el cerebro del ser humano es la sustancia más enigmática que hay en todo el universo?

—Hasta ahora no lo había pensado...

—Todos los átomos de que está compuesto tu cerebro fueron en su momento cosidos en una estrella. Pero luego se entremezclaron misteriosamente, hasta convertirse en eso que llamáis «conciencia». Es decir, el alma del ser humano pasa oscilando por un cerebro tejido por un polvo muy fino que, en su momento, cayó de las estrellas del cielo. Los pensamientos y sentimientos de los seres humanos tocan y retocan ese fino polvo estelar en el que todos los hilos nerviosos pueden componerse de maneras siempre nuevas...

—Entonces a lo mejor en mi cerebro hay algo de polvo de la estrella de Belén.

—Y en todos tus pensamientos, y en todos tus recuerdos.

Cecilia intentaba mirar por la ventana mientras él seguía:

—Tiene que ser una extraña sensación ser un cerebro vivo en el universo. Es como un pequeño universo propio dentro del gran universo de fuera. Porque hay tantos átomos y moléculas en tu cerebro como estrellas y planetas en el universo...

Cecilia le interrumpió:

—Y quizá haya tanta distancia hasta mis pensamientos más íntimos como la que hay hasta las estrellas más lejanas del universo.

Ariel asintió:

—La única diferencia es que el cerebro es consciente de su propio ser. Puede evaluar constantemente su propia actividad. No ocurre así con el universo que le rodea. El universo no puede, por decirlo de alguna manera, ensalzarse a sí mismo y decir: «Yo soy yo». Para eso necesita la ayuda de los seres humanos.

Cecilia sonrió triunfalmente:

—Estoy de acuerdo en que ésa es una diferencia importante.

—Pero aún no me has explicado cómo es recordar algo.

—Se me había olvidado.

—Por cierto, eso es igual de interesante.

—¿El qué?

—«Se me había olvidado.» Quizá podrías explicarme mejor cómo es olvidar algo.

—Simplemente desaparece.

—«¡Simplemente desaparece!» —repitió Ariel, esta vez, intentando imitar también la voz de Cecilia.

—Pero puede ocurrir que de repente vuelva a aparecer. A veces lo tengo en la punta de la lengua.

—¿En la punta de la lengua?

—Eso decimos.

—No sabía que la lengua tuviera que ver con la memoria. ¿No irás a decirme que saboreáis las palabras de la misma manera en que saboreáis una fresa?

Cecilia se echó a reír:

—«Creo que lo sé», digo. Si nadie me estorba, suele volver a aparecer. Mi abuelo dice que nunca debemos lamentar un pensamiento que se escapa...

—¿Por qué no?

—Es como un pez que de repente se sale del anzuelo. Entonces vuelve al fondo del mar y reaparecerá luego más gordo.

Ariel mostró claramente su acuerdo.

—Entonces a lo mejor tienen razón.

—¿Quiénes?

—Hay ángeles a los que les encanta decir que nosotros jamás llegaremos a entender las cosas de la Tierra. Pero yo nunca he querido darme por vencido. Siempre he intentado comprender a fondo cómo es ser una persona de carne y hueso.

—No es seguro que pueda ayudarte, porque yo tampoco lo entiendo.

Ariel se disponía a elevarse desde el pie de la cama. Mientras volaba por el cuarto dijo:

—¿Recuerdas lo primero que te dije cuando nos conocimos?

Cecilia tuvo que pensarlo un instante:

—Estabas sentado en el alféizar de la ventana. Pero creo que no recuerdo exactamente lo que dijiste.

—«Creo que no recuerdo...»

—¿No dijiste simplemente «hola» o algo así?

Ariel negó con la cabeza, y dejó que transcurriera un buen rato sin decir nada. Al final, Cecilia comenzó a mover un brazo:

—¡Espera! Lo tengo en la punta de la lengua...

—Entonces debes escupirlo antes de que vuelva a «desaparecer» de repente.

Ariel se sentó en el alféizar exactamente de la misma manera que cuando apareció ante ella por primera vez. Cecilia le miró y dijo:

—Me preguntaste si había dormido bien.

—¡Enhorabuena!

—No era tan difícil.

—Pero yo he sido testigo de un gran misterio. Te he preguntado si recordabas algo, y me has contestado que lo habías olvidado. ¡Había desaparecido! Pero, cuando no lo recordabas, ¿dónde estaba?

Cecilia lanzó un suspiro de resignación:

—Estoy de acuerdo en que resulta curioso. Algunas veces las cosas simplemente se me ocurren.

—¿Y de dónde llegan exactamente esas ocurrencias?

—De la cabeza.

Ariel se tomó mucho tiempo:

—¿Y dónde ocurren exactamente?

Cecilia tuvo que reírse:

—¡En la cabeza!

—De cabeza a cabeza, pues. Aunque en realidad estamos hablando de una misma cabeza. Pero no es sólo lo que veis y oís lo que recordáis y olvidáis, para luego volver a recordar. El cerebro también actúa por su cuenta. Es a eso a lo que llamáis «pensar». Es como si todas las piedrecitas de una gran playa empezaran a moverse solas sin ayuda de las olas.

Cecilia se volvió a reír:

—Intento imaginármelo. ¡Imagínate que de repente empezaran a dar saltos en todas las direcciones!

—También algo que has pensado puede quedarse a un lado por un rato, para luego ser recobrado en la conciencia. Es como si dieras marcha atrás a esa cinta que es la conciencia, para volver a pensar otra vez el mismo pensamiento. Creo que repetís muchos viejos pensamientos que en realidad deberían haberse agotado hace ya tiempo.

—Yo diría más bien que un viejo pensamiento vuelve a surgir por su cuenta. No siempre podemos decidir lo que vamos a recordar y lo que vamos a olvidar. A veces pensamos en cosas en las que no queremos pensar. Otras, nos vamos de la lengua. Es cuando decimos cosas que en realidad no habíamos pensado decir. Puede resultar muy desagradable.

Ariel seguía sentado en el alféizar, moviendo su cabeza calva.

—Entonces tal vez sea como me había temido —dijo.

—¿El qué?

—No tenéis sólo un alma como nosotros. De alguna manera, tenéis dos, o quizá muchas más. ¿Cómo, si no, explicas que penséis en cosas que en realidad no queréis pensar?

—No lo sé —contestó Cecilia.

—Esos pensamientos no deseados tienen que estar dirigidos por algo que no sea vuestra conciencia. Es más o menos como un teatro en el que no tenéis la menor idea de qué obra se va a representar la próxima vez.

—¿Quieres decir que el alma es el teatro y que los actores sobre el escenario son los diferentes pensamientos que surgen incesantemente actuando en los distintos papeles?

—Algo así. Lo que es cierto es que tiene que haber muchas habitaciones en el teatro de la conciencia. Y muchos escenarios también.

Despegó del alféizar, voló describiendo un gran arco sobre el suelo y volvió a sentarse al pie de la cama de Cecilia. A continuación siguió:

—¿Puedes intentar describir qué sientes en tu cabeza cuando piensas en algo?

—No noto nada raro.

—¿No sientes como un cosquilleo cuando tienes pensamientos divertidos? ¿Y no te escuece a veces cuando piensas en algo amargo y triste?

—De alguna manera, siento como un cosquilleo cuando pienso en algo divertido, y tal vez sienta escozor al pensar en algo triste. Pero no se siente

dentro de la cabeza, sino en el alma, y el alma no es exactamente lo mismo que la cabeza.

—Pensaba que al menos te picarían un poco los hilos nerviosos —objetó Ariel.

Cecilia le miró desafiante:

—No irás a decirme que los ángeles no piensan, ¿no?

—Sí, tengo que decirlo, porque a los ángeles no se nos permite mentir.

—¡Creo que estás exagerando!

—No pensamos de la misma manera que los seres humanos de carne y hueso. No necesitamos «reflexionar» para encontrar la respuesta a una pregunta. Todo lo que sabemos, y todo lo que podemos saber, está presente en nuestra consciencia al mismo tiempo. Dios nos ha dejado entender una parte de su gran misterio, pero no todo. Por lo tanto, debemos callar sobre lo que no comprendemos.

Cecilia reflexionó sobre todo lo que acababa de oír:

—Entonces es diferente en nuestro caso. Nosotros intentamos comprender cada vez más. De repente, entendemos algo nuevo. A los más astutos se les da el premio Nobel por esos descubrimientos, si son importantes para toda la humanidad. Es más o menos como cuando el cuerpo crece. De la misma manera, crece también nuestra comprensión.

—Bueno, pero también hay cosas que olvidáis. Así que dais dos pasos hacia delante y uno hacia atrás.

—Tal vez. Pero aunque nos olvidemos de algunas cosas, no significa necesariamente que desaparezcan del todo. Pueden volver a aparecer de repente.

—Esa es la gran diferencia entre los seres humanos y los ángeles. No sabemos lo que es olvidar, por lo que tampoco podemos saber lo que es recordar. En este momento no sé ni más ni menos de lo que sabía hace dos mil años. Entre tanto, la comprensión de la humanidad ha aumentado considerablemente. No todos los ángeles se alegran de esta diferencia.

—No sabía que podíais ser envidiosos.

Ariel se rió:

—No es exactamente envidia.

—¿Pueden ser muy profundos vuestros pensamientos? Mi abuelo dice a veces que piensa cosas muy profundas.

Él negó con la cabeza:

—Debido a que todos nuestros pensamientos están presentes en nuestra consciencia al mismo tiempo, nunca tenemos el gusto de sorprendernos con una profundidad repentina. No tenemos ninguna zona fronteriza de donde servirnos, nuestra consciencia no se mueve sobre un mar agitado en el que los pensamientos ya olvidados de repente vuelven a surgir, como peces gordos que ascienden de las profundidades.

—Dijiste que los ángeles nunca duermen...

—No, no dormimos nunca, y por eso tampoco soñamos nunca. ¿Qué se siente al soñar?

—No noto nada.

Ariel asintió:

—Exactamente de la misma manera en que yo no noto que vuelo por el aire, o que toco una bola de nieve...

Cecilia dijo:

—Soñar es una manera de pensar... o una manera de mirar. O quizá ambas cosas a la vez. Pero, cuando soñamos, no decidimos lo que pensamos y vemos.

—Necesito que me expliques eso más a fondo.

—Cuando soñamos, nuestra cabeza piensa por su cuenta. Entonces es cuando se puede hablar de un verdadero teatro. A veces, al despertarme, recuerdo que he soñado una obra de teatro entera, o una película, si quieres...

—Que tú misma haces, porque eres tú quien desempeña todos los papeles.

—Sí, de alguna manera.

Ariel estaba ahora muy interesado:

—Tal vez podríamos decir que las células del cerebro se proyectan películas unas a otras. Al mismo tiempo, la película está sentada detrás en la sala, viéndose a sí misma en la pantalla.

—¡Qué raro suena eso! «Las células del cerebro se proyectan películas unas a otras...» Me las estoy imaginando.

—Porque, cuando soñáis, sois actores y público a la vez. ¿No es misterioso?

Cecilia dio marcha atrás.

—A mí todo esto me resulta un poco terrible.

—De cualquier manera, tiene que ser una vivencia divertida. Estás presenciando verdaderos fuegos artificiales de pensamientos e imágenes dentro de tu cabeza, aunque no hayas lanzado ni un cohete. Debe de ser casi como un espectáculo de entrada libre.

Cecilia asintió:

—Puede resultar muy divertido, pero muy terrible también, porque no siempre tenemos sueños divertidos. También podemos tener sueños feos y asquerosos...

Ariel se mostró muy comprensivo:

—Naturalmente es una pena que os tengáis que torturar de esa manera. Lo ideal sería que tuvierais la posibilidad de acabar con los sueños que no os gusten. Debería haber una salida de emergencia en la sala de cine. Pero resulta completamente imposible, precisamente porque vuestra propia alma es la sala de cine, y la que decide el repertorio, además. Porque no podéis huir de vuestra propia alma. No podéis morderos el rabo. O tal vez sea exactamente eso lo que hacéis. Os mordéis el rabo hasta que gritáis de espanto y terror.

Cecilia dijo mordiéndose las uñas:

—No quiero que sea así. Pero no puedo decidir tener sólo sueños divertidos. Tengo que aceptar lo que venga. Tras una larga noche, despierto a

veces pensando que he estado en Creta. Y, de alguna manera, sí he estado, porque cuando sueño creo que estoy donde está teniendo lugar el sueño.

Ariel la estudió con su clara y determinada mirada de zafiro:

—¡Justo!

—¿El qué?

—¡Espera un momento! ¿También podéis soñar que voláis, o que atravesáis puertas cerradas?

—Sí, sí. Todo puede ocurrir en el sueño, al menos casi todo. Ni siquiera necesito dormir. También hago volar los pensamientos cuando estoy despierta. Puedo vagar por esta casa o por países lejanos. Una vez soñé que estaba en la luna. Marianne y yo habíamos encontrado una nave espacial detrás de la vieja central lechera. Con sólo apretar un botón, nos pusimos en marcha.

Ariel comenzó a volar de nuevo. Tras una pequeña excursión por la habitación, se sentó en la silla que había junto a la cama.

—Entonces está en el libro —dijo.

Cecilia movió la cabeza con un gesto de resignación:

—No entiendo nada.

Ariel señaló la frente de ella y dijo:

—En vuestra cabeza podéis hacer todo lo que saben hacer los ángeles con todo el cuerpo. Cuando soñáis, podéis hacer dentro de vuestras cabezas exactamente lo mismo que pueden hacer los ángeles en la obra de la creación.

Cecilia se sintió ligeramente confusa:

—Nunca había pensado en eso...

—Pero aún hay más —prosiguió Ariel—. Cuando soñáis algo, nada puede haceros daño. Entonces sois igual de invulnerables que los ángeles del cielo. Todo lo que vivís es pura y simple conciencia, y no utilizáis los cinco sentidos del cuerpo.

A Cecilia se le ocurrió un pensamiento totalmente nuevo. Se enderezó y dijo con voz autoritaria:

—¡Y entonces tal vez nuestra alma sea inmortal! Quizá sea tan inmortal como los ángeles del cielo.

Ariel vaciló:

—Ahora al menos entiendes un poco mejor cómo es ser ángel. Aunque nos hemos centrado, sobre todo, en cómo es ser de carne y hueso, también has aprendido algo más sobre las cosas del cielo. Porque el cielo se refleja en la tierra.

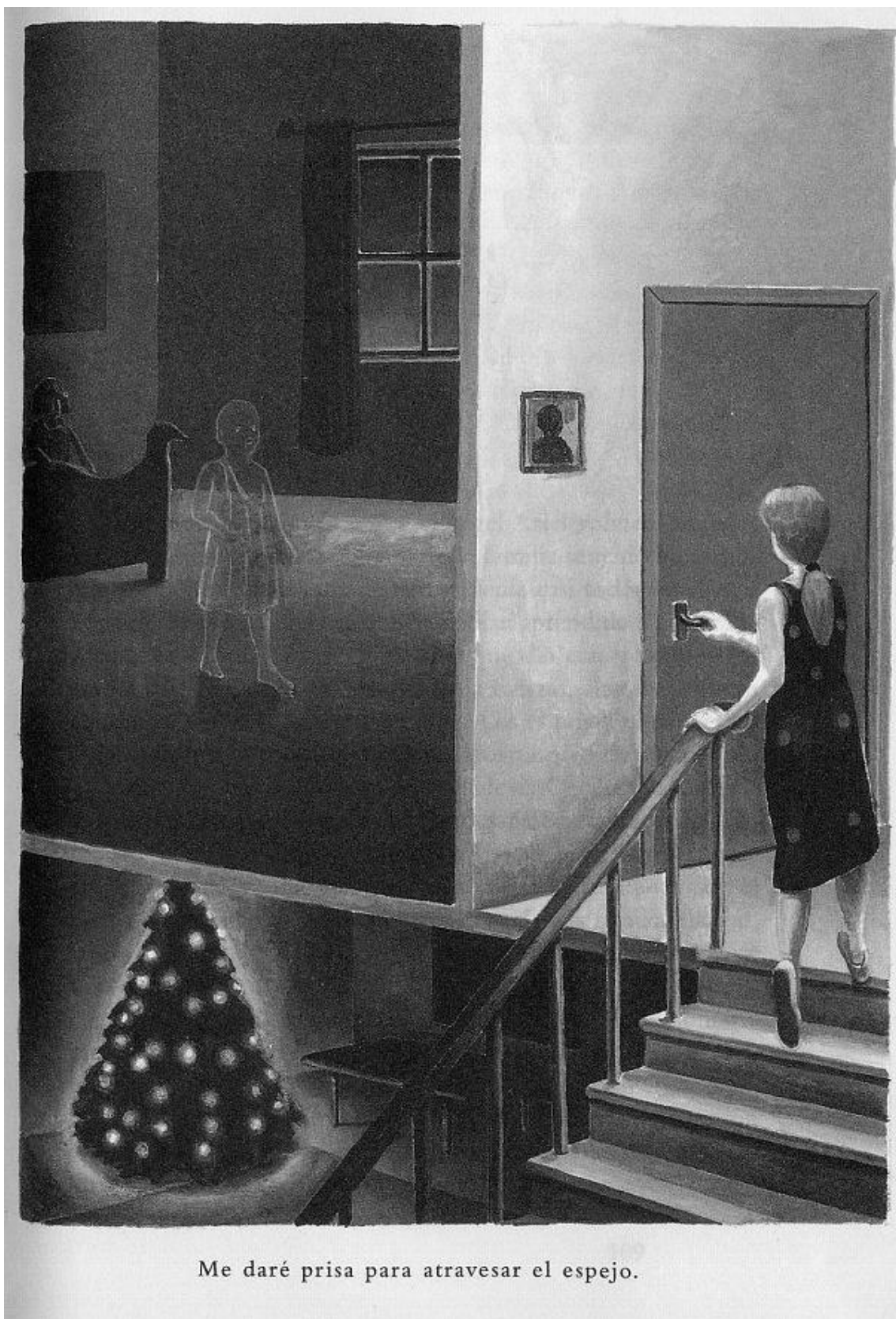
Cecilia lo intentó de nuevo:

—¿Y el alma es inmortal, verdad?

Como él no contestó, Cecilia pensó que tenía que procurar evitar que Ariel desapareciera, así que insistió:

—Has prometido contarme más cosas.

Ariel dijo que sí con la cabeza:



Me daré prisa para atravesar el espejo.

—Pero en este momento tu madre está subiendo por la escalera. Me daré prisa para atravesar el espejo.

Cecilia miró a su alrededor:

—¿De qué espejo estás hablando todo el tiempo?

El ángel se levantó de la silla y se puso en medio de la habitación. Sus contornos se volvieron cada vez más confusos. En el instante de desaparecer del todo, dijo:

—Toda la obra de la creación es un espejo, Cecilia. Todo el mundo es un enigma.

Pasó mucho tiempo sin que el ángel Ariel volviera a aparecer, pero siempre había alguien de la familia sentado en la silla que había junto a la cama. Kristine venía casi todos los días, a pesar de que su madre y su abuela habían aprendido a poner inyecciones. Cecilia no siempre sabía qué día era, y tampoco si era de día o de noche. Cuando tenía fuerzas, anotaba algunos pensamientos en el cuaderno chino. Los esquís y el trineo seguían junto a la pared que daba al dormitorio de sus padres. Todavía era invierno y había mucha nieve. Cecilia estaba decidida a ponerse buena antes de que desapareciera del todo. No soportaría esperar un año entero para poder pisar las pistas.

Jamás habló a nadie de Ariel. Él no tenía nada que ver con el resto de la familia, y aunque ella pertenecía a la familia Skotbu, también era un ser humano que se encontraba completamente solo entre el cielo y la tierra.

¿Pero qué había sido de él? ¿No le había prometido contarle más cosas sobre el cielo? ¿Y no había dicho también que los ángeles no mienten?

¿La habría engañado? ¿Le habría hecho contarle un montón de cosas sobre cómo es ser de carne y hueso para luego escabullirse sin cumplir su parte del acuerdo?

Cecilia abrió los ojos. En ese mismo instante su madre entraba en la habitación. Se sentó en el borde de la cama. Cecilia la miró con la mirada perdida.

—¿Has vuelto a picar cebolla? —murmuró.

Su madre negó con la cabeza, pero Cecilia dijo:

—Coméis demasiada cebolla.

Su madre le acarició el pelo.

—Son casi las doce. Los demás se han acostado hace mucho rato. Yo también voy a intentar dormir un poco.

—¿Intentarás dormir?

—No, no... tomaré una pastilla.

—No debes acostumbrarte a esas cosas.

—No hay ningún peligro.

Cecilia miró al techo:

—Me pregunto por qué estamos hechos de manera que necesitamos dormir.

—Es una manera de descansar. Algunos opinan que también necesitamos soñar.

—¿Por qué?

Su madre inspiró y luego espiró pesadamente.

—No lo sé.

—Pues creo que yo sí sé la respuesta.

—¿Ah sí?

—Creo que necesitamos soñar porque necesitamos perdernos en los sueños.

—Piensas muchas cosas extrañas, Cecilia.

—Muchas personas lo pasan tan mal que morirían si no tuvieran la posibilidad de soñar algo divertido entre todas sus tristezas.

Su madre le lavó la cara con una toallita húmeda y le puso un camisón limpio.

—No debes preocuparte aunque esté un poco decaída. Creo que me encuentro algo mejor.

—Tal vez...

—¿No lo dijo también Kristine?

Su madre vaciló un instante:

—Dijo que tendremos que esperar a ver.

—A lo mejor podré levantarme un poco mañana. A la hora del café, por ejemplo.

—Ya veremos.

—Y pronto voy a probar los nuevos esquís. ¡Me lo has prometido!

—Allí están preparados. Llámame con la campanilla cuando quieras, aunque sólo sea para charlar. Pronto vendrá papá a hacerte compañía.

—No hace falta.

—Pero queremos estar contigo.

—No te asustes si me oyes hablar sola.

—¿Sueles hacerlo?

Cecilia volvió a mirarla:

—No lo sé.

Su madre la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Eres la niña más maravillosa del mundo. Sin ti el mundo estaría desierto y vacío.

Cecilia sonrió:

—¡Qué buenas noches más solemnes!

Se volvió a dormir casi en el instante en que su madre salía. Al cabo de un rato, la despertó un sonido sobre el vidrio de la ventana. Abrió los ojos y descubrió a Ariel fuera. Bajo la luz dorada del árbol del jardín le recordaba a un ángel dorado ruso cuyo retrato había visto en *Ciencia Ilustrada*. ¿O había sido un Niño Jesús?

Ariel le dijo hola con una mano y al instante se metió en picado por la ventana cerrada y aterrizó en el suelo delante del escritorio. El vidrio de la

ventana estaba tan entero como antes. Cecilia abrió los ojos de par en par.

— Aunque ya hemos charlado mucho, sigo sin entender cómo lo consigues.

Ariel fue hacia ella y se sentó a su lado en una silla. Menos mal que su padre aún no había llegado.

— Tampoco es muy importante — dijo Ariel—. Por eso no merece la pena hablar de ello.

Cecilia se incorporó en la cama y puso una pierna sobre el edredón.

— ¿Dónde has estado?

— Es que has tenido muchas visitas — contestó Ariel.

Cecilia asintió con la cabeza:

— ¿Y por eso no has venido en todo este tiempo?

Ariel no contestó a su pregunta:

— La luna está casi llena — exclamó—. Cuando su luz inunda el paisaje nevado, casi parece de día.

— ¡Maravilloso! Me encantaría salir y ver la luna con mis propios ojos.

— ¿Por qué no lo haces?

— Me siento mucho mejor...

— ¡Estupendo! Era un poco aburrido cuando estabas tan pachucha todo el tiempo.

— ¿Puedo?

El ángel Ariel despegó de la silla y empezó a volar en círculo alrededor del trineo y los esquís.

— Es evidente que tus padres no van a dejarte salir en medio de la noche.

— ¿Pero tú me dejas?

Movió la cabeza misteriosamente diciendo que sí. Cecilia ya había apartado el edredón:

— Si los ángeles del cielo te dicen que sí, no importa lo que digan los demás. Además, están todos dormidos.

— Un pequeño paseo, entonces. Pero tendrás que abrigarte bien para no convertirte en un gran témpano de menta.

Cecilia se levantó sin vacilar ni un instante. No se sentía nada mareada.

— Voy a probar los esquís — dijo.

Se puso delante del armario. Ya a principios de noviembre se había asegurado de que le prepararan la ropa de invierno. Estaba en un estante aparte. Se quitó el camisón y sacó la ropa: leotardos de lana, jersey, pantalones de esquiar y anorak. También sacó una bufanda y un gorro, guantes y calcetines gordos. Luego se sentó en el borde de la cama para atarse las botas. Al terminar, miró a Ariel y dijo:

— ¿Te importa llevarme los esquís?

Salieron al descansillo y bajaron sigilosamente la escalera. Cecilia abrió la puerta de fuera y dejó salir a Ariel con los esquís. Luego salió ella y cerró la puerta con mucho cuidado.

Pasaron junto al granero. Allí había una cuesta muy empinada que bajaba

hasta el arroyo y el gran bosque de abetos. Cecilia se puso los esquís y metió las muñecas por las correas de los palos. La luz de la luna dibujaba agudas sombras en la nieve.

—Intentaré bajar la cuesta esquiando —dijo—. Vas a tener que correr detrás, porque llevo tanto tiempo soñando con este momento...

Y se dispuso a bajar. Pero el ángel Ariel no la siguió a pie, sino que empezó a volar, manteniéndose muy cerca de ella.

—Ahora volamos los dos —exclamó—. La única diferencia es que yo no siento nada.

—¡Es increíble! —gritó Cecilia—. ¡Angelical!

Ya abajo, en el llano, Cecilia se dejó caer sobre la blanda nieve, y rieron los dos.

Cecilia se levantó y señaló el bosque de abetos.

—Hay una pista estupenda que sube hasta la colina Ravne. Desde allí se ve todo el valle.

Durante un instante tuvo la sensación de que Ariel la estaba observando, pero sólo duró un breve segundo.

—¿Tendrás fuerzas para ir hasta allí?

Cecilia ya se había puesto en marcha.

—Ahora mismo me siento más fuerte que un toro —gritó alegremente.

Se deslizó por un profundo surco de la pista. Ariel daba vueltas alrededor de ella como un perro volador de paseo dominguero, primero a la derecha y luego a la izquierda. A veces también utilizaba los pies.

—¿No tienes frío andando descalzo sobre la nieve? —preguntó.

Ariel suspiró con resignación.

—¿No querrás que empecemos de nuevo, verdad?

Cecilia se rió.

—Lo que pasa es que parece de locos andar así. ¿Sabías que los faquires son capaces de reprimir tanto sus sentidos que consiguen no tener frío ni quemarse? Incluso pueden tumbarse sobre una tabla llena de clavos.

Ariel asintió:

—Vamos con la misma frecuencia a la India que a Noruega.

Se internaron en el bosque, por donde la pista se curvaba entre los espesos troncos de los árboles. Algunas veces Ariel cogía un atajo y los atravesaba sin más. En otra ocasión, atravesó unos espesos matorrales. Para él no eran más que jirones de niebla.

En la última cuesta hacia la colina Ravne, Cecilia tuvo que clavar sus esquís en cuña sobre la nieve para evitar resbalar. Por fin llegaron hasta la cima de la pequeña montaña. Allí no había árboles. Con uno de los palos, Cecilia señaló el paisaje helado, que estaba bañado por la azulada luz de la luna, y dijo:

—Cuando era pequeña, creía que esto era el tejado del mundo. Y cuando mi abuela me contaba que Odín estaba sentado en su trono observando el mundo, me lo imaginaba aquí. ¿Has oído hablar de sus dos cuervos?



-Cuando era pequeña, creía
que esto era el tejado del mundo.

Ariel asintió:

—Hugin y Munin. «Pensamiento» y «mente».

—Eso fue lo que me contó la abuela también. Porque fueron, de alguna manera, su propio pensamiento y su propia mente a los que envió a recorrer el mundo.

Ariel dijo algo muy extraño:

—Quizá recuerdes que hablamos de ese «ojo interior» que todos los seres humanos poseen, pero que adquiere una importancia especial en los ciegos. También ese ojo está compuesto de «mente» y «pensamiento». De manera que Hugin y Munin eran el ojo interior de Odín.

Cecilia le miró boquiabierta. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Ariel prosiguió:

—Dios es omnisciente. Y además, puede estar en varios lugares a la vez. Odín no tenía ese poder, pero por lo menos tenía los dos cuervos. Así él también era un poco omnisciente.

Cecilia levantó el palo y volvió a señalar el valle:

—¿Ves todas esas granjas? —preguntó—. Casi conozco a alguien de cada casa. Allí abajo está el colegio... y esa franja blanca que se retuerce por el paisaje es el río. Se llama Leira. Marianne vive en la casa amarilla del otro lado.

—Ya lo sé, Cecilia.

—Abajo a la izquierda se ven las luces de Klofta, y el pico que se ve a lo lejos se llama Hekse. Jessheim queda en la otra dirección.

Ariel asintió:

—Lo sé todo.

—Y allí está nuestro granero. También se ve un trozo de nuestra casa, detrás del gran árbol iluminado. La ventana de la izquierda del piso de arriba es mi cuarto.

—Pero si he atravesado esa ventana muchas veces... —dijo Ariel.

Se puso a volar a un palmo sobre el suelo para poder mirar a Cecilia a los ojos mientras hablaban. Sus azules ojos centelleaban a la luz de la luna.

—Si estuvieras en tu ventana mirando la colina Ravne en este mismo instante, estarías viéndonos aquí en el pico. Quizá podríamos saludarte con la mano.

Cecilia se tapó la boca. ¿No era un poco misterioso lo que Ariel acababa de decir? Había algo que no cuadraba, pero no sabía muy bien qué era.

—En cualquier momento papá podría entrar en mi cuarto para ver si estoy dormida. Si entrara ahora mismo se llevaría un gran susto. «Vaya, vaya», diría. «¡Ciertos pajaritos han volado del nido!»

—¿Quieres que compruebe si está dormido?

—¿Puedes?

Ariel desapareció momentáneamente, y Cecilia se quedó sola entre el cielo y la tierra. Por un momento tuvo la sensación de haber perdido a su hermano gemelo. Pero de repente Ariel estaba allí de nuevo.

—Están los dos dormidos —le aseguró—. Tu madre tiene la cabeza junto al cuello de tu padre. El despertador está puesto a las tres y media.

Cecilia respiró aliviada. Volvió a señalar el paisaje:

—Nunca he entendido cómo la luna puede emitir tanta luz.

—Es porque todo lo demás está muy oscuro. Cuando brilla la luz en la oscuridad, no se desaprovecha ni un solo rayo.

—Pero en realidad la luna no tiene luz propia —objetó Cecilia—. No es más que un espejo que toma prestada la luz del sol.

Ariel asintió solemnemente:

—En realidad tampoco el sol tiene luz propia. No es más que un espejo que toma prestada la luz de Dios.

—¿Es verdad eso?

—¿Cómo voy a estar aquí, ante el rostro de Dios, burlándome de ti?

—No, no... Lo que pasa es que jamás había pensado que el sol tomara prestada la luz de Dios, igual que la luna del sol.

Se apoyó sobre los palos y miró fijamente la nieve. Cuando volvió a levantar la vista, Ariel se había movido. Ahora volaba unos centímetros por encima del suelo justo delante de ella. Dijo:

—También tú tomas prestada tu luz de Dios, Cecilia. También tú eres el espejo de Dios. Porque ¿qué serías tú sin el sol, y qué sería el sol sin Dios?

En el rostro de Cecilia se dibujó una amplia sonrisa:

—Entonces yo también soy una pequeña luna.

—Que en este momento me está dando luz.

—Lo dices de un modo muy raro. Todo esto resulta tan solemne que me entran escalofríos.

—Cuando hablamos de la gloria del cielo, todo se vuelve un poco solemne.

—¿Vas a hablarme ya del cielo?

—Ya estoy en ello.

Señaló el firmamento. La luna brillaba con una luz tan intensa que sólo algunas estrellas se dibujaban como pálidos puntitos en la noche.

—Lo primero que tienes que entender es que ya estás en el cielo.

—¿Esto es el cielo?

Ariel asintió:

—¿Dónde íbamos a estar si no? La Tierra no es más que una insignificancia en el enorme espacio celeste.

—Nunca lo había pensado así.

—Esto es la Tierra del cielo, Cecilia. Éste es el jardín de Edén donde viven los seres humanos. Los ángeles también viven en todos los demás sitios.

—En el Universo, ¿quieres decir?

—O en el espacio celeste, da igual.

Cecilia volvió a inclinarse sobre los palos y miró la nieve.

—Misterioso —dijo—. Muy misterioso.

Cuando volvió a levantar la vista, Ariel le dirigió una mirada desafiante:

—A mí me parece muy fácil de entender.

Cecilia movió la cabeza con resignación.

—Siempre me he preguntado dónde queda el cielo. Ningún astronauta le ha visto el pelo ni a Dios ni a los ángeles.

—Tampoco hay ningún investigador de cerebros que haya visto el pelo a ningún pensamiento. Y ningún investigador de sueños ha visto el sueño de otra persona. Y eso no quiere decir que no existan ni los pensamientos ni los sueños dentro de las cabezas de la gente.

—Claro que no...

—Por cierto, nadie podía verte en aquella gran playa cuando soñaste que estabas allí. Ya hemos hablado varias veces de eso.

—¿Quieres decir que hay multitud de ángeles en el universo?

—Ya lo creo. ¿No pensarás que Dios creó un universo tan grande sin ningún motivo, verdad? Como no somos capaces de sentir ni frío ni calor, podemos estar en cualquier astro. Sólo aquí, en la Tierra, hace un calor y un frío más o menos soportables para los seres humanos de carne y hueso. Todos los demás sitios os resultarían demasiado calurosos o demasiado fríos. Si la Tierra estuviera tan sólo un poco más cerca del sol, sería inhabitable para la carne, los huesos y la sangre humanos. Y si la Tierra estuviera tan sólo un poco más cerca de Plutón, os hubierais convertido en estatuas de hielo.

El ángel dio una pequeña vuelta hacia arriba, pero al instante volvió a colocarse a medio metro sobre el nivel del suelo, justo delante de Cecilia.

—¿Has estado alguna vez en la luna? —preguntó Cecilia.

Ariel contestó inmediatamente:

—Allí hago ballet.

—¿En la luna?

Ariel asintió:

—Cuando llegaron allí los primeros seres humanos fue muy gracioso. Nos habíamos ido allí toda una pandilla, ¿sabes? Pero ni Armstrong ni ninguno de los demás astronautas podía vernos. Pensaron que estaban totalmente solos. Y se sentían orgullosos porque creían que eran los primeros que visitaban la luna... ¿Sabes lo que dijo Armstrong al salir de la nave?

—«Un pequeño paso para mí, pero un gran paso para la humanidad.»

—¡Eso!

Cecilia se sintió un poco irritada como parte de la humanidad, porque los ángeles habían espiado a los primeros astronautas, que se creían totalmente solos en la luna. Dijo:

—Me entran ganas de escribir un artículo en el periódico: «Noticia de última hora: hay montones de ángeles en la luna. Nuevo radar revela un viejo secreto».

Ariel se rió.

—¿Nunca has oído hablar de los asteroides?

A Cecilia le alegró mucho que le hiciera esa pregunta, porque ahora sí se

encontraba en un terreno que conocía bien. Había leído sobre el universo más que la mayoría de los jóvenes de su edad. Al principio de tener que guardar cama a causa de su enfermedad, había leído un montón de números de *Ciencia Ilustrada*.

—Naturalmente. Son esos minúsculos planetas que dan vueltas alrededor del sol. Pero son tantísimos y tan pequeños que no tienen nombres propios. Muchos de ellos sólo tienen un número.

Ariel aplaudió:

—¡Bravo! Eso significa que sabes más de la gloria celestial de lo que tú creías. Cuando me entran deseos de estar completamente solo (por ejemplo durante cincuenta o cien años), suelo sentarme en un pequeño asteroide. Porque, aunque hay muchísimos ángeles en el cielo, aún es mayor el número de asteroides. Puede resultar muy relajante pasearse por un planeta minúsculo después de un agitado debate entre ángeles en un lugar de encuentro. Algunas veces juego al truco desde un asteroide a otro. ¡Es muy divertido!

A Cecilia todo esto le sonaba demasiado sencillo.

—Creo que mientes —dijo.

Al levantar la vista y encontrarse con sus ojos azul zafiro, volvió a bajar la mirada rápidamente, teniendo en cuenta la grave acusación que acababa de hacer.

—Es una pena, porque los ángeles no mentimos, así que entonces tampoco crees que soy un ángel.

—Cuéntame más cosas —exclamó Cecilia algo avergonzada.

Ariel prosiguió:

—Lo que más me gusta de todo es estar sentado sobre un cometa.

—¿Sobre un cometa?

—Sí, en el cometa Halley, por ejemplo. Tarda 76 años en recorrer su órbita alrededor del Sol. Pero su órbita se aleja tanto en el espacio que pasa a una velocidad vertiginosa. Estar sentado sobre un cometa quizá podría compararse a bajar por un tobogán. La única diferencia es que te ahorras el tener que volver a subir para bajar de nuevo.

Cecilia movió la cabeza.

—Bueno, bueno. No me importaría probarlo. Pero no sabía yo que los ángeles fueran tan juguetones.

Ariel la miró a los ojos:

—Te dije que Dios creó a Adán y a Eva para que hubiera alguien correteando entre los árboles del gran jardín, jugando al escondite. ¿De qué serviría haber creado un gran jardín si no hubiera niños que jugaran en él?

Cecilia asintió con la cabeza y Ariel prosiguió:

—Tampoco sirve de nada tener un gran espacio con miles de millones de estrellas y planetas, lunas y asteroides, si no hay ángeles que puedan disfrutar de toda esa maravilla.

Cecilia no estaba del todo convencida:

—Estoy de acuerdo en que suena razonable. Pero de todo eso que estás contando no se dice nada en la Historia Sagrada.

Ariel no objetó nada a eso, sólo añadió:

—Si Dios hubiera creado todo sólo con el fin de hacer alarde de su poder, habría sido terriblemente egocéntrico. Hay unos cien mil millones de galaxias en el espacio, y en cada una de ellas hay unos cien mil millones de soles. Adivina, pues, cuántos planetas y lunas hay (por no hablar de los asteroides). Aunque también seamos muchos ángeles, no podemos quejarnos de tener poco espacio para jugar y divertirnos. Tampoco podemos quejarnos de falta de tiempo.

—Eso sí que es verdad. ¡Mejor para vosotros!

—Nosotros somos los que unimos el Universo, Cecilia. Dios jamás ha tenido cuervos sobre sus hombros, pero siempre ha tenido una legión de ángeles.

—Si hubieras escrito un libro sobre esas cosas, a lo mejor te habrían dado un premio Nobel, o quizá dos —dijo Cecilia, mientras escarbaba en la nieve con uno de los palos.

—¿Por qué dos?

—Uno en teología y otro en astronomía. O si no, podrían haberlos unido. Al menos serías un firme candidato a recibir el premio Nobel en imaginación. Te lo habrías merecido.

Ariel se rió:

—No pienso competir con esos serios científicos. Creen que todos los misterios de la naturaleza pueden revelarse mediante microscopios y telescopios. Y sólo creen en lo que se puede medir y pesar. Pero sólo entienden en parte. No entienden que lo ven todo como por un espejo y oscuramente. No se puede pesar o medir a un ángel. Y tampoco sirve para nada observar un espejo a través de un microscopio. El resultado es que acabas viendo tu propio reflejo aún más claramente. Entonces, es mejor usar un poco de imaginación.

Cecilia escarbaba en la nieve cada vez con más energía:

—Me hubiera gustado jugar al truco entre los asteroides. También me hubiera encantado hacer ballet en la luna o agarrarme a un divertido cometa navegando por el universo. Porque todo está en el cielo, dices...

—¿Sí?

—Mucha gente cree que cuando morimos vamos al cielo. ¿Es así?

Ariel dejó escapar un profundo suspiro:

—Ya estáis en el cielo. En este momento. Creo que deberíais dejar de discutir y de pelearos. Porque, ¿sabes?, no es de buena educación pelearse ante los ojos de Dios.

—No has contestado a mi pregunta.

—Vais y venís, os marcháis y regresáis. Y así lo hacen también las estrellas y los planetas.

—¡Bla, bla!

Cecilia golpeó el suelo con el palo.

—¿Estás enfadada, Cecilia?

Sabía que el ángel tenía razón. Pero pensó que tenía derecho a estar un poco enfadada en ese momento.

—Has dicho muchas veces que los seres humanos son de carne y hueso. Pero nada de lo que es de carne y hueso tiene vida eterna, dijiste. Me parece lamentable, porque a mí sí me hubiera gustado jugar al truco entre todos los asteroides durante unos miles de años, antes de tomarme unas vacaciones de un par de millones de años en un planeta exótico de una lejana galaxia. Por eso tengo muchísimo interés en saber si tenemos vida eterna.

Se tapó la boca. ¿De dónde había sacado todas esas palabras?

—Nadie tiene una «vida eterna». Al menos no los ángeles del cielo. Porque los ángeles no «vivimos», por eso no podemos sentir nada y por eso tampoco nos hacemos adultos. Ya hemos hablado antes de todo eso.

Cecilia bajó la vista y miró la nieve.

—Me parece un poco fuerte que os quejéis de no vivir, cuando podéis volar entre estrellas y planetas eternamente.

—De la misma manera que tú vuelas sobre playas lejanas cuando duermes. ¡Imagina que toda tu vida hubiera sido sólo un sueño!

Cecilia se encogió de hombros:

—Si ese sueño hubiera durado eternamente y además hubiera sido divertido, creo que habría preferido el sueño a la vida. Y tú, ¿qué habrías preferido tú: una vida humana durante algunos años o una vida de ángel para siempre?

—Ni tú ni yo tenemos esa elección, así que de nada sirve hablar de ello. Además, creo que debe de ser mejor contemplar el universo una sola vez a no haber contemplado nunca nada. Los que aún no han sido creados tampoco tienen ningún derecho a exigir su creación.

Cecilia reflexionó sobre la última frase de Ariel. Le dio vueltas en la cabeza, y por fin dijo:

—Pero a lo mejor preferirían no ser creados a vivir sólo un tiempo muy breve. Si no fueran creados, no sabrían lo que se estaban perdiendo.

Ariel no contestó a esto. De pronto dio un salto y miró hacia abajo, hacia la casa:

—Son las tres. Tenemos que darnos prisa y volver antes de que se despierten.

Cecilia empezó a descender las cuestas. A su lado revoloteaba el ángel Ariel. No importaba que el bosque fuera espeso, ella logró bajar por la pista sin caerse, y Ariel atravesaba los troncos de los árboles como si fueran de niebla. En poco tiempo habían llegado a la última cuesta que subía hacia el granero.

—¡No nos va a dar tiempo a dar la vuelta a la casa! —exclamó Ariel, tirando de la capucha del anorak de Cecilia.

—¿No nos va a dar tiempo?

Y tampoco a Ariel le dio tiempo a contestar. La agarró bien del anorak y la levantó en el aire. Al instante, se metieron por la ventana cerrada y aterrizaron en medio de la habitación de Cecilia.

El cristal de la ventana no sufrió daño alguno, y Cecilia tampoco. Seguía con los esquís puestos. Había empezado a chorrear agua sobre el suelo.

—¿Qué van a decir? —susurró señalando asustada los esquís y el suelo.

—Yo lo arreglaré.

Cecilia se quitó los esquís y la ropa a toda prisa, se puso el camisón y se metió en la cama. Vio cómo el ángel doblaba su ropa a una velocidad increíble y la colocaba en el armario. Puso los esquís y los palos junto a la pared y luego sopló un par de veces sobre éstos y el suelo, y toda el agua desapareció instantáneamente. Ya nadie podría pensar que Cecilia había estado esquiando a la luz de la luna.

—¡Impresionante! —dijo Cecilia, y se durmió.

Al abrir los ojos, descubrió a su padre sentado a su lado en la silla.

— ¿Qué hora es? — preguntó.

— Las siete.

— ¿Llevas aquí mucho tiempo?

— Sólo unas horas...

De repente, Cecilia se acordó del paseo nocturno con los esquís. Miró la habitación. No había nada que pudiera revelar que los había estrenado. «Tal vez no haya sido esta noche. Tal vez hayan pasado algunos días», pensó.

Se sentía más cansada que nunca. ¿Podría ser por lo del paseo en esquís con Ariel?

— No me encuentro muy bien.

Su padre le cogió la mano.

— No estás bien.

— ¿Qué día es hoy?

Su padre miró el reloj:

— 22 de enero.

— Casi ha pasado un mes desde Nochebuena.

— Pronto vendrá mamá con la inyección.

— «Con la inyección...»

— Sí, está en el cuarto de baño.

— Estoy harta de todo esto.

Su padre le apretó la mano.

— Claro que debes de estarlo — se limitó a decir.

Cecilia intentó levantar la vista hacia él:

— Cuando sea mayor, voy a estudiar astronomía.

— Ah, sí... es muy interesante.

— Alguien tendrá que buscar la solución a todas las cosas.

— ¿En qué estás pensando?

— La que está enferma soy yo, papá...

— Así es.

— ...pero sois vosotros los que no sois capaces de prestar atención en la clase. Quiero decir que alguien tendrá que averiguar cómo son las cosas. Esto no puede continuar así.

—La ciencia avanza siempre un poco más...

—¿Crees en los ángeles?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Bueno, ¿crees en Dios?

Asintió con un gesto:

—Y tú también, ¿no?

—No lo sé... si no fuera tan tonto. ¿Sabías que ha colocado un ángel casi en cada asteroide? Si quieren pueden quedarse allí, pasándose bien eternamente. Ni siquiera tienen que cortarse las uñas o cepillarse los dientes. Otros ángeles están sentados en enormes cometas que dan vueltas alrededor del sol a una velocidad vertiginosa. Y miran hacia la Tierra con mucha curiosidad porque se preguntan cómo es ser una persona de carne y hueso...

—Creo que estás fantaseando.

—...mientras Dios el todopoderoso está cómodamente sentado soplando burbujas de jabón. Sólo para exhibirse ante los ángeles del cielo.

—Estoy seguro de que no está haciendo semejante cosa.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Imagínate, tal vez es una verdadera mierda.

—No podemos entenderlo todo, Cecilia.

—Todo eso ya lo he oído antes... Sólo entendemos en parte. Lo vemos todo como por un espejo y oscuramente...

—Sí, son palabras muy sabias.

Cecilia le miró con resignación.

Transcurrió un largo rato. Ella quería decir algo más, pero no sabía si tenía fuerzas. Era como si tuviera la esperanza de que su padre le fuera a arrancar las palabras de la cabeza, sin que ella tuviera que abrir la boca.

Añadió:

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a Creta?

Su padre intentó sonreír.

—¡Cómo no voy a acordarme!

—Quiero decir si te acuerdas del viaje en avión hacia allí, tonto.

Él asintió:

—Incluso recuerdo que en el viaje de ida nos dieron para comer pollo con ensaladilla rusa, y en el de vuelta albóndigas con salsa de pimienta...

—No hables de comida, papá. Quiero decir que yo miraba por la ventanilla. Miré hacia abajo, hacia la Tierra.

Y no dijo nada más. Pero pensó que había estado sentada arriba en el cielo mirando el planeta con todas sus ciudades y carreteras, montañas y campos arados. En el viaje de vuelta volaron primero por encima de las nubes. Fue como si se encontraran a medio camino entre el cielo y la tierra. Habían llegado a Noruega muy tarde por la noche. Antes de aterrizar en el aeropuerto de Gardemoen, se habían metido entre las nubes, y entonces se les había revelado un país de cuento con luces eléctricas de todos los colores.

Cecilia dijo:

—Cuando llegamos al mundo recibimos un mundo entero de regalo.

Su padre asintió. Era como si no le gustara que Cecilia tuviera tantas cosas de que hablar.

—Pero no somos solamente nosotros los que llegamos al mundo, también se puede decir que el mundo llega a nosotros.

—Es casi lo mismo, ¿no?

—A mí me parece que soy dueña de un mundo entero, papá.

Su padre le cogió también la otra mano.

—De alguna manera es así.

—No solamente esta casa... y la colina Ravne... y el río allí abajo. También soy dueña de una parte de la llanura Lasithi de Creta... y de toda la isla Santorini. Es como si en el pasado hubiera vivido en el viejo palacio de Cnossos. Soy dueña del sol y de la luna, y de todas las estrellas en el cielo. Porque lo he visto todo.

Papá cogió la campanilla de la mesilla de noche y la hizo sonar. ¿Por qué lo hizo? ¿No estaría enfermo él también?

Cecilia prosiguió:

—Nadie me puede quitar todo esto. Será para siempre mi mundo.

Su madre entró en la habitación. Su padre se levantó de la silla y salió corriendo del cuarto. Llevaba sentado con ella tanto tiempo que seguramente necesitaba ir al servicio.

—¿Cecilia?

Se volvió hacia su madre con una mirada acusadora.

—¡Cecilia!

—¿No puedes ponerme la inyección sin más, mamá? No hace falta hablarlo todo.

Le puso la inyección inmediatamente, y seguramente se durmió, porque cuando se despertó de nuevo era Ariel quien estaba sentado a su lado.

Cecilia se encontraba mucho mejor que cuando habían estado sus padres. ¿Podría ser que mejorara cuando estaba con el ángel?

—¿Has dormido bien? —preguntó Ariel.

Cecilia se levantó y se sentó en el borde de la cama; miró hacia la ventana y vio que fuera había luz.

—Es de día —dijo—. A veces me hago un lío.

Ariel movió la cabeza misteriosamente:

—El planeta no para de dar vueltas.

Cecilia se rió; no entendía muy bien por qué, pero en ese momento le resultó muy divertido pensar que la Tierra daba vueltas y vueltas.

—Alguien ha dicho que el mundo es un escenario. En ese caso tendrá que ser un escenario giratorio.

—Desde luego que sí —dijo Ariel con determinación—. Pero a lo mejor no sabes por qué.

Cecilia se encogió de hombros:

—En realidad no importa, porque yo no noto que el mundo dé vueltas. Por mí podría ser un poco más movido. ¡Imagínate si fuera así...! Entonces las norias del mundo entero no harían gran negocio.

Ariel se levantó de la silla, voló lentamente por la habitación y se sentó sobre el escritorio. Miró a Cecilia:

—La Tierra da vueltas sin parar para que los seres humanos puedan mirar al universo en todas las direcciones del cielo. De esa manera veis casi todas las estrellas y todo lo que hay allí fuera, estéis donde estéis.

—Nunca se me había ocurrido.

Ariel prosiguió:

—Da igual que viváis en Jessheim o en Java, ni una minúscula franja de la gloria del cielo debe permanecer oculta. Sería muy injusto que sólo la mitad de la humanidad pudiera sentir los rayos solares en el rostro, o que, por ejemplo, la mitad de los habitantes de la Tierra jamás viera ni siquiera una media luna. Tanto el sol como la luna pertenecen a todos los seres humanos de la Tierra.

—¿Por eso Dios puso en marcha la peonza?

—¡Sí, señorita! Pero no sólo por eso...

—Cuéntame más cosas.

—También fue para que todos los ángeles del cielo pudieran ver todo el planeta Tierra, independientemente del astro en que se encontraran. Porque, ¿sabes?, es mucho más fácil vigilar un planeta que gira constantemente que un planeta que sólo pone una mejilla.

A Cecilia le pareció que Ariel se estaba entusiasmando demasiado. No paraba de hablar. Y también había empezado a mover las piernas como antes.

—Creo que te he dicho que tenemos una mirada de rayos X. Pero no creo haberte dicho que también tenemos una telemirada...

—¿Quieres decir que podéis ver a los seres humanos en la Tierra, incluso cuando estáis sentados en algún insignificante planeta muy lejos en el universo?

—Exactamente. Allí arriba, como puedes imaginar, no ocurre gran cosa. Pero cuando estamos cómodamente instalados en ese insignificante planeta mirando a la Tierra, podemos seguir el teatro celestial independientemente de que las escenas tengan lugar en Creta o en Klofta.

—¿«El teatro celestial»?

Ariel asintió:

—El planeta Tierra, Cecilia. La vida de los seres humanos en la Tierra es como una eterna obra de teatro. Venís y os vais. Como los del juego...

Cecilia permaneció inmóvil en el borde de la cama durante unos segundos. Luego dijo:

—¡Me parece horrible!

Dio un fuerte golpe a la silla con el pie.

—Si hubiera sido verdad, habría sido muy injusto.

Ariel pareció ofenderse un poco, pero seguía moviendo las piernas. Añadió:

- Entonces no hablemos más de ello.
- No sé si me apetece hablar más de algo.

Por un instante, Ariel dejó de mover las piernas:

- Estás amargada, Cecilia.
- ¿Y qué?
- Por eso estoy aquí.

Cecilia miró fijamente al suelo:

—Es que no me cuadra que el mundo no pueda estar hecho de diferente manera.

—Ya hemos hablado de eso. Estoy seguro de que muchas veces has intentado dibujar algo muy bonito y luego te ha salido algo diferente a lo que habías imaginado.

—Eso ocurre casi siempre. Precisamente eso es lo que lo hace tan interesante... el no saber exactamente qué va a ser.

—Pero entonces no eres exactamente todopoderosa en relación con lo que dibujas.

Cecilia no contestó. Al cabo de un rato dijo por fin:

—Si yo supiera que lo que dibujara iba a cobrar vida, no me atrevería a dibujar nada. Jamás me atrevería a dar vida a algo a lo que no pudiera defender de esos impacientes lápices de colores.

El ángel se encogió de hombros:

—De todos modos, las figuras que dibujaras sólo habrían entendido parcialmente. No habrían podido ver cara a cara.

Cecilia suspiró profundamente:

- Tantos misterios empiezan a ponerme nerviosa.
- Lo siento. No era mi intención.

—Algún tonto dijo una vez que lo más importante es ser o no ser. En realidad, cada vez estoy más de acuerdo con él. O con ella, si quieres..., porque tú mismo has dicho que lo de los sexos no es tan importante en el mundo espiritual...

—«Ser o no ser» —repitió Ariel—. Está bien dicho, porque no hay nada entre medias.

- Quiero decir que estamos en la Tierra sólo esta vez. ¡Y jamás volveremos!
- Sé que estás muy enferma, Cecilia...

Ella le interrumpió:

—Pero no te dejes que preguntes por la enfermedad que tengo. No permito a nadie hablar de eso, ni siquiera a los ángeles del cielo.

- Sólo quería decir que he venido para consolarte.

Cecilia arrugó la nariz:

- ¡Consolarme!

Ariel despegó del escritorio y empezó a volar por la habitación mientras

hablaban.

—Cuando me haga vieja y luego muera, creo que seré un bebé de nuevo. Y luego continuaré viviendo en el cielo exactamente como vosotros. Nos convertiremos todos en cuervos de Odín. Creo que estará bien...

—¿Crees? —preguntó Ariel.

—«¿Crees?», «¿crees?». ¡Eso tienes que saberlo tú!

Ariel estaba descansando en el aire delante de la cama, tapando el viejo collar de perlas y el calendario griego de los gatos.

—¡No señora! —dijo con firmeza—. La obra de la creación y la celestial constituyen un misterio tan grande que ni los seres humanos de la tierra ni los ángeles del cielo consiguen captarlo.

—Entonces igual puedo hablar con papá o con la abuela.

Ariel asintió:

—Porque también ellos están flotando en algún lugar del gran misterio de Dios.

Cecilia le miró:

—¿Has visto a Dios? En persona, quiero decir.

—Estoy sentado delante de una puntita de él en este momento. Porque lo que he mirado y hablado con uno de sus más pequeños lo he mirado y hablado con él.

Cecilia reflexionó un buen rato:

—Si ésa es la única manera de encontrarse con Dios, resulta difícil aplastarle.

Ariel tuvo que reírse:

—Sería simplemente que él se aplastaba a sí mismo.

Hubo un silencio total en la habitación, antes de que el ángel Ariel continuara:

—Cuando te quejas de que Dios es tonto, quizá sea que el propio Dios se acusa a sí mismo. ¿O has olvidado lo que dijo cuando estaba colgado en la cruz?

Cecilia lo había olvidado. Últimamente la abuela le había leído muchos trozos de la Biblia, pero de ése justamente se había olvidado.

—¡Dilo de una vez!

—Dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

A Cecilia de repente se le iluminó la mente. Jamás había pensado en eso. Si Jesucristo era Dios, entonces Dios estaba hablando consigo mismo cuando estaba en la cruz. Tal vez hablara también consigo mismo cuando habló a los discípulos en Getsemaní. Ni siquiera se habían preocupado de permanecer despiertos cuando los soldados vinieron a prenderlo.

—«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» —repitió Cecilia.

Ariel se le acercó volando y, mirándola a los ojos con su mirada azul como el zafiro, dijo:

—Dilo, Cecilia. ¡Dilo una y otra vez! Porque hay algo en el espacio celestial que no cuadra. Algo ha fallado en el gran dibujo.

Cecilia intentó concentrar sus pensamientos.

—¿De verdad que no sabes nada más sobre lo que hay al otro lado? — preguntó.

Ariel movió su reluciente calva:

—Vemos todo por un espejo. Acabas de mirar a través del cristal y has vislumbrado algo al otro lado. No puedo pulir del todo el espejo. Tal vez así hubieras podido ver algo más, pero entonces ya no habrías podido verte a ti misma.

Cecilia le miró asombrada.

—Ése es un pensamiento muy profundo.

—Y más a fondo no se llega en los huesos y en la carne. Porque el hueso y la carne son un lago de poca profundidad. Constantemente se ve la arena y las piedras del fondo.

—¿De verdad?

Ariel asintió:

—Como sabes, el hueso y la carne no son más que tierra y agua. Pero además Dios os insufló algo de su espíritu. Por eso, dentro de vosotros hay algo que es Dios.

Cecilia extendió los brazos vencida.

—No sé qué decir.

—Podrías felicitarte a ti misma...

—¡Pero si no es mi cumpleaños!

—Podrías felicitarte porque eres un ser que ha tenido la oportunidad de hacer un extraño viaje alrededor de un sol ardiente en el espacio celeste. Allí has vivido una fracción de la eternidad. ¡Has contemplado el Universo, Cecilia! Has podido levantar la vista de ese dibujo en el que estás dibujada. Así pudiste ver tu propia gran majestuosidad en el inmenso espejo celestial.

Ariel estaba tan solemne que sus palabras daban miedo a Cecilia:

—Creo que ya no debes decir ni una sola palabra más. No tengo capacidad para más.

—¡Sólo esto!

La miró fijamente a los ojos *con* una mirada más clara y más profunda que el mar Egeo:

—Todas las estrellas se caen algún día. Pero una estrella no es más que una chispa de la gran hoguera celestial...

Al instante siguiente, había desaparecido. Cecilia debió de quedarse dormida al mismo tiempo. Cuando volvió a despertarse, estaban sentados junto a su cama mamá, papá y la abuela.

—¿Estáis aquí todos?

Todos dijeron que sí con la cabeza. Mamá le humedeció la boca con una toallita.

—¿Dónde está Lasse?

—Está fuera con el abuelo, patinando sobre el hielo.

—Quiero hablar con la abuela.

—¿Quieres que papá y yo os dejemos solas?

Cecilia asintió con un gesto.

Los dos salieron de puntillas. La abuela le cogió las manos.

—¿Te acuerdas de lo que me contaste de Odín?

—Claro que me acuerdo.

—Tenía un cuervo en cada hombro, y todas las mañanas volaban por el mundo para ver cómo estaba todo. Luego volvían y contaban a Odín lo que habían visto...

—Ahora eres tú la que me lo estás contando a mí —dijo la abuela.

Como Cecilia no contestó, su abuela prosiguió:

—Pero, de alguna manera, era Odín el que volaba. A la vez que estaba tranquilamente sentado en su trono, volaba por el mundo sobre las alas de los cuervos. Como sabes, los cuervos tienen muy buena vista...

Cecilia la interrumpió:

—Eso era lo que iba a decir...

—¿El qué?

—Me hubiera gustado tener dos cuervos así. O al menos me hubiera gustado ser uno de ellos.

La abuela le apretó un poco más las manos:

—No tenemos por qué hablar de esas cosas ahora.

—Además, he empezado a olvidarme de lo que me contaste —dijo Cecilia.

—A mí me parece que tienes muy buena memoria.

—¿Dijiste que nos ponemos tristes cuando algo es bonito? ¿O dijiste que nos ponemos bonitos cuando algo es triste?

La abuela no contestó. Seguía teniendo las manos de Cecilia entre las suyas, y la miraba a los ojos.

—Hay un cuaderno debajo de mi cama. ¿Me lo coges?

La abuela le soltó una mano, se agachó y cogió el cuaderno chino. También encontró el rotulador negro.

—¿Puedes anotarme una cosa?

La abuela le soltó la otra mano y Cecilia dictó:

—«Vemos todo por un espejo y oscuramente. Algunas veces podemos mirar a través del espejo y vislumbrar algo de lo que hay al otro lado. Si pudiéramos del todo el espejo, veríamos mucho más. Pero entonces dejaríamos de vernos a nosotros mismos...»

La abuela levantó la vista del cuaderno.

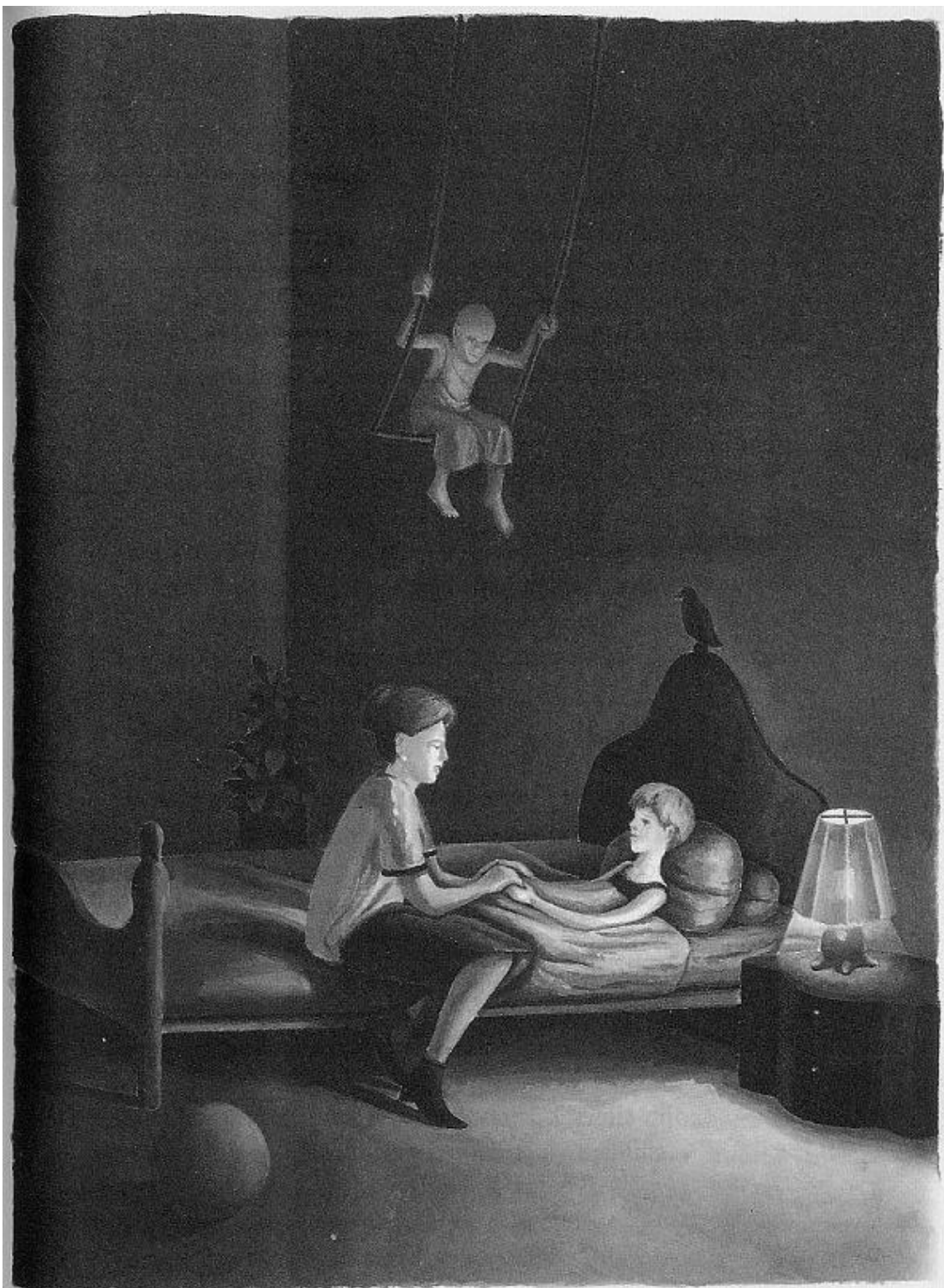
—Es un pensamiento profundo, ¿no te parece? —preguntó Cecilia.

La abuela dijo que sí con la cabeza. Le corrían unas lágrimas por las mejillas.

—¿Estás llorando? —preguntó Cecilia.

—Sí, estoy llorando, mi tesoro.

—¿Porque es bonito o porque es triste?



-¿Dijiste que nos ponemos tristes cuando algo es bonito? ¿O dijiste que nos ponemos bonitos cuando algo es triste?

—Por las dos cosas.

—Hay más, ¿sabes?

—Di lo que quieras...

—«Si yo supiera que lo que dibujara iba a cobrar vida cuando acabase el dibujo, no me atrevería a dibujar nada. Jamás me atrevería a dar vida a algo a lo que no pudiera defender de esos impacientes lápices de colores...»

Se hizo el silencio en el cuarto. También el resto de la casa estaba en silencio.

—¿Qué te parece? —preguntó Cecilia.

—Muy bien...

—¿Puedes seguir anotando?

La abuela lloró de nuevo. Luego dijo que sí y Cecilia dictó:

—«La obra de la creación y la celestial constituyen un misterio tan grande que ni los seres humanos de la tierra ni los ángeles del cielo consiguen captarlo. Pero hay algo en el espacio celestial que no cuadra. Algo ha fallado en el gran dibujo.»

Levantó la vista:

—Sólo hay una cosa más.

La abuela volvió a hacer un gesto de asentimiento y Cecilia dijo:

—«Todas las estrellas se caen algún día. Pero una estrella no es más que una chispa de la gran hoguera celestial.»

Una tarde, un mirlo negro que se posó en la ventana despertó a Cecilia. Su madre estaba sentada junto a la cama.

— ¿Por qué está abierta la ventana? — preguntó.

— Porque hace un tiempo muy bueno, suave, casi primaveral.

— ¿Ya se ha ido toda la nieve?

— No, no.

— ¿Sigue helado el río?

— Sí, pero ya no es tan seguro — contestó su madre.

Cecilia pensó en Ariel. La última vez que había venido, estuvo muy solemne. ¿Sería porque había revelado los últimos secretos de las cosas celestes?

Ahora siempre había alguien con ella. Una noche en que sus padres estaban sentados junto a la cama, Cecilia les pidió que la dejaran sola.

— Uno de nosotros siempre está aquí — le aseguró su padre.

— ¿Por qué?

Como ninguno de los dos contestaba, Cecilia dijo:

— Si quiero algo, puedo hacer sonar la campanilla.

Su padre le acarició el pelo:

— A lo mejor no tienes fuerzas para hacerlo.

— Entonces enviaré un ángel a despertaros.

Sus padres se miraron el uno al otro. Cecilia dijo:

— ¡¿No pensaréis que voy a escaparme!?

Su padre se limitó a mover la cabeza, pero su madre dijo:

— Estamos sentados contigo, como hacíamos cuando eras un bebé.

— ¿Porque de repente tenéis miedo de que el pajarito vaya a dejar el nido?

Casi tuvo que echarlos de la habitación. Cuando volvió a despertarse, un poco más tarde, Ariel estaba sentado en el alféizar.

— ¡Eres tan bonita cuando duermes!

— ¡Pero yo no quiero charlar: quiero salir!

— ¿Tienes fuerzas?

— ¡Ya lo creo! Quiero bajar a ver el río antes de que el hielo desaparezca.

Ariel suspiró:

— Va a ser mucho lío con la ropa.

— Pero voy a salir — repitió Cecilia.

—Un paseíto, entonces.

Le ayudó a sacar la ropa de invierno del armario.

—Esta noche cogeremos el trineo —dijo Cecilia muy decidida.

Ariel sonrió:

—Será la primera vez que monte en un trineo.

—O al menos la primera vez este año —añadió Cecilia.

Una vez vestida, permanecieron un rato estudiando la colección de piedras de la estantería.

Cecilia dijo:

—Hay de casi todos los países del mundo. Cada piedra es un pequeño fragmento del planeta.

—«Un pequeño fragmento del planeta» —repitió Ariel.

Señaló la mariposa que Marianne había regalado a Cecilia:

—Ésta no, ¿no?

Cecilia no contestó, pero metió la mariposa en el bolsillo de su anorak.

—Ahora va a volar conmigo.

—«A volar» —repitió Ariel—. «Va a volar conmigo.»

—Primero tienes que mirar si están todos dormidos.

En el rostro de Ariel se dibujó una astuta sonrisa:

—¿Lo hacemos los dos?

Salieron al pasillo y dejaron el trineo junto a la escalera. Luego entraron de puntillas en el dormitorio de los padres de Cecilia. La puerta estaba abierta. Se quedaron quietos junto a ella. Cecilia puso un dedo sobre la boca:

—¡Calla! —susurró.

La habitación estaba oscura, excepto una débil luz que se filtraba de la farola que había sobre la puerta del granero. Los padres dormían muy juntos el uno al otro.

—¿No crees que cuando duermen parecen niños pequeños? —susurró Ariel.

Cecilia asintió.

—¿Qué estarán soñando...?

Salieron de nuevo al pasillo y entraron en el cuarto de Lasse. En el suelo había un gran montón de piezas de Lego. Cecilia tenía que ir con cuidado para no pisarlas. A Ariel le bastaba con levitar un par de centímetros sobre el suelo.

Cecilia sentía un cariño tan grande por su hermanito que tuvo que secarse un par de lágrimas.

¿No era muy raro que los ojos se te llenaran de lágrimas por querer mucho a alguien? Las últimas semanas había estado tan poco con Lasse que casi se había convertido en un desconocido.

Cogieron el trineo y bajaron sigilosamente la escalera.

—Mis abuelos viven en la casita de al lado —susurró Cecilia.

—Pero tu abuela está durmiendo en el sofá del salón.

Echaron un vistazo hacia dentro y comprobaron que así era.

La abuela estaba durmiendo vestida y con una manta por encima. Cecilia sabía que últimamente dormía de vez en cuando en el sofá. Era porque no soportaba los ronquidos del abuelo, había comentado su madre. Sin embargo, la abuela decía que era para ayudar a mamá con las inyecciones.

—Es la mejor abuela del mundo —susurró.

—Ya lo sé —contestó Ariel.

—No sólo porque es mi abuela. Es la mejor abuela del mundo.

—«La mejor abuela» —repitió Ariel—. «La mejor abuela del mundo.»

Salieron y cerraron la puerta. Fuera, hacía mucho frío. El cielo estaba tan repleto de centelleantes estrellas que parecía de día. No había luna, y por eso las estrellas brillaban aún con mayor intensidad. Sólo cuando había oscuridad total se reflejaban todos sus rayos.

Cecilia cruzó corriendo el patio, arrastrando el trineo. La abuela le había atado una gruesa cuerda. Su madre había dicho que eso no corría prisa. Pero ella y su abuela lo habían hecho en secreto.

De la granja partían unas largas y suaves cuestas que llegaban casi hasta el río. Cecilia se sentó inmediatamente en el trineo. En el momento de iniciar el descenso, se volvió hacia Ariel y gritó:

—¡Si quieres venir, date prisa!

Ariel se sentó en el trineo, pegado a ella. La nieve estaba muy dura, así que bajaron a mucha velocidad. El trineo no se detuvo hasta que llegaron abajo, junto a los espesos matorrales de la orilla del río.

Cecilia se rió:

—¡Hemos batido el récord!

Se levantó del trineo y se volvió hacia Ariel:

—¿¡A que ha sido estupendo!?

—Seguramente —contestó Ariel entristecido—. Pero yo no he sentido nada.

—Ahora vamos a cruzar el río —dijo Cecilia muy decidida.

Empezó a abrirse camino entre los matorrales y entró en el río helado.

—No me regalaron patines, ¡pero puedo patinar de todos modos!

Soltó el trineo y empezó a deslizarse por el hielo. Ariel la seguía descalzo. Sus pies debían de ser muy resbaladizos, porque hizo unas piruetas muy graciosas sobre el hielo, igual que un bailarín de patinaje artístico.

De repente oyeron un crujido. Cecilia se dio prisa en llegar a la otra orilla. Ariel la siguió bailoteando.

Al darse la vuelta, descubrieron que el hielo se había rajado y dividido en grandes témpanos. En medio del río, sobre uno de ellos, se encontraba el trineo.

—¡El trineo! —gritó Cecilia.

No tuvo que decir nada más, porque Ariel ya iba hacia él. Cecilia pensó que volaría sobre el río y luego aterrizaría para coger el trineo. Pero empezó a andar sobre los témpanos. De vez en cuando, también andaba sobre el agua.

Volvió con el trineo. Cecilia no entendía cómo, pero daba la sensación de que el trineo volaba sobre el agua, más o menos como cuando los renos de Papá

Noel tiran del trineo por el aire.

—¡Alucinante! —exclamó.

Agarró firmemente la cuerda del trineo y dijo:

—¡Vamos a visitar a Marianne!

Subieron corriendo las cuestas hasta la casa amarilla. Hacía muchos meses que Cecilia no había estado allí. Marianne había ido a visitarla varias veces antes de Navidad, pero desde su última visita habían transcurrido muchas semanas.

Pronto se encontraron delante de la casa de Marianne. Cecilia intentó abrir la puerta principal. Estaba cerrada con llave.

—¡Entonces no podemos entrar! —exclamó Ariel—. Bueno, yo sí podría, pero no creo que debamos hacerlo los dos.

Cecilia sonrió astutamente. Se dirigió hacia los establos, haciendo señas a Ariel para que la siguiera.

—Sé dónde está la llave —dijo orgullosamente.

La encontró enseguida debajo de un bote de pintura vacío. Durante algunas temporadas había pasado tanto tiempo en casa de Marianne como en su propia casa de Skotbu.

Abrió la puerta con la llave y entraron de puntillas. Para llegar a la habitación de Marianne, tuvieron que atravesar el salón. Cecilia encendió un aplique de la pared. Ariel venía danzando detrás como un hermano pequeño.

Cecilia abrió cuidadosamente la puerta y vio a Marianne dormida, con su larga melena pelirroja sobre la almohada.

Se había sentido libre y feliz como un pájaro durante toda la excursión, pero al ver a Marianne se le cayó una lágrima. Tal vez fuera porque estaba dormida, o porque hacía mucho tiempo que no la veía.

—¿Estás llorando? —susurró Ariel.

—Sí, ahora estoy llorando...

Marianne se movió. Daba la sensación de que iba a despertar en cualquier momento.

Ariel tiró de la manga a Cecilia:

—¡Tienes que decirle adiós ya!

Cecilia abrió el bolsillo del anorak y sacó la pequeña mariposa. Luego se agachó y la colocó en el suelo, delante de la cama de Marianne.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Ariel—. Ella te la regaló.

Cecilia se encogió de hombros:

—Bah, no creo que vaya a hacerme falta.

Al instante, su amiga se incorporó en la cama; pero, para entonces, Cecilia y Ariel ya estaban atravesando el salón. Cerraron la puerta del exterior tras ellos, y Cecilia pasó por el establo a dejar la llave en su sitio. Luego se sentaron en el trineo y bajaron el pequeño tramo que los separaba del río.

Cuando el trineo se hubo detenido completamente, Ariel dio un salto y empezó a volar alrededor de ella como una muñeca ingrávida. También Cecilia

se sentía un poco ingrávida. Permaneció sentada sobre el trineo mirando fijamente el cielo estrellado.

—Esto es la eternidad —suspiró.

—O el cielo —dijo el ángel Ariel.

—O el universo —continuó Cecilia.

—O el cosmos —exclamó Ariel, y los dos estaban a punto de echarse a reír.

—¡O el espacio!

—¡O la realidad!

—O simplemente el mundo.

—¡O el Gran Enigma! —exclamó Cecilia finalmente.

Ariel asintió muy solemnemente:

—Un huérfano recibe muchos nombres.

—¿Un «huérfano»?

Ariel volvió a mover la cabeza afirmativamente:

—No son los hijos queridos los que reciben muchos nombres, sino los niños abandonados, los que uno encuentra sentados en una escalera, los que no se sabe de dónde vienen, los que vuelan en el vacío.

—Esto es la eternidad —repitió Cecilia.

El ángel Ariel descendió, se sentó en el trineo junto a Cecilia, y dijo:

—La eternidad es más visible a medianoche.

Cecilia se volvió hacia él y repitió algo que ya había dicho en una ocasión.

Esta vez lo dijo acentuando cada sílaba:

—Estoy aquí sólo esta vez. Y no volveré jamás.

Pero el ángel Ariel objetó moviendo la cabeza:

—Tú estás en la eternidad en este momento. Y la eternidad volverá eternamente.

Bajaron hasta la orilla y vieron cómo los grandes témpanos eran empujados valle abajo. El río que había estado tan silencioso y pacífico durante todo el invierno empezó de repente a emitir todos sus ruidos. Siguieron el cauce del río hasta el puente y comenzaron a cruzar.

Cuando estaban en medio del puente, Ariel señaló al agua y preguntó:

—¿Cómo se llama exactamente este río?

—«¿Cómo se llama exactamente este río?» —repitió Cecilia—. Te lo he dicho muchas veces. Se llama Leira⁸.

Ariel asintió con la cabeza:

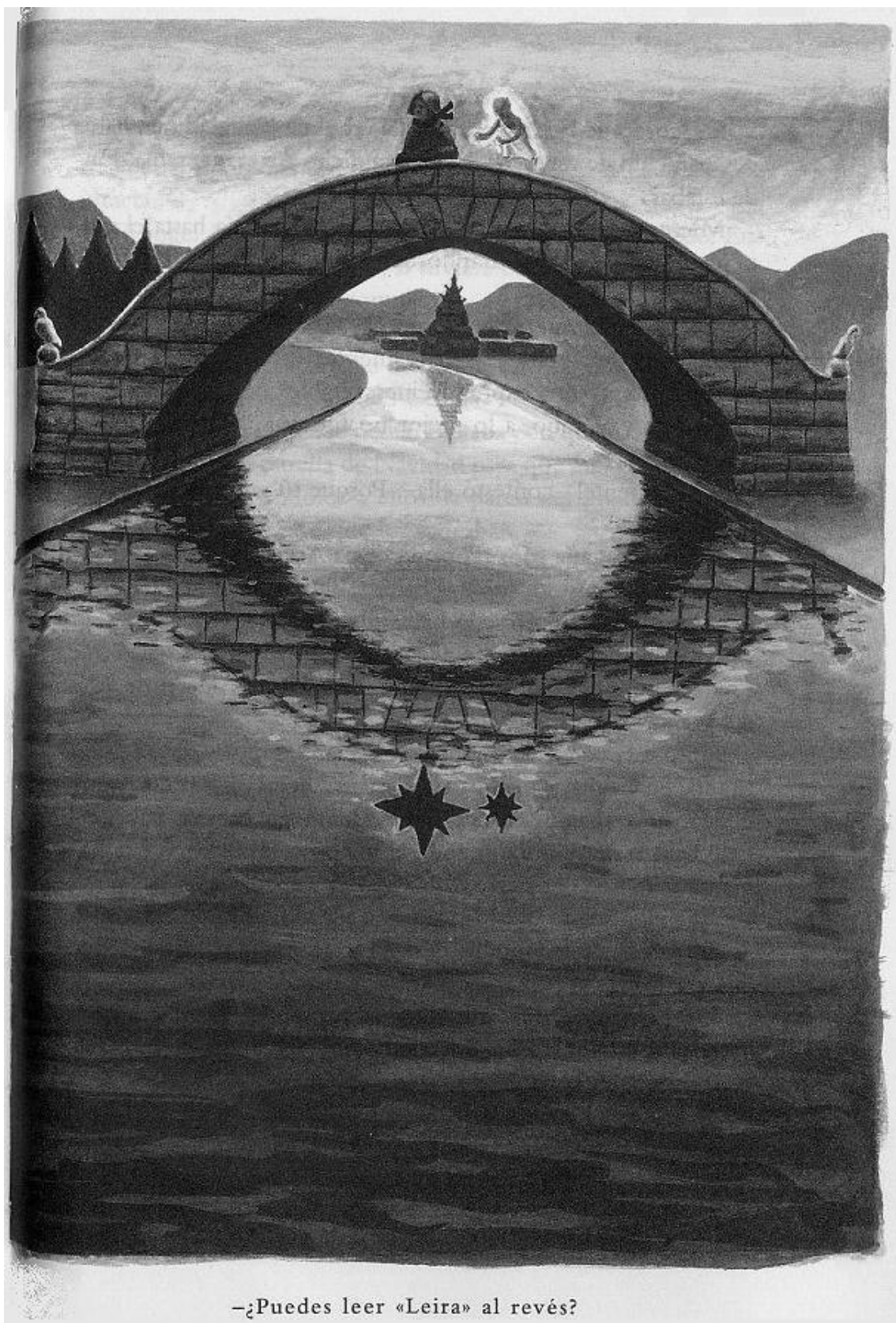
—Es un nombre hermoso. Y muy terrenal, porque siempre me hace pensar en el barro. Pero en un espejo celestial incluso lo más terrenal se vuelve un poco celestial.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Leira... —repitió Ariel.

Sonrió muy misteriosamente:

⁸ *Leira* significa «barro» en noruego.



—Tú lo ves todo como por un espejo y oscuramente.

Cecilia se encogió de hombros, y Ariel dijo:

—¿Puedes leer «Leira» al revés?

Transcurrió un breve segundo.

—¡ARIEL! —exclamó Cecilia—. ¡Se convierte en Ariel!

Ariel la miró orgullosamente.

—Siempre me he sentido muy a gusto en este valle.

Cecilia estaba muy impresionada.

Mientras subían hacia casa, Cecilia echó varias veces la cabeza hacia atrás para contemplar el universo.

De pronto descubrieron una estrella fugaz. Ariel se tapó la boca y dijo:

—Una estrella se está cayendo.

—«Una estrella se está cayendo» —repitió Cecilia.

Se acordó de la vieja estrella del árbol de Navidad que había desaparecido de repente. ¿No había dicho Ariel que sabía dónde estaba?

Mientras subían la última cuesta que conducía hasta el granero pintado de rojo, tirando del trineo, se volvió hacia él y preguntó:

—¿Recuerdas que te conté que la vieja estrella de Navidad desapareció de repente misteriosamente?

Ariel adoptó una expresión inescrutable:

—Al fin y al cabo, a lo mejor no fue una desaparición tan misteriosa.

—¡Justamente! —contestó ella—. Porque tú sabes exactamente dónde está.

Notó que tenía frío. ¿Por qué decía Ariel que al fin y al cabo no era tan misterioso? Y si había sabido todo el tiempo dónde estaba, ¿por qué no se lo había dicho antes?

Estaban ya justo delante de la casa.

—Ven conmigo —dijo Ariel señalando hacia la puerta de atrás del granero.

Junto a la pared del granero, se veían las ramas de un árbol tirado. Se habían caído casi todas sus agujas, y las pocas que quedaban estaban marrones. Era evidente que el árbol había estado bajo la nieve durante todo el invierno. Ahora que ésta había empezado a derretirse, había vuelto a aparecer.

—¡Es el árbol de Navidad del año pasado! —exclamó Cecilia.

Se acordó de repente de que era exactamente el sitio donde ella y su padre lo habían dejado hacía más de un año.

Ariel quitó un poco de nieve con el pie y levantó el viejo abeto. En ese momento, Cecilia descubrió la estrella de Navidad. Seguía en la punta del árbol. ¿¡Cómo no se le había ocurrido que simplemente se habían olvidado de quitar la estrella al guardar los adornos!?

Ahora el árbol parecía un triste arbusto deshojado. A Cecilia le recordó a la playa negra de lava de la isla Santorini. Pero la estrella estaba como antes. El invierno no la había dañado. Seguía intacta.

El ángel Ariel se agachó y cogió la estrella con un dedo. Entonces empezó a lucir como si tuviera corriente eléctrica.

Cecilia se rindió por completo:

—¡Qué bonito!

En cuanto Ariel apartó su dedo de la estrella, ésta dejó de lucir.

—¡Hazlo otra vez! —suplicó Cecilia.

Y Ariel hizo lo que le pedía. Bastaba con que tocara muy levemente la vieja estrella de Navidad para que ésta volviera a encenderse, iluminándolos a ellos, la pared del granero, y todos los montones de nieve que los rodeaban.

Ariel hizo señas para que entraran en casa. Cecilia comprendió que quería decir que debían entrar y subir a su cuarto antes de que se despertara alguien de la casa.

También esta vez la ayudó a acostarse. Colocó el trineo junto a la pared, exactamente donde estaba antes. Luego limpió la nieve y el agua de la habitación soplando. Cecilia se durmió en el instante de meterse en la cama.

Cuando se despertó, estaban sentados junto a la cama su abuela y su padre.

—¿Es de noche? —preguntó.

Su padre dijo que sí con la cabeza, y le cogió las manos mientras su abuela le humedecía los labios.

—Sé lo que pasó con la vieja estrella de Navidad —susurró.

Su abuela y su padre se miraron.

—¿La estrella de Navidad? —repitió su padre.

—Está detrás del granero. No nos acordamos de cogerla el año pasado, al quitar los adornos del árbol.

Antes de volver a dormirse, Cecilia miró a su abuela y dijo unas palabras tan alta y claramente como pudo. Las recitó como si fueran un verso que hubiese aprendido de memoria:

—«No son los hijos queridos los que reciben muchos nombres, sino los niños abandonados, los que uno encuentra sentados en una escalera, los que no se sabe de dónde vienen, los que vuelan en el vacío.»

Cecilia se despertó de repente y abrió los ojos de par en par. Se volvió hacia su padre, que estaba sentado en la silla que había junto a la cama con la vieja estrella de Navidad en las manos.

Cecilia no sabía exactamente por qué, pero se alegró muchísimo de comprobar que la habían creído. Habían ido detrás del granero a buscar la estrella en el lugar donde ella había estado por la noche con el ángel Ariel.

—¿La encontrasteis donde yo os dije? —murmuró. Le costaba articular las palabras.

Su padre puso la estrella sobre el edredón.

—¿Cómo sabías que estaba en el árbol de Navidad?

Cecilia intentó sonreír:

—Uno de los ángeles de Dios me lo dijo.

—Estaba donde nos dijiste.

—Pero no sabéis encenderla. Sólo Dios sabe.

Entraron su madre y su abuela, y finalmente entró el abuelo. Seguramente estaban fuera, en el pasillo, y al oír la hablar de que un ángel la había ayudado, habían entrado.

Los miró. Se sentía más despejada de lo que se había sentido en muchos

días. Si no estuviera tan cansada...

Había dos sillas delante de la cama. Su madre se sentó en la silla libre, sus abuelos se quedaron de pie, mirándola. De los cuatro, sólo sonreía su abuela.

—¿Quieres decir hola a Lasse? —preguntó su madre.

Cecilia dijo que sí con la cabeza. La abuela salió a buscarle. Tuvo que empujarle delante de ella, porque era muy tímido.

—Hola —dijo.

—Hola, Lasse.

Cecilia le miró:

—¿Qué tal los esquís-jet?

—Bien...

Como ninguno de los dos decía nada más, Cecilia intentó decir algo gracioso:

—Por cierto, tienes que ordenar tu habitación. ¡Eres un desordenado!

Todo el mundo sonrió, aunque no les pareciera muy gracioso. Nadie podía suponer que ella había estado esa noche en la habitación de su hermano.

Dijo:

—Se está rompiendo el hielo del río.

Todos asintieron, y luego permanecieron de nuevo en silencio.

Era como si las últimas palabras quedaran resonando en sus oídos mucho tiempo después de haberlas pronunciado. «Se está rompiendo el hielo del río.» «Se está rompiendo el hielo...»

—Fíjate, encontramos la vieja estrella de Navidad —dijo la abuela—. Fuimos todos a buscarla detrás del granero.

«Fuimos todos a buscarla detrás del granero.»

¡Todos habían estado buscando en la nieve, exactamente igual que Ariel y ella!

—Pero no encontraréis la mariposa de fiebre —dijo orgullosa—, porque se ha escapado.

Su madre se levantó de la silla y dio un paso. ¿Intentaría encontrar la mariposa en la estantería?

Pero la abuela la detuvo y la llamó antes de que llegara hasta allí.

—¡Tone! —dijo, haciendo una señal a su hija para que se sentara.

Volvió a transcurrir un buen rato antes de que alguien dijera algo.

A Cecilia le pareció curioso poder sentir la cabeza tan despejada, a la vez que sentía mucho sueño.

—Creo que voy a dormirme otra vez —susurró—. Así que os digo *ciao* por esta vez...

Cuando volvió a despertarse, la ventana estaba abierta y no había nadie sentado en las sillas junto a la cama.

Enseguida entró el ángel Ariel volando por la ventana. Se sentó en el

escritorio. Cecilia se levantó de la cama y se puso de pie en el suelo.

—¿Has vuelto otra vez? —preguntó.

Ariel no contestó directamente a lo que le preguntaba:

—¿Quieres venir a dar un pequeño vuelo?

Cecilia se rió:

—Pero si no sé volar.

El ángel Ariel suspiró con indulgencia:

—Deja ya de decir tonterías. Ven.

Cecilia se acercó al ángel.

Él la cogió de la mano y juntos salieron volando por la ventana abierta, por encima del granero y del paisaje. Era por la mañana temprano, justo antes de que el sol saliera a iniciar un nuevo día de invierno.

—¡Maravilloso! —dijo Cecilia—. ¡Angelicalmente maravilloso!

Volar resultaba aún más maravilloso de lo que se había imaginado. Notaba un cosquilleo en la tripa cuando miraba hacia abajo, a las puntiagudas cimas de los pinos. Al levantar la cabeza, podía ver a gran distancia en todas las direcciones. Señaló el aeropuerto de Gardemoen y la colina Hekse, los lagos de Hurdal y Mjosa. Además, veía el fiordo de Oslo muy a lo lejos... y en la lejanía vislumbró el mar.

Volaron muy alto sobre la colina Ravne. Desde allí arriba parecía una montaña de azúcar.

Dijo:

—Ahora somos como los cuervos de Odín.

—Exactamente —contestó el ángel Ariel—. Y cuando nos sentemos en la mano derecha de Dios, le contaremos todo lo que hemos visto.

Un poco más tarde, regresaron volando hasta la ventana abierta y se sentaron en el alféizar, como había hecho Ariel la primera vez que apareció.

Los dos miraron hacia su cama. A Cecilia no le pareció extraño verse a sí misma acostada en ella, con su pelo rubio sobre la almohada. Sobre el edredón habían colocado la vieja estrella de Navidad.

—Estoy de acuerdo en que soy bonita cuando duermo.

Ariel la cogió firmemente de la mano, la miró y dijo:

—Y estás aún más bonita aquí sentada.

—Pero no puedo verlo, porque ya estoy al otro lado del espejo.

Cuando hubo dicho esto, Ariel le soltó la mano:

—Pareces una mariposa espléndidamente vestida que ha volado de la mano de Dios.

Cecilia echó un vistazo a la habitación. Una fina estela de sol matutino se había posado sobre el escritorio y sobre el suelo. Debajo de la cama, algunos rayos se habían abierto camino hasta el cuaderno chino. Vio cómo destellaban y brillaban sus hilos de seda.



Volar resultaba aún más maravilloso
de lo que se había imaginado.

Jostein Gaarder (Oslo, 1952) fue profesor de Filosofía y de Historia de las Ideas en un liceo de Bergen durante once años. En 1986 publica *El diagnóstico*, una colección de relatos, al que siguieron dos libros para jóvenes: *Los chicos de Sukhavati* (1987) y *El palacio de la rana* (1988). En 1990 recibió el Premio Nacional de Crítica Literaria en Noruega, el Premio Europeo de Literatura Juvenil y el Premio Literario del Ministerio de Asuntos Sociales y Científicos por *El misterio del solitario* (Las Tres Edades n.º 43). Pero es *El mundo de Sofía* (Las Tres Edades n.º 35) el libro que le convirtió en uno de los autores de más éxito mundial, un auténtico *best-seller* en todos los países. En 1992 publica *El misterio de Navidad*, y en 1993 escribe *El enigma y el espejo*.